

NI REY
NI ROQUE

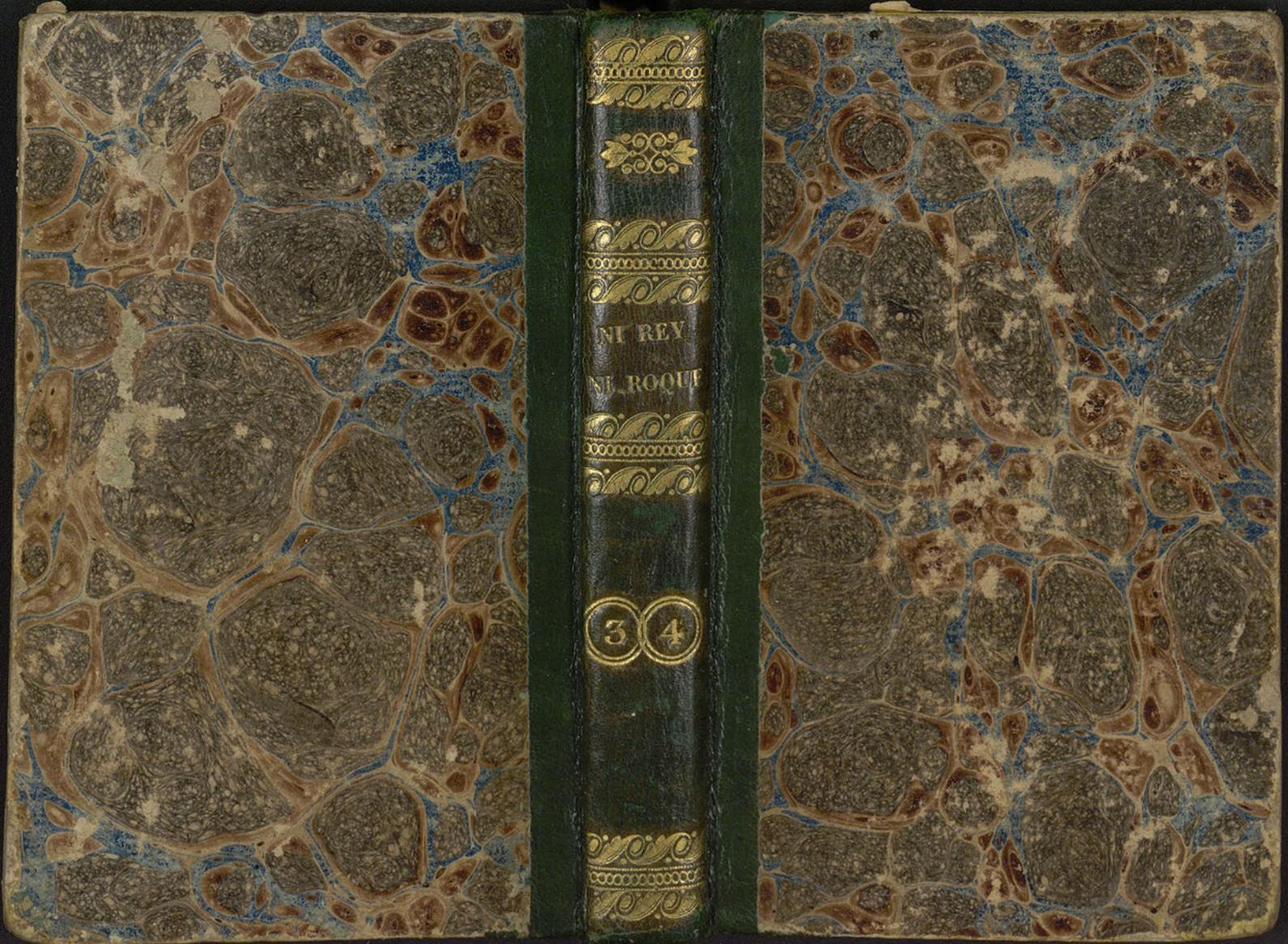
DRPS
FA
378

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



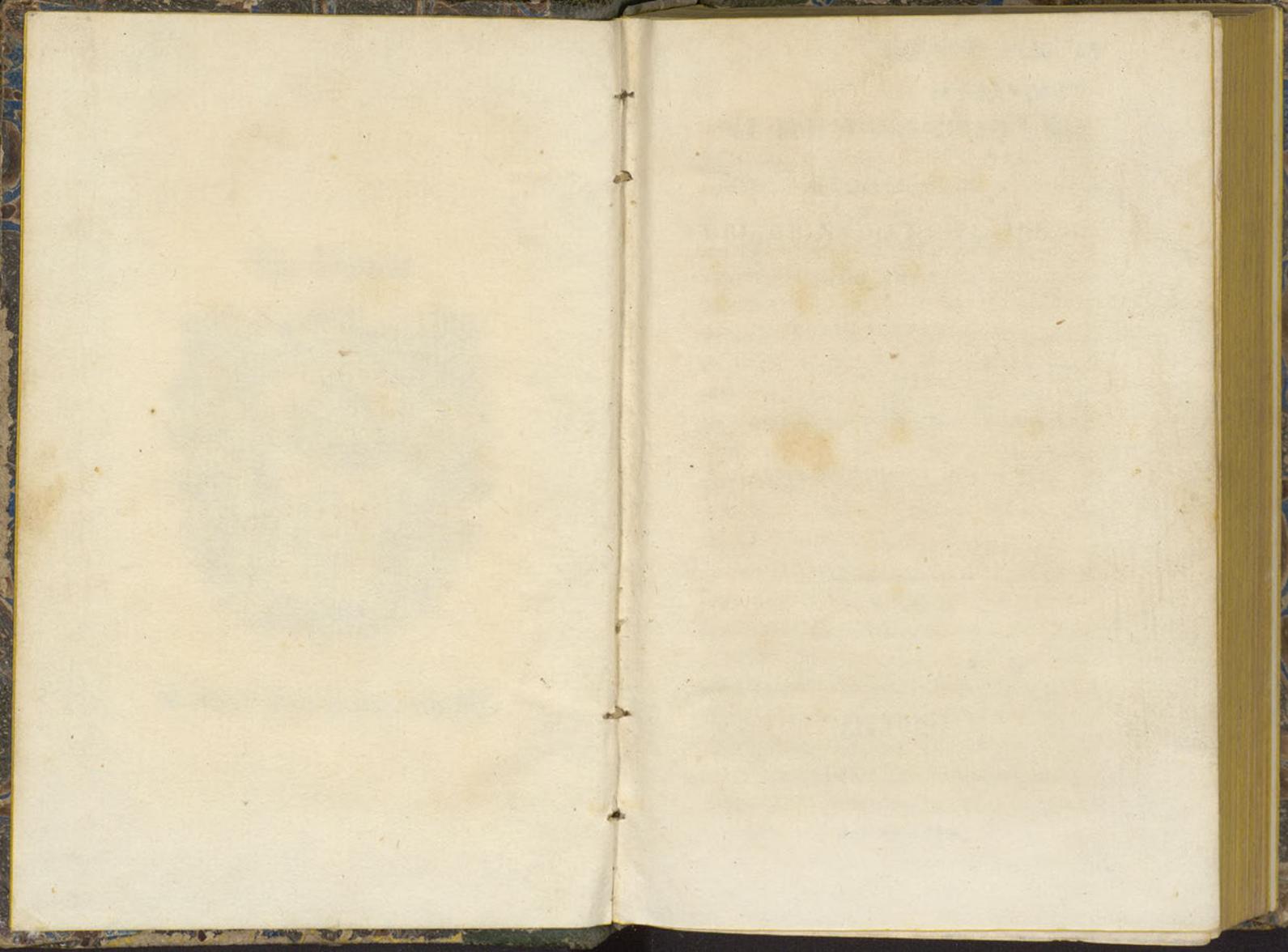
0500763285





NI REY
NI ROQUE

3 4



FL DAP6 FA/0378

0500763285

NI REY NI ROQUE.

EPISODIO HISTÓRICO

DEL REINADO DE FELIPE II,

AÑO DE 1595.

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA

POR D. PATRICIO DE LA ESCOSURA,

AUTOR DEL CONDE DE CANDESPINA.

TOMO III.

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

EUQUIN REY NI.

CAPITULO PRIMERO.

Mas padres tiene que miembros:
Acomodad, pues, el mio,
La que quereis encajarme
Esto de padre postizo.

(Quevedo.)

En tanto que sus amores con la bella pastelera absorbían toda la atención de Vargas, ocurrían en su propia familia acontecimientos de la mayor importancia para él, y que á pesar de que se ponía algun cuidado en ocultárselos, hubiera podido cuando menos sospechar, sino se hallara tan preocupado en sus propios asuntos.

Siete meses hacia que el marqués, gracias, como se ha dicho, á su primo el comendador Hinojosa, habia roto sus re-

(2)

laciones con la supuesta viuda del contador de Indias. Hizo en ello el pobre un gran sacrificio, á lo que se le dijo que su pundonor exigia, pues tal era la debilidad de su carácter y la pasión que habia sabido inspirarle la diestra meretriz, que acaso la hubiera perdonado sus infidelidades, dando crédito á las reiteradas protestas de arrepentimiento y enmienda que, aun en el acto de verse sorprendida, le hizo con fingidas lágrimas. Por fortuna Hinojosa, que se hallaba presente, impuso silencio á aquella insolente, y arrojó de sus redes al obcecado amante.

No por esto perdió ánimo Violante: la posesion de un hombre rico, apasionado y tonto, era demasiado preciosa para dejarla perder sin que hiciese por evitarlo los mayores esfuerzos. Asi, pasados los primeros ocho dias despues de la riña, y enterada por sus espías de la gran melancolía del marqués, creyó oportuno escribirle un billete lleno de pasión, de arrepentimiento, y de protestas de darse una

(3)

muerte violenta si su adorado amante no queria perdonarla.

Si el tal billete hubiera llegado á su destino no tiene duda que produjera el efecto que de él se prometió quien le escribia; pero Hinojosa estaba alerta. Previendo desde luego que Violante no dejaria de intentar el recobro de su perdida cucaña, tomó tan bien sus medidas, que la carta cayó en sus manos, y apaleó lindamente al portador, prometiéndole que le haria la cabeza añicos si bajo cualquier pretesto osaba volver á presentarse en aquella casa.

El pobre mensagero volvió á la de Violante con las orejas bajas, y pintó con tan vivos colores la manera con que le habian recibido, protestando con tales veras que no volveria aunque en recompensa le ofrecieran todo el oro del mundo, que de alli en adelante no encontró la dama criado que quisiera encargarse de semejantes comisiones.

Tomó entonces el partido de rondar

(4)

en persona las cercanías de la casa de su amante, decidida á hablarle si lograba la dicha de verle salir solo de ella alguna vez. Tambien esta tentativa salió frustrada. El marqués salia raras veces, y siempre acompañado del inflexible comendador, del cual Violante temia, no sin fundamento, que la tratase con tanto ó mas rigor que á su criado.

Todas estas dificultades, y la falta que desde el principio empezaron á hacerla los espléndidos regalos del marqués, exasperaron el ánimo de aquella muger en vez de abatirlo.

El amante por quien vendia al hermano de don Juan, que era uno de aquellos hombres despreciables cuya especie se ha conservado por desgracia hasta nuestros dias, que comerciando con las gracias de su persona, se humillan hasta el punto de recibir un salario de la ramera descarada, así que la vió sin la mina donde hasta entonces habia estado surtiéndose con profusion de cuanto necesitaba

(5)

para sostener sus vicios, la abandonó sin consideracion alguna, desapareciendo de la noche á la mañana, y llevándose de paso las alhajas que encontró mas á mano. Y no era esta sola la desgracia que tenia que experimentar Violante, pues la suerte le reservaba otra, que en su situacion parecia aun mas terrible que todas. A poco tiempo de verse abandonada por sus dos amantes se confirmó en la sospecha que antes habia tenido de hallarse en cinta. Los primeros dias creyó aquella infeliz volverse loca; pero meditando despues en su situacion formó un plan para salir de apuros que no podia estar mejor combinado.

Redujo á dinero metálico las muchas joyas que aun le quedaban, y aumentando con él y con lo que produjo la venta de sus magníficos muebles el bolsillo que habia tenido la prudencia de ocultar á su pérfido amante, se halló con un capital que, depositado en manos seguras, le producía lo bastante para vivir con decen-

cia, si bien con la mas severa economía.

Hecho esto tomó una habitacion reducida, conforme á su nueva posicion, no muy lejos de la casa del marqués; y sin mas asistencia que la de una sola criada, entabló una vida tan retirada como antes la habia tenido bulliciosa. Desaparecieron las galas y los adornos, reemplazándolos un modesto hábito del Carmén y un manto negro. En vez de los banquetes y festines se substituyeron las misas y devociones. En una palabra, en menos de un mes la cortesana Violante se convirtió en una beata, que tenia asombrado á su barrio con la ejemplar vida que hacia.

Por mas de tres dias fue aquella muger el objeto de la conversacion general en todo Valladolid. Los hombres decian que se habia vuelto loca; las viejas, que Dios la habia tocado en el corazon; los predicadores, con alusiones sobradamente claras, incitaban á seguir el ejemplo de aquella pecadora á todas las que se ha-

llaban en su caso; pero las mugeres jóvenes y algunos hombres de talento pensaban que aquello no era mas que una nueva farsa. Hinojosa opinaba tambien del mismo modo; y el marqués no opinaba nada, porque como á nadie veía mas que á su primo y al capellan Teobaldo, y ambos se guardaban muy bien de hablarle de semejante materia, ignoraba cuanto pasaba.

Desde que Violante adoptó su nuevo método de vida, renunció absolutamente á hacer diligencia ninguna para reconciliarse con el marqués; y el comendador, que al principio habia temido que todo aquel aparato de devocion y reforma de costumbres no fuera mas que una añagaza para sorprender á su incauto primo, acabó por persuadirse de que la dama no pensaba ya en él. Este era precisamente el punto mas importante para la ninfa. Hinojosa era su mas temible, ó por mejor decir, su único enemigo, pues don Juan ni la conocia, ni pensaba en ella;

el padre Teobaldo era un sándio personaje muy facil de engañar, y el marqués estaba vencido con poquísimos trabajo á favor suyo.

Un mueble el mas indispensable para toda devota es el de un director espiritual; y para los fines de Violante lo era entonces estremadamente. Lo importante era hacer una eleccion acertada. El padre Teobaldo fue la persona en quien primero se fijó; pero reconoció desde luego la imposibilidad de lograrlo, pues aquel capellan, afecto al servicio particular de la familia del marqués, y haciendo una vida sedentaria por hábito, por vejez y por inclinacion, no ejercia jamas sus funciones sacerdotales fuera del oratorio de la casa de los Vargas.

Como su vida anterior la tenia á mucha distancia de los eclesiásticos, á excepcion de uno que otro cortesano, fue preciso que se dirigiese á varias beatas con quienes habia hecho conocimiento desde que ella lo era tambien; y despues de

haber escuchado con atencion sus informes sobre diferentes religiosos, eligió por fin para su director espiritual á cierto dominico anciano, llamado el padre maestro Retamar, hombre célebre por su piedad, y mas aun por su candor y beneficencia.

El bueno del padre la recibió con amor; oyó lo que quiso decirle; la prometió su asistencia y auxilios; y en una palabra, dando crédito á la fingida historia de seducción que le plugo á la ninfa contarle, aunque sin nombrarle por entonces el seductor, se aficionó á ella sobremanera.

Sucedió que Violante tuvo una ligera enfermedad. El padre Retamar fue á verla diariamente, y como su edad y buena reputacion le ponian enteramente á cubierto de toda suposicion maligna, el resultado fue que todo el que lo supo empezó á creer sincero el arrepentimiento y verdadera la reforma de aquella muger. Las beatas de aquel barrio se deshacian en alabanzas de la nueva Magdalena: no

faltaba entre ellas quien opinase que si continuaba viviendo de aquella manera, podría llegar á ser una bienaventurada.

No dejaba de tener mérito tampoco para Violante la novedad de su posición. Fijar la atención del público había siempre sido su mayor desseo. Hacerlo escandalizando ó edificando debía serle y le era con efecto indiferente. Además, los placeres la habían ya saciado, y si bien no dejaba alguna vez de bostezar de aburrimiento en la iglesia debajo de su manto, hallaba la compensación en la perspectiva de asegurarse para siempre una fortuna sólida é independiente.

Entre tanto su preñez adelantaba aproximándose á su término, y con él llegaba la época fijada para la ejecución del gran proyecto.

Una tarde, pues, que el reverendo Retamar á la vuelta del paseo había entrado á verla, la halló deshaciéndose en lágrimas con el rosario en la mano, y pre-

guntándola qué era lo que tanto la afligía, respondió la taimada:

— ¿Qué ha de afligirme, padre mio? Mis pecados son muchos, pero la pena que por ellos se me impone en este mundo es superior á mis fuerzas. — No digais eso, hija; no lo digais: por graves que vuestras penas os parezcan, el Señor que os las envía, sabrá por qué: llevadlas con resignación, hija, y se os recibirán en descuento de vuestras culpas. — Padre mio, por mí no lo siento: conozco que todo castigo es poco para mi fragilidad; pero si quereis oirme un momento á solas sabreis la justa causa de mi dolor.

El compañero del padre maestro tuvo la bondad de salirse al cuarto donde estaba la criada, y solos aquel y su penitente, empezó ésta á decir:

— Yo, padre, soy viuda de un contador de Indias: volví jóven á España, y me establecí por desdicha en Valladolid. Dios ha querido dotarme, segun dicen, de alguna hermosura; ella y mi ge-

nió festivo atrajeron inmediatamente á mi casa á todos los caballeros mas jóvenes, más galanes, y tambien mas libertinos de la ciudad. — Cosa demasiado natural, hija mia, demasiado natural; pero todo eso ya me lo habeis dicho diferentes veces. —

Quiero tomar las cosas desde el principio, para presentaros completo el cuadro de mis desdichas y flaquezas.

Diciendo esto empezó Violante á llorar de nuevo con profundo sollozo, tanto que el pobre fraile tuvo que acudir á su pañuelo, y medio lloroso aun la dijo:

— Confianza en Dios, que es misericordioso; prosiga, hermana, prosiga. — Muchos fueron los que desde luego me galantearon, pero desechados inmediatamente, tuvieron bastante cordura para limitarse á ser mis amigos, visto que no podian ser amantes. Dos de ellos, sin embargo, se obstinaron. Uno, ¡ay de mí! el marqués de ***, y otro un don Rodrigo, mancebo de perversas inclinacio-

nes. El primero, lleno de buenas prendas, se fue cautivando insensiblemente mi corazón: el segundo, á quien siempre miré con el mas alto desprecio, despues de haber intentado en vano rendirme por cuantos medios se le ocurrieron, juró vengarse de mis desdenes, y lo cumplió demasiado. El marqués, padre Retamar, que sabia bien que yo no era muger para ser su manceba, se limitó mucho tiempo á galantearme con la mayor moderacion y respeto, hasta que ya, no pudiendo (decia él) resistir á su amor, me propuso darme su mano. Figuraos si tal propuesta, hecha por un hombre á quien yo amaba tiernamente, sería para mí grata y seductora. Reflexioné, sin embargo, que aunque mi nacimiento fuese honrado, era muy inferior al suyo, y que casándose conmigo iba no solo á indisponerse con su ilustre familia, sino tal vez á esponerse al enojo del rey. Quise mas bien renunciar á mi propia dicha que proporcionar tales disgustos á mi amante. — No se puede obrar

con mas juicio ni con mas virtud. Adelante, que hasta aqui no teneis motivos de afligiros. — ¡ Ah padre! Vereis en lo que sigue cuán fundado es mi dolor. Declaré, pues, al marqués que estaba firmemente resuelta á no casarme con él, y como le viese, sin embargo, insistir con mas fuerza que antes en su proposicion, me exalté tanto, que juré por la salvacion de mi alma no ser jamas su muger. — Mal hecho, hija; muy mal hecho: quebrantaste el segundo mandamiento jurando sin necesidad. — Las consecuencias de aquel malhadado juramento fueron fatales. Desesperado el marqués con mi negativa, enfermó; y negándose á admitir cuantas medicinas se le querian administrar, tres facultativos declararon unánimes que indudablemente moriria. Yo le amaba, padre mio, como aun hoy le amo á mi pesar: le veía morir, y sabia que era la causa de ello. Fui á verle, y me estremezco solo al recordar el estado en que le hallé. Cárdeno el color, hundidos

los ojos, sin voz apenas: en resúmen, con todas las señales de una muerte próxima. Partióseme el corazon de dolor con tan triste espectáculo. Asi que el desdichado me vió dió un profundo suspiro, y en tono sepuleral me dijo: *Tú me matas.* ¿Qué habia de hacer una débil muger en tan amargo trance? El amor y la compasion sofocaron el grito de mi conciencia, y le ofrecí que, ya que mi juramento no me permitia nunca ser su esposa, le sacrificaria mi reputacion entregándome á sus brazos, si él consentia en tomar las medicinas y sujetarse á cuanto los médicos le ordenasen. Todo lo prometió y cumplió con indecible alegría. Mis cuidados, sus esperanzas, y los buenos facultativos, le restablecieron en breve tiempo. Yo, padre, tambien cumplí mi criminal promesa. — Dios tenga piedad de vos, hija mia. — Asi sea, como lo espero de su misericordia. Vivimos algun tiempo el uno en los brazos del otro: supose en la ciudad, y perdí para siempre mi buena opinion.

No tardaron nuestros amores en llegar á los oídos de don Rodrigo: la idea de ver á su rival en mis brazos le enfureció de manera que, segun he sabido despues, trató de asesinarlos á ambos; pero tranquilizándose en breve, meditó y puso en práctica otra venganza mas cruel si cabe. Imposible parece que haya hombre que conciba tan infernal proyecto; víctima soy de él, y apenas puedo creerlo. Don Rodrigo se puso de acuerdo para perderme con un primo del marqués llamado el comendador Hinojosa, quien aspirando á manejarlo por sí y apropiarse parte de sus riquezas, me aborrecia y aborrece mortalmente. Sedujeron á dos de mis criados, que una noche en la cena me sirvieron un vino infeccionado con cierto licor soporífero, que tardó poco en aletargarme. Lleváronme á mi lecho, y en él se introdujo el traidor don Rodrigo. El marqués, conducido por su primo, me vió á la mañana siguiente en los brazos de aquel malvado. Despertóme el ruido de

las voces de mi injuriado amante y de su infame pariente. Figuraos mi turbacion. El marqués no quiso oirme; don Rodrigo huyó, robándome las joyas que yo llevaba puestas la noche antes. Yo miraria esta desgracia como un bien, pues á ella debo el haber abierto los ojos sobre mis extravíos, si yo sola hubiera sido la víctima de ella; pero una inocente criatura que aun no ha visto la luz, y que debe la existencia al marqués, va á verse en la miseria, privada del consuelo de abrazar á su padre, y sin mas amparo que el de una madre infamada por la mas atroz de las calumnias.

Al concluir su bien compuesta novela dió Violante una muestra de su talento en el arte de fingir, llorando y sollozando á mas y mejor con poca pena del candoroso dominico.

Este, despues de emplear con la mejor fé posible todas las razones que su caridad le sugirió para consolar á la que él creía mas desgraciada que culpable, vién-

dola algo mas serena , acabó por preguntarla qué partido pensaba tomar en aquellas circunstancias. Violante contestó, que verdaderamente no sabia qué hacer ; y que estaba resuelta á seguir los consejos de su reverencia , si tenia la bondad de querer ocuparse en los asuntos de una criatura tan miserable. El fraile protestó que sus deberes y la propension natural de su corazon le hacian mirar como la mas sagrada de sus obligaciones el auxiliar á los menesterosos, de cualquiera manera que lo necesitasen y en su mano estuviese el hacerlo ; que en consecuencia aconsejaria á su penitente lo que mejor le pareciese ; y que para esponerse menos á errar , lo pensaria detenidamente aquella noche , y á la siguiente mañana volveria á conferenciar con ella. Despidióse , pues , exhortando á Violante á la resignacion y á implorar con repetidas y fervorosas oraciones el auxilio del Todopoderoso.

Antes de las diez de la mañana del

siguiente dia ya el bueno del padre Retamar salia de la casa de su hija de confesion , despues de haber convenido con ella en el giro que debia darse á aquel asunto , y de haberse ofrecido espontáneamente á tomarlo todo á su cargo.

Para no perder tiempo se dirigió entonces mismo á la casa del marqués , en donde su hábito y su nombre , ventajosamente conocido en toda la ciudad , le abrieron paso sin dificultad hasta el cuarto del que buscaba , á quien acompañaban en aquel momento el comendador y el padre Teobaldo. Los tres se pusieron en pie para recibir al religioso ; y así que éste , despues de corresponder cortesmente á su saludo , anunció que deseaba hablar reservadamente al dueño de la casa , se retiraron los otros , dejándolo á solas con él.

Hinojosa no lo hubiera hecho si sospechara el negocio que llevaba á su cargo el dominico ; pero ¿ quién habia de figurarse que un hombre á todas luces res-

petable era, sin saberlo, instrumento de las maquinaciones de una muger abandonada?

Solos ya el marqués y el padre Retamar, estuvieron algunos instantes en silencio, esperando el primero á que el otro hablase, y sin saber el fraile por dónde principiar. El marqués, cansado de esperar en valde, rompió por fin el silencio.

—¿No podré saber, dijo, qué motivo es el que me proporciona la honra de esta inesperada visita de vuestra paternidad?— La honra es toda mia, toda mia, señor marqués; y el motivo que me trae es uno muy grave, en que se halla interesada nada menos que vuestra eterna salvacion.—¿Jesus me valga! Padre maestro, no tardeis en decírmelo.— No quisiera, señor mio, que se me tuviera por entremetido: protesto desde luego que solo el interes de la religion y el cumplimiento de mis obligaciones como sacerdote es el que me mueve á venir á hablaros.—Vuestra paternidad puede decir

cuanto quiera, seguro de que yo le escucharé con la veneracion que todo buen cristiano debe á los religiosos.— No esperaba yo menos del hijo de vuestros padres (que en gloria esten). Yo los he conocido, señor marqués, y puedo certificar que eran personas de singular virtud y ejemplares costumbres.— Muchas gracias, padre Retamar, por la merced que les haceis.— Justicia y nada mas, señor marqués; pero vamos al asunto, que es lo que importa.

Tosió el fraile, limpióse las narices, y despues de aclarada la garganta en el tiempo que fue menester para tomar aliento y hacer ánimo, dijo por fin:

—Vuestra señoría no habrá olvidado que en otro tiempo conoció á una señora llamada Violante.

—El marqués mudó de color, pero no respondió palabra. Un instante despues continuó el padre:

—Yo, señor marqués, aunque indigno sacerdote, soy hace algunos meses con-

fesor y director espiritual de esa afligidísima y arrepentida muger. Con esto digo bastante para que me supongais enterado de cuanto ha mediado entre ella y vos. Sí señor, todo lo sé; y aun lo que vos mismo ignorais. Un don Rodrigo...— ¡Bribon! exclamó el marqués.— Mas de lo que su señoría piensa, pues valiéndose de un ardid infame, como puedo probarlo, supo hacer que pareciese delincuente á vuestros ojos la que jamas cometió otro delito que el de ceder á vuestras instancias.— Padre mio, os han engañado. Yo, yo mismo la he visto en los brazos de don Rodrigo. ¿Qué podrá decir á esto?—¿Qué podrá decir? Lo que oireis de mi boca.

Y en seguida refirió el padre Retamar al marqués la fábula que Violante le habia contado á él, omitiendo solo, por amor de la paz, la parte que en ella se atribuía al comendador. Para probar la verdad de todo cuanto dijo ofreció presentar la criada que se suponía seducida

por don Rodrigo, y que arrepentida de su delito, estaba pronta á declararlo en forma, siempre que se la prometiese su perdon.

Violante habia buscado á la misma criada que la vendió á ella al comendador Hinojosa; y aquella muger, que solo aspiraba á ganar dinero, importándole poco que para lograrlo se tratase de engañar á desengañar á un marqués tonto, convino desde luego en representar el nuevo papel que se le propuso. Empezó á representarlo el mismo dia de que vamos hablando, en casa de su ama, delante del padre Retamar; y éste con su testimonio quedó tan convencido de la inocencia de Violante, que hubiera sufrido el martirio por defenderla, lo mismo que por confesar la verdad del evangelio.

Oyó el marqués con suma atencion y no poco enternecimiento la relacion de las desgracias de su querida; pero cuando acabó de convencerse de su inocencia fue cuando el padre dominico, con un calor que acostumbraba pocas veces, le

hizo saber la vida ejemplar y retirada que despues de su separacion habia tenido Violante.

—Sí, exclamó con indecible gozo, sí; es inocente, y sus trabajos recibirán la recompensa, y volveremos á unirnos...— No señor, replicó el fraile. ¿Podeis hacer la injusticia al hábito de nuestro padre Santo Domingo de creer que un hombre que lo viste se habia de mezclar en este asunto para reconciliar á dos amantes, para restablecer unas relaciones ilegítimas, para contribuir á la perdicion de dos almas?... No señor: no será así; y estad seguro de ello.

El pobre hermano de don Juan, oyendo aquella filípica, aunque justa, inesperrada, se quedó precisamente como un niño sorprendido infragante por su pedagogo haciendo alguna travesura de marca mayor. Con los ojos espantados, la boca abierta y las manos cruzadas largo tiempo, aun despues de haber acabado de hablar el fraile, escuchada á ver si tenia

algo mas que decirle. Entre tanto el padre Retamar, recobrando su acostumbrada calma, volvió á tomar sosegadamente el hilo de su discurso.

—Violante ha reconocido que se hallaba en el camino de la perdicion: se ha apartado de él, y está resuelta á no volver á pisarlo. Vuestra muger legítima bien sabeis que no puedè serlo: así, pues, como cristiano estais obligado á renunciar para siempre á ella. Mas aun nos resta que hablar del mas importante, del verdadero objeto que me ha traído á esta casa. Violante está en cinta.— ¡Madre mia de los Dolores! ¿Será posible, padre Retamar?—Tan posible, que en breve dará á luz, Dios mediante, una criatura cuyo padre sois.— ¿Yo su padre?... Pero y don Rodrigo...—Calculad las fechas, señor marqués, y vereis cómo en ese punto no debe quedaros duda.

Tenia el marqués demasiada inclinacion á Violante para no creer cuanto bueno de ella le quisiesen decir; y como

por otra parte, en consecuencia de su educacion monástica, cuando un eclesiástico le hablaba era siempre de su opinion, se dió desde luego por convencido, y lo quedó plenamente de la paternidad con que la dama quiso favorecerle.

Conseguido esto lo demas era facil de arreglar. Aunque no sin repugnancia prometió el marqués no ver á Violante; y aseguró, con el mayor gusto, que reconoceria en forma al hijo ó hija que ella diese á luz, señalando á su madre una pension vitalicia de mil ducados sobre todos sus bienes por medio de escritura legal que habia de otorgarse en las veinte y cuatro horas, contadas desde entonces mismo. Por último, convinieron en que todo lo tratado entre ambos quedaria secreto, pues el marqués no queria esponerse á las reconvenciones de Hinojosa, ni disgustar á su hermano. Inmediatamente el marqués pidió su coche y salió á casa de su escribano á formalizar la escritura de la pension; y el fraile se fue

á dar cuenta del buen éxito de sus diligencias á Violante, quien no tuvo poco trabajo en ocultar su inmensa alegría bajo el velo de una devota conformidad con la voluntad del Señor.

Quince dias despues dió la beata de nuevo cuño á luz un muchacho robusto, al que el padre Retamar al bautizarlo con el nombre de don Pedro Alcántara de Vargas, que era el mismo de su presunto padre, dijo que encontraba maravillosa semejanza con el marqués. Éste, que en aquel acto vió tambien por primera vez al tierno infante, se deshacia en lágrimas de gozo, estrechándolo en sus brazos, y jurando que todas las facciones eran las de la familia de los Vargas, si bien mas bellas por lo que de Violante tenia. El hecho es que el recién nacido era, como lo son todos, un rollo de carne con ojos y facultad para llorar, en cuyo rostro, aun en embrión, solo la ceguedad del cariño encuentra semejanzas que no pueden existir.

No nos aireveremos á decir que el nuevo don Pedro Alcántara fuese en efecto hijo del marqués, pero tampoco á negarlo; y esto en razon á que ni su propia madre podia decir en ello cosa cierta.

Una labradora de Simancas, villa pequeña situada sobre un cerro en las orillas de Pisuerga á dos leguas de Valladolid, buscada de antemano, se llevó al niño para criarlo, y solo se la dijo que era de padres nobles y ricos, sin descubrir quiénes fuesen. El padre Retamar quedó encargado de pagar á aquella muger un espléndido salario, y de suministrarla ademas quanto necesitase.

Violante se restableció pronto, y aunque con la pension del marqués hubiera podido vivir con mas lujo, conservó por prudencia su método anterior de vida, sin mas diferencia que la de hacer una vez cada semana un viaje á Simancas á ver á su hijo, á quien queria entrañablemente, y de cuya conservacion dependia en gran parte su fortuna.

Desde la visita del padre Retamar la amistad del marqués á su primo el comendador empezó á resfriarse tan notablemente, que advirtiéndolo aquel caballero tomó la resolucion de no mezclarse de allí en adelante en darle consejos, visto que el marqués estaba siempre en conversaciones secretas con su capellan, á quien habia confiado su secreto.

Justamente estos sucesos coincidieron con el segundo y tercer viaje de don Juan á Madrigal; y ambos hermanos, ocupados en sus amores, cuidaron poco uno de otro, contentos con que no se observasen sus pasos, ni se pusiesen trabas á sus operaciones.



CAPITULO II.

Don Tello. - Quiera Dios, señor don Juan,
Que volvais muy felizmente.

Don Juan. - Breves los dias de ausente,
Señor don Tello, serán.

(Moreto: *El lindo don Diego.*)

Dos ó tres dias despues del nacimiento de su equívoco sobrino regresó don Juan á Valladolid; y apenas hubo llegado á su habitacion, cuando encerrandose en ella abrió el misterioso pliego que Gabriel le habia entregado. Rota la primera cubierta, halló que contenia otro pliego sellado con las letras S. R. L., cuyo sobrescrito era el siguiente:



“A doña Inés Contiño, Sotomayor, Alvarez de Castro; en el convento de religiosas de la orden de...

Salud y gracia.”

A mas de éste halló Vargas un billete abierto que decia asi:

“Señor don Juan: en el convento de religiosas de la orden de... que no podeis ignorar en qué parte de la ciudad se halla, encontrareis la dama á quien va dirigida la adjunta carta. Para que se os permita la entrada en él, preguntad por doña María de Castro, y decid que vais á hablarla de parte de su tio el abad. = Dios os guarde, como deseamos. = S.”

— ¡ Otro misterio mas! exclamó don Juan; pero á bien que en viendo yo á Inés habrán de terminarse sin remedio.

Concluyendo esta reflexion se puso á vestirse para presentarse en el convento con la debida decencia, y aun no habia acabado de hacerlo, cuando vinieron á buscarle de parte de su hermano el marqués, que deseaba hablarle inmediatamente.

Trasladóse Vargas sin detencion á su cuarto, y le oyó, con no poca sorpresa, decir que un asunto importante le llama-

ba á Madrid, para donde pensaba salir sin falta al dia siguiente por la mañana, llevando consigo al padre Teobaldo.

Don Juan, admirándose de que su hermano se decidiera á viajar, y á Madrid, adonde jamas habia querido pensar en ir, y mas aun de que tuviese asuntos reservados para él, cosa que hasta entonces no le habia sucedido, pero deseoso tambien de abreviar la conferencia para poder marcharse al convento, se limitó á contestar que estaba bien, pues el marqués lo creía conveniente, y á desearle un feliz viaje y pronta vuelta.

Por su parte el marqués, que habia temido que su hermano le hiciese mil preguntas á las que no sabia qué contestar, se dió por muy contento de verse libre de aquel apuro; y so pretexto de disponer las cosas para su viaje, se despidió de Vargas, que no le hizo repetir dos veces el permiso para retirarse.

¿Quién podrá pintar la agitacion de Vargas en el tránsito desde su casa al

convento designado en la esquila anónima que el pliego contenia? Sería imposible.

Perdíase en conjeturas á cual mas singular, á cual mas descabellada y distante de la verdad; pero lo que mas le aquejaba era el temor que le hacia concebir el haber visto hasta entonces bur-ladas siempre sus esperanzas, de no conseguir aun en aquella ocasion el deseado conocimiento de quién era Inés, y de los medios indispensables para poseer su mano. Las tres iniciales del sello y la que servia de firma al billete eran tambien para Vargas otra materia de interminables cavilaciones, pues ni acertaba ni podia acertar con su significado. Por manera, que aunque el convento distara mil leguas de Valladolid, llegara á él tan embebido como entonces llegó en sus diversos pensamientos.

Entró en la portería, llamó al torno, y dando alli el recado que se le prevenia en el billete, recibió orden de pasar al lo-

utorio, al cual fue conducido por la demandadera. Llévela ésta no al locutorio general donde las madres recibían las visitas, sino á uno particular, amueblado con la limpieza y nimiedad de adornos que acostumbra las monjas, pero con mas suntuosidad y elegancia que en tales parages suele hallarse. La demandadera, muger habladora y bachillera, por si acaso don Juan no habia reparado aquella diferencia, se la hizo notar, advirtiéndole que el tal locutorio era el reservado en que la madre abadesa recibia las visitas de su ilustrísima el señor obispo y otros personages de distincion.

Con poca cuerda que don Juan la hubiera dado hubiera podido saber la historia detallada de todos y cada uno de los muebles de aquel aposento; pero Vargas, que desde que entró habia clavado los ojos en la reja que separaba la parte destinada para los profanos de la que ocupaban las religiosas, no se dignó responder una sola palabra; y la demandadera,

picada de ver que se la trataba con tanta indiferencia, se retiró, murmurando entre dientes que era lástima que un mancebo tan galan de persona no fuera algo mas cortés.

No se pasaron tal vez tres minutos desde que el hermano del marqués entró en el locutorio hasta que se abrió la puerta de éste que comunicaba con lo interior del convento, y entró por ella una dama de noble porte y elegante trage.

Llevaba un vestido de rica seda negra labrada, con la manga, que solo llegaba hasta el codo, muy ancha, y terminada de la misma manera que la del hábito de algunos frailes, en figura triangular. El jubon era ceñido al cuerpo, cerrado por las espaldas y abierto por delante, con dos solapas caidas sobre el pecho. Una gola blanca como el armiño ceñía su garganta. El talle del vestido, arreglándose á la forma del cuerpo, iba sobre la cadera; y la falda, con bastante vuelo, era algo mas larga por detras que por delante.

Una rica cadena de oro, que daba dos vueltas al cuello y caía con gracia sobre el pecho y espaldas, llevaba pendiente un magnífico medallon guarnecido de diamantes con el retrato de una muger joven y hermosa. El peinado de aquella dama era sumamente sencillo y gracioso: el pelo recogido en un rodete colocado bastante atras, y la parte de delante dividida como hoy se lleva, pero sin rizo alguno. Dos hilos de perlas finas daban vuelta á la cabeza y se terminaban sobre la frente en un broche, en el cual brillaba un diamante de alto precio. Para no dejar nada por decir, añadiremos que en las manos de aquella dama se veían muchas sortijas, y que en la derecha llevaba un libro de oraciones encuadernado en terciopelo morado con abrazaderas de plata.

Menester fue que Vargas la mirara muy despacio para reconocer en una persona tan ricamente ataviada á la humilde pastelera de Madrigal; pero en fin, no pudiendo negarse á lo que sus ojos veían, exclamó:

—¿Inés, sois vos?—Yo soy, don Juan: no me causa estrañeza vuestra admiración; pero en verdad no deja de sorprenderme que hayais descubierto mi asilo, el nombre que en él me dan, y la manera de verme.—Yo mismo, Inés, no sé cómo esto ha sido; tal vez vos podreis comprenderlo mejor viendo este pliego.

Sacó entonces el que llevaba, y alargóselo á Inés al través de la reja. La bella morena lo recibió con gravedad, reconoció el sello antes de abrirlo, y se puso en pie para hacerlo. Así que lo hubo verificado buscó la firma, besóla con respeto, y despues, siempre en pie, leyó su contenido con la mayor atencion.

Vargas la miraba sin acertar á comprender tanta ceremoria, y esperando con ansia el resultado de aquella lectura, que duró lo bastante para que le pareciera interminable.

Por fin Inés, despues de haberse enterado muy á su sabor del contenido del pliego, volvió á doblarlo escrupulosamen-

te, y lo encerró en un saco llamado limosnero que llevaba pendiente de la cintura, así como un cordón de hilo de oro que la servía de ceñidor, y se terminaba en dos borlas casi sobre los pies.

— La persona de quien dependo, dijo la dama pastelera ya sentada, la persona de quien dependo únicamente en este mundo, me autoriza á enteraros de la historia de mi vida, á declararos quién soy, y á daros esplicaciones sobre un lance que ha podido dar lugar á dudas sobre mi sinceridad. Hablo de lo ocurrido en el Cárcmen. Lo que voy á deciros parecerá tal vez falta de recato; pero acostumbrada á vivir entre hombres y en medio de los peligros hace años, puede disculpárase si me muestro algo mas libre que otras de mi sexo. El primer hombre á quien he amado, el único que he amado, el que hoy amo y amaré siempre, sois vos, don Juan.— ¡Celestial Inés! ¡Quién será mas dichoso que yo cuando os oigo hablar así! — Bajad la voz no nos oigan, y es-

cuchadme, porque sería imprudente prolongar esta visita demasiado. Hace tiempo que yo prevía que llegaríamos al punto en que hoy estamos, aunque tal vez no contaba con que fuese tan pronto. Sin embargo, tengo ya concluida una relación acaso prolija de los principales sucesos de mi vida. Por el escrito que os entregaré podreis juzgar si soy ó no digna de vuestro amor. Pero ¡ah don Juan! ¿Por qué quiso el destino que me conocierais?— Para mi ventura, adorada mía.— Plegue al cielo que así sea, pero temo lo contrario: yo no puedo ser vuestra sino con una condición.— ¿Y dudais de que todas me parecerán suaves, deliciosas, tratándose de lo que mas deseo?— Tal vez no; y ese es mi mayor tormento. Don Juan, la empresa en que se os quiere comprometer no solo es arriesgada, sino, y ojalá que me engañen mis tristes presentimientos, desesperada, imposible de llevar á cabo. ¿Cuál sería mi dolor si rico, joven, y dueño de mi corazón, os viera víc-

tima de proyectos que nada os interesarían sino me hubierais conocido?—Y bien, Inés, desde este momento son míos; no necesito saber más que podrán reportaros alguna utilidad, y conducirme á mí á la dicha de ser vuestro esposo, para ser el más celoso partidario de ellos. ¿Qué es preciso hacer? ¿Atravesar los mares? ¿Abandonar patria y familia? ¿Pelear, renunciar á mi propio nombre, servir de esclavo? Hablad, Inés: ¿qué se exige de mí? Decidlo; y si hay peligro, por grande que sea, que me detenga un instante, despreciadme entonces como indigno de vuestro amor.

El entusiasmo de don Juan conmovió á Inés extraordinariamente; y no permitiéndola su agitación responder de palabra, alargó por la reja una mano, que fue besada con indecibles transportes.

—Y bien, mi Inés, mi señora, mi vida, ¿qué me decis?—¿Qué he de decir, don Juan? Si yo hubiera de combatir con solo mi amor, aunque grande,

tal vez pudiera vencerlo más que me costara la vida; pero con el vuestro también me es imposible. Sea, pues, lo que el destino ordenase. Esperadme un momento.

Salió diciendo esto del locutorio y en breve volvió, trayendo una caja ó estuche de madera preciosa, la cual con su llave pendiente de un cordón entregó á Vargas, diciéndole:

—Dentro de esa caja hallareis la historia de la muger en quien habeis puesto los ojos. El cielo sabe si me cuesta que nos separemos tan pronto, pero es preciso: idos, don Juan.—¿Tan presto, señora?—No podemos ni debemos llamar la atención de las religiosas. Dentro de tres días volved á la hora de hoy.—¿Tres días, Inés! ¿Tres días sin veros!—Tiempo hubo en que un mes no os pareció mucho tiempo de ausencia.—¿Aun os dura esa memoria, Inés mía? Parece que ya he pagado bastante aquel delito. Es imposible que pudiendo veros pase yo tres días sin hacerlo.—Pues bien, venid pasado ma-

ñana: ya rebajo un dia. A Dios, y no me olvidéis.—Antes me olvidaré de que existo.—Mucho ponderais, señor don Juan.—Mas siento, señora, á fé de caballero.

En esto, deshaciendo Inés su mano de las de su amante, que al tomar la caja se habia quedado con ella, se retiró ligeramente para salir del locutorio. Ya en la puerta volvió la cabeza, y mirando á Vargas con toda la espresion del amor y del agradecimiento, “á Dios, mi don Juan,” le dijo, y desapareció.

Vargas salió del convento arrebatado de gozo, y volando mas que andando corrió á examinar el contenido de la preciosa cajita.



CAPITULO III.

La mas bella niña

De nuestro lugar

Hoy viuda y sola,

Y ayer por casar,

(Góngora.)

MANUSCRITO DE INÉS.

«**O**h Clara! Mi amada Clara! Si desde tu morada celestial tu alma pura puede todavía conservar sus relaciones con los objetos que en la tierra le fueron queridos; me atrevo á creer que nunca tu espíritu se apartará de tu Inés. La feliz indiferencia por los hombres, que tanto envidiabas en ella, ha desaparecido para siempre: ahora y no entonces es cuando comprende todos tus tormentos. ¡Pobre Clara! Solo en la tumba has hallado el descanso. ¿Será mi destino correr igual fortuna? » Aun no sé si este escrito será jamas

leído por otro viviente mas que yo misma. ¿Quién podrá asegurar que la persona para quien le destino querrá comprar, á costa tal vez de su propia dicha, la satisfaccion de su curiosidad con respecto á mí? Como quiera que sea, si estos caractéres, trazados por mi mano, llegaren á las tuyas algun dia, sepa que para él, y para él solo, he podido resolverme á confiar al papel las desgracias de mi familia, cuyo término está cuando menos muy lejano.

» Don Sebastian Contiño de Alvarez nació en la ciudad de Oporto, en el reino de Portugal, vástago de una ilustre familia. Su inclinacion le llamó al ejercicio de las armas desde la niñez, y en ella se envejeció. Era don Sebastián un soldado á toda ley: valiente, sincero, y fiel á su rey. Ya muy adulto se enamoró, y obtuvo sin dificultad la mano de doña María Sotomayor de Castro, que era una señora igual á él en nacimiento, superior en fortuna, y célebre por

sus virtudes y claro entendimiento.

» Fruto de este matrimonio fueron dos hijas: mi pobre hermana Clara y yo, que nací dos años despues.

» Apenas habria yo cumplido cuatro años, cuando tuve la desgracia de perder á mi madre; y á pesar de ser entonces tan tierna mi edad, no he podido jamas olvidar la dolorosa impresion que aquel suceso me causó, ni los estremos que mi padre hacia con la afliccion de separarse para siempre de una esposa á quien adoraba. Clara y yo recibimos, deshechas en lágrimas, la última bendicion de nuestra madre moribunda; y solo á ella puedo atribuir el que en medio de tantas vicisitudes en que despues nos hemos visto, ni la una ni la otra nos hemos apartado un solo instante de la senda de la virtud: gracias sean dadas al que todo lo puede.

» El mismo año de la muerte de mi madre, que fue el pasado de 1578, se partió el rey don Sebastian á su desgraciada espedicion al África; y mi padre,

no queriendo dejar de acompañarle, nos puso al cuidado de una parienta de mi madre, llamada doña Francisca de Alba, muger de don Frey Cristóbal Tabora, gran privado del rey, y que tambien le acompañó en aquella sangrienta jornada, causa de dolor eterno para el Portugal.

» Parece que mi padre al despedirse de nosotras tenia el triste presentimiento de no volvernos á ver. Estrechónos en sus brazos mil veces, y no pudo dejarnos sin derramar copiosas lágrimas; cosa en él bien singular, pues acaso en esta ocasion y en la de la muerte de mi madre serian las dos únicas de su vida en que se le viese llorar.

» Perdióse la batalla: murió en ella la flor de la nobleza lusitana, y la consternacion fue general. Mi tía doña Francisca no supo de su marido; nosotras ignoramos la suerte de nuestro padre; y ni teniamos ni podiamos hallar consuelo, porque donde quiera que volviésemos la vista solo hallábamos horfandad, viudez y

desolacion. Jamas pueblo fue tan severamente castigado por faltas de su rey como Portugal por el imprudente arrojado de don Sebastian.

» La edad de Clara y la mia nos libertaron entonces de apurar aquel cáliz de amargura; pero sin embargo, mi hermana, que nació con un corazon demasiado sensible, contrajo desde entonces una melancolía que conservó hasta el sepulcro.

» Para colmo de desdichas, nuestra tía se hizo un objeto de sospechas eternas para el gobierno; y es de advertir que cuantos volvieron de la batalla, ó eran deudos, amigos y allegados de los que fueron á ella, ó bien habian gozado de algun favor con don Sebastian, fueron desde entonces perseguidos mas ó menos, casi sin escepcion.

» ¿Qué cosa mas natural que ignorándose la suerte de un padre, de un esposo, de un hermano, de un amigo, se tratase de inquirir qué era de él? ¿Quién se atreverá á condenar al que no quiere con-

vencerse, sin haber adquirido pruebas innegables, de que ha perdido para siempre á una persona querida?... Y sin embargo cualquiera de estas dos cosas se miraba y se mira hoy en Portugal como un crimen atroz.

»Doña Francisca de Alba preguntaba, inquiria, buscaba sin cesar indicios de que su marido no habia muerto... "*Conspira,*" dijeron los satélites del tirano; y la triste viuda se vió muy cerca de ser sepultada en un calazozo. Tuvo, pues, que salir de Lisboa y establecerse en su quinta de la Torre Vieja. Nosotras la seguimos; pero mi tia, que aun no se consideraba segura, no queriendo esponernos á una tropelía de las que entonces eran frecuentes, ni envolvernos en su ruina, nos envió á la Sierra del Carnero con una criada de confianza llamada Marta y el mulato Domingo, á quien don Juan conoce.

»En lo mas escondido de un profundo valle, en medio de un bosque de na-

ranjos y limoneros, una choza, que tal parecia por su techo pajizo y paredes de caña, nos ofreció un asilo cómodo y seguro, del que jamas me olvidaré aun cuando algun dia llegue á habitar suntuosos palacios. Formaba aquel valle una cadena circular de montes poblados de añosas encinas, y de lo mas alto de uno de ellos corria un abundante y cristalino arroyo, cuyas aguas fertilizaban su suelo, y habiendo no lejos de la choza un profundo remanso, nos proporcionaba el placer de bañarnos en el estío. Una sola vereda de cabras era la comunicacion que existia entre nosotros y el resto del mundo. Nuestra choza era grande, bien repartida, y cómoda. Poco tiempo despues de habitarla se retiró tambien á ella, huyendo de la persecucion, el capellan de mi tia, anciano venerable y lleno de instruccion, que tomó á su cargo educarnos á Clara y á mí. Marta nos instruía en las labores propias de su sexo.

»Pocas veces dejamos mi hermana y

yo de ver brillar en el horizonte el primer rayo del sol: siempre juntas, siempre con los brazos enlazados corríamos el valle, y cada día encontrábamos un nuevo placer. Hoy era un nido de ruiseñores; mañana la temprana fruta de un árbol querido. Corríamos, saltábamos; y el tiempo presente era el único que nos ocupaba. Ni el estudio ni el trabajo se nos hacían penosos, porque no nos obligaban á él: nuestro preceptor era el hombre mas indulgente, mas tolerante que es posible imaginar; y nosotras lo queríamos tanto, que la idea de complacerle nos hacía aprender con gusto cuanto quería enseñarnos.

» Clara, de mas edad, mas reflexiva, con mayor talento que yo, aprovechaba tambien mas; pero me quería con tanto extremo, que tenía un verdadero pesar cada vez que se conocía superior á mí. Si el hombre que dice haberse prendado de mí hubiera conocido aquel ángel, viéndome á su lado me tendría por despreciable."

—Imposible, exclamó Vargas al llegar aquí, imposible: no puede haber habido muger igual ni comparable á tí, Inés mia. Despues de haber desahogado asi su corazón, continuó leyendo.

« Pero yo me olvido de que estos detalles, tan interesantes para mí, han de cansar á cualquiera otra persona: ocho años pasamos en aquella soledad sin que el menor incidente viniera á turbar nuestra dicha. Nuestros bienes, fielmente administrados por mi tia, nos ponían en estado de proporcionarnos toda especie de comodidades: nada deseábamos ni teníamos que desear.

» Yo tenía ya trece años; mi hermana quince, y era hermosísima criatura. Dicen que se me parecía; pero yo, y no pase por modestia, le soy muy inferior. Clara era muy blanca, perfectamente formada, y sus facciones no eran solo regulares, sino ademas sumamente agraciadas. Su porte era grave, dulce su mirar, encantadora su sonrisa. En general pa-

recia melancólica, y jamas su alegría fue estrepitosa; pero habia en su corazon una vehemencia, en su fantasía una exaltación, que dan lugar á decir que en los pocos años que pisó la tierra mas que en ella vivió en un mundo ideal.

» Cuando al despertarnos por la mañana me referia sus sueños, me parecian de aquellos cuentos maravillosos que me entretenian en mi primera infancia. Todo en ellos era sublime, extraordinario, y bueno. La misma inclinacion se notaba en sus lecturas: siempre prefirió las obras mas metafísicas. Nunca la oí hablar de tesoros, sino de virtud y gloria. Decir que era muy religiosa es escusado; en su carácter no podia menos de serlo. Era demasiada su semejanza con los espíritus celestiales para que dejase de estar siempre en comunicacion con ellos por medio de la oracion.

» De mí solo diré que adoraba á mi hermana, y que tenerla á mi lado y jugar eran todos mis deseos.

» Una tarde de verano, ya mucho despues de puesto el sol, nos hallábamos las dos hermanas á la orilla del lago, sentadas al pie de un sauce y abrazadas como de costumbre. Hablábamos de nuestros padres, ó por mejor decir, Clara hablaba y yo la escuchaba. No se le habia olvidado ni una sola de las circunstancias de la muerte de mi madre, ni de la despedida de su esposo: referíamelas entonces acaso por la millonésima vez, y sin embargo nuestras lágrimas corrian en abundancia. Clara, refiriendo una desgracia, hubiera hecho llorar á las piedras.

» En esta disposicion, no sé cómo alcé la vista, y en la cumbre del monte que teníamos en frente, que era justamente el que atravesaba la vereda por donde se entraba en nuestro valle, creí divisar cuatro ó cinco hombres á caballo. Comuniqué mi observacion á Clara, y ésta confirmó mis sospechas.

» Desde que habiamos ido á la cabaña continuamente estábamos oyendo que

aquel era el único rincón de Portugal donde se podía vivir sin estar espuesto á las persecuciones del tirano.

» Sabiamos que nuestra tía no se habia venido á vivir á él por no esponerse á que la confiscasen sus bienes, no atreviéndose á visitarnos sino muy de tarde en tarde, y con las mayores precauciones, para que no se descubriese nuestro retiro. Tampoco se nos habia ocultado que nuestro capellan estaba allí para sustraerse á la proscripcion que le amenazaba. En una palabra, estábamos convencidas de que el descubrimiento del valle en que viviamos sería seguido infaliblemente de nuestra ruina.

» Con estos antecedentes es facil de concebir cuál sería nuestro sobresalto viendo aquellos cinco hombres que descendiendo aquellos cinco hombres que descendiendo del monte se aproximaban á paso largo á nosotras.

» Yo me arrojé en los brazos de Clara, á quien estaba acostumbrada á mirar como mi natural protectora, y conocí que

aunque procuraba serenarme no estaba tampoco muy tranquila.

— » ¿Qué hacemos? le dije.—Huyamos á la choza, me respondió; tal vez no nos habrán visto.

» Tomamos inmediatamente este partido, y llegamos casi sin aliento á la pieza en que el capellan leyendo y Marta en sus labores, nos vieron entrar de aquella manera con no poca sorpresa. Pero nosotras, sin darles lugar á que nos preguntasen cosa alguna, les referimos lo que habiamos visto.

» El capellan, creyendo ya verse en poder de los genizaros de Felipe, y de allí sepultado en un calabozo de la inquisicion, se quedó petrificado; y Marta no pensó mas que en tratar de escondernos á mi hermana y á mí. Parecióme bien aquella resolucion, pero no así á Clara. Ésta dijo, que si eran gentes enviadas por el rey las que venian, sin duda estarian bien informados de cuántos y quiénes fuesen los habitantes de la cabaña, y que

ocultarse cualquiera de ellos solo serviria para darles lugar á cometer mayores tropelías sin fruto alguno para el escondido, á quien irremediamente habian de encontrar por fin.

» Estaban Marta y el capellan combatiendo aquella opinion, cuando se vieron interrumpidos por dos ó tres golpes dados con fuerza á la puerta, que nosotras al entrar habiamos cerrado.

»Cuál sería nuestro temor, se deja comprender. Quedámonos por algun tiempo inmóviles como estatuas: llamaron segunda vez á la puerta, y fue preciso pensar en lo que se habia de hacer.

— »Es necesario responder, dijo Clara. — ¿Y quién se atreve? replicó Marta: yo no. — Ni yo, exclamó el capellan. — Pues yo iré, dije yo entonces. — Vamos las dos, añadió Clara; y así se hizo.

» Acercámonos en efecto á una ventana, desde la cual vimos que el que llamaba á la puerta era el mozo de confianza que mi tia solia enviarnos con las pro-

visiones y otras cosas necesarias. Ambas hermanas nos echamos á reir del gran miedo que sin causa habiamos pasado, y abrimos al bueno de Santiago, que así se llamaba el mozo, quien nos manifestó que tambien se habia sorprendido y asustado con nuestra tardanza en responderle.

» El capellan y Marta creo que mientras esto pasaba en la puerta estarian encomendándose á todos los santos del cielo, pues cuando entramos en su cuarto con Santiago los hallamos de rodillas, blancos como la pared, cruzadas las manos, y clavados los ojos en el cielo. Costónos algun tanto convencerlos de que nada ocurría que pudiera justificar sus temores; pero por fin acabaron cediendo á la evidencia, y el buen eclesiástico preguntó á Santiago cuál era el objeto de su venida. Respondióle éste, que lo vería por la carta de doña Francisca de Alba que puso en sus manos.

» Nunca he visto pasar á un hombre con tanta rapidez del exceso de la afliccion

al colmo de la alegría, como pasó entonces el capellan con la lectura de aquella carta, que contra su costumbre de hacerlo en voz alta, reservó entonces para sí.

» Brilló en su rostro un contento inexplicable; y como si le hubieran quitado por encanto veinte años de encima, se levantó de su asiento con indecible agilidad, y frotándose las manos, dió dos ó tres paseos por la sala antes de decirnos una palabra.

» Esperábamos las tres, con la ansiedad que tan natural es en nuestro sexo, la esplicacion de todo aquello, pero por entonces lo que supimos servia mas para irritarla que para satisfacerla.

— » Hijas mias, los hombres que habeis visto á caballo no son lo que pensabais. Vienen aqui, pero como amigos. Bien me lo daba á mí el corazon: por eso no me he asustado tanto como vosotras.

» Esto nos dijo el capellan; y Clara y yo, oyendo su intempestiva fanfarronada,

nos miramos, faltando poco para que soltáramos la carcajada.

— » Son, continuó él sin advertirlo, sugetos de distincion. Uno de ellos viene enfermo, y es menester disponerle una cama. Vamos, señora Marta, no perdais el tiempo. Y vosotras, hijas mias, supongo que no tendreis inconveniente en ceder vuestro aposento para un desgraciado. ¿No es verdad? — Y con mil amores, respondió Clara, cuyo tierno corazon compadecia ya al hombre de quien se le hablaba.

» Marta, mi hermana y yo volamos á nuestro cuarto. En un instante hicimos desaparecer nuestras costuras y bordados: dispusimos una cama que no le hubiera parecido mal á un príncipe, y salimos á anunciárselo al capellan, pero ya no le encontramos en la choza. Supusimos, con razon, que habria salido al encuentro de nuestros huéspedes, pues á poco rato le vimos llegar acompañado de cinco hombres montados en muy buenos caballos.

Traían todos unos antifaces negros, cosa que nos sorprendió, pues viviendo en aquella soledad, ignorábamos que los caminantes, en verano, suelen usarlos para libertar el rostro del ardor del sol y de la incomodidad del polvo. Sus vestidos no eran ni tan buenos ni tan malos que llamasen la atención. Los sombreros de ala ancha; pero lo que mas atrajo las miradas de Clara y las mias fueron las cotas de malla que llevaban encima de unos coletes de gamuza. Tal vez ellas y las armas, tanto blancas como de fuego, de que iban provistos, me hubieran hecho tenerlos por ladrones á haberlos visto algunos años despues. Entonces el vicio y el delito eran para mí palabras incomprendibles.

» Mientras mi hermana y yo observábamos todo esto se habian apeado cuatro de los ginetes, y llegándose con muestras de respeto al quinto, que permanecia montado á caballo, recibieron sus armas, que él mismo fue dándoles. Luego

que estuvo desembarazado trató de apearse; pero viendo los otros que no podia hacerlo, se encargaron de ello, haciéndolo con brevedad, pero con tanto cuidado, que nos persuadió de que aquel hombre era el enfermo. Ya en el suelo, fue menester que se agarrara de los brazos de dos de sus acompañantes para entrar en la choza, y aun asi andaba con suma dificultad.

» Ese infeliz, me dijo Clara, parece que está muy malo: Marta y yo tambien pensábamos lo mismo; pero era tal nuestra curiosidad, que no nos daba lugar por entonces á compadecerlo.

» Sin detencion ninguna el capellan condujo á los desconocidos á la habitacion preparada, y alli el enfermo se metió inmediatamente en la cama. Al cabo de una media hora salió nuestro preceptor: comunicó á Marta sus disposiciones para la cena, y la orden de arreglar, lo mejor que pudiese, en la sala que nos servia de biblioteca y cuarto de estudio tres camas

para aquellos señores, pues uno de ellos habia de velar continuamente á la cabecera del enfermo.

» Cuando estuvo dispuesto todo avisamos, y se nos previno que Domingo llevase la ligera colacion preparada para el doliente hasta la puerta de su habitacion. Allí la tomó uno de los que le acompañaban, y despues se presentaron los cuatro en el comedor para cenar con nosotras, ya sin antifaces, pero con las cotas de malla, espadas y dagas.

» Vimos entonces que de aquellos cuatro sugetos uno era anciano, dos jóvenes, y el otro niño, que no llegaría á diez y siete años. Estaban todos tan tostados, que mas parecian mulatos que europeos; y mostraban en lo enjuto de los rostros, el lacio de los cabellos y gravedad en el mirar, que la vida que llevaban no era ni cómoda, ni exenta de peligros.

» Saludáronnos cortesmente, escusándose de la molestia que nos causaban con la inevitable necesidad de hacerlo. A la

mesa se condujeron con la mas perfecta urbanidad, pero hablaron poco: no se nombraron jamas unos á otros; y aunque comieron con buen apetito, no mostraron en ello gran placer. Acabada la cena, que no fue larga, nos retiramos, ellos á descansar, y nosotras á hacer congeturas sobre quiénes serian.

» A la mañana siguiente, despues de habernos vestido para ello con algo mas de cuidado que soliamos hacerlo diariamente, fuimos conducidas por nuestro preceptor al cuarto del enfermo, á quien llamamos en la cama sin antifaz ni otra cosa que impidiese verle el rostro.

— » Señor, le dijo el capellan, aqui teneis á las dos sobrinas de mi señora doña Francisca de Alba.— Bellas niñas, contestó con una voz, aunque entonces débil, bastante sonora. ¿No me habeis dicho que eran hijas de Sebastian Contiño?— Y muy servidoras vuestras, respondí yo, que como de menos edad, estaba tambien menos cortada que Clara.

— » ¡Pobre Contiño! continuó el doliente como sino me hubiera oído: lo hizo bien; se portó como un valiente; y no fue solo. Pero todo fue inútil: Dios quiso castigar nuestra arrogancia. Que su voluntad sea hecha. Hijas mías, vuestro padre era un buen soldado, un completo caballero; espero que algun día recibireis la recompensa de sus servicios en la tierra, porque él años ha que disfruta de ella en mejor vida.

» Estas palabras arrancaron nuestras lágrimas. El enfermo, sintiendo al parecer habernos afligido, varió de conversacion, y empezó á hacernos á ambas, aunque con mas frecuencia á Clara, diversas preguntas, á las cuales tuvimos la dicha de responder acertadamente. Aquella conversacion duró una hora. Yo salí ya un poco cansada; pero como Clara parecia muy satisfecha, no quise decirle una palabra.

» Todo aquel dia no cesó mi hermana de hablarme del enfermo. Ponderaba

su figura, que á mí, á la verdad, no me parecia gran cosa; la sonoridad de su voz, que á mí me amedrentaba; y sobre todo, aquel tono grave y magestuoso, que le hacia suponer, y en esto íbamos conformes, que aquel hombre debía ser un gran personage.

» La enfermedad que el tal padecia era una herida en una pierna, que por falta de cuidado estaba en muy mal estado. Agravóse considerablemente, le entró calentura; y sus cuatro compañeros y el capellan decidieron unánimemente que era indispensable ya la asistencia de un facultativo. Con este objeto escribieron á mi tia, y el fiel Santiago fue como siempre el portador del mensaje.

» Segun despues he sabido, la eleccion de doña Francisca de Alba recayó en el licenciado Juan Mendez Pacheco, médico de una aldea vecina á Lisboa, que tenia fama de hábil y de poco afecto á los españoles.

Avisóle que fuera á Guimaroceus á

ver un enfermo en quien se interesaba. Hizolo asi Pacheco, y cuando ya iba á entrar en el lugar, Santiago, sacándolo del camino, lo condujo á lo mas áspero del monte, en donde le aguardaban ocultos dos de los incógnitos de nuestra choza. Despues de asegurarle que nada tenia que temer, le taparon el rostro para que no viese el camino por donde iba, y lo trajeron asi hasta el cuarto mismo del paciente.

»Reconoció Pacheco la llaga, que dijo haber sido hecha por una bala que pasó de soslayo; la curó, y en quince dias que permaneció alli sacó al enfermo de peligro, y lo puso en disposicion de poderse levantar, declarando que ya no creía necesaria su asistencia. Con esto, y con sustituir al unguento que en una caja de plata llevaban los incógnitos para curar la herida, otro mas eficaz, se le despachó del mismo modo que vino, con una carta para mi tia, quien no solo le recompensó liberalmente, sino que tuvo la de-

bilidad de confiarle tal vez cosas que no debiera. Debo advertir que Pacheco no vió jamas el rostro del enfermo, quien siempre que el médico iba á entrar en su cuarto se ponía unos grandes anteojos pardos que le desfiguraban enteramente. A los demás los vió, pero á ninguno pareció conocer, ni ellos á él.

»Durante la estancia del médico en la choza, nuestras relaciones con el enfermo se hicieron mas íntimas. Gustaba de nuestra compañía, y el capellan, encantado de ello, lejos de poner obstáculo alguno, apenas nos dejaba salir un instante de su estancia. Marta, que no habia recibido una educacion descuidada, sabia tocar el arpa medianamente, y nos habia dado lecciones á Clara y á mí: en breve supé yo tanto como mi maestra, y mi hermana mucho mas. Pulsada el arpa por sus manos, producía sonos que arrebatában: parecia que las cuerdas, animándose, adquirian la sensibilidad de aquella angelical criatura; y nada distraía tanto

al enfermo como que Clara tocase algunas de sus composiciones favoritas en aquel instrumento.

» Yo no me apartaba de mi hermana; es decir, que no salía del cuarto en que ella estaba; pero como mi edad ni mi carácter permitían que me estuviese mucho tiempo quieta, no cesaba de jugar, ya en una parte, ya en otra. Clara, por el contrario, siempre sentada á la cabecera del enfermo, hora leía, hora tocaba el arpa, ó bien conversaba con él; y si era grande el placer de éste en tenerla á su lado, no era menor el de ella en acompañarle.

» Podría tener aquel hombre entonces de treinta y cuatro á treinta y cinco años de edad, y aunque llevaba en el rostro visibles señales de grandes trabajos, lejos de ofrecer nada de repugnante, no dejaba de tener bastante gracia. Su conversación era bastante amena. Había corrido, al parecer, gran parte de la Europa, y observando detenidamente sus cos-

tumbres, pues describiéndolas con viveza y maestría, nos tenía escuchándole horas enteras. No había en Portugal familia ilustre cuya historia no conociese perfectamente; y según hablaba, no solo parecía que había estado en relaciones con ellas, sino con cuantos personajes había en dicho reino. De todo hablaba con calma, y acaso con indiferencia; pero si la casualidad hacia que se mencionase al rey de España, se hubiera dicho que una chispa eléctrica le inflamaba. Sus ojos brotaban llamas al solo nombre de Felipe; murmuraba entre dientes algunas imprecaciones, y variaba al instante de conversación.

» Siempre que esto ocurría, mi miedo era inexplicable; y daba señales tan claras de tenerlo, que algunas veces, conociéndolo el enfermo, me llamaba para hacerme caricias y desimpresionarme. Sin embargo, siempre miré á aquel hombre con cierta especie de temor que jamás he podido desterrar.

» Clara también se afligia en tales casos, mas no se asustaba: si existe en efecto la simpatía entre los humanos, en nadie se ha explicado con mas prontitud ni fuerza que en mi hermana y el enfermo. Yo entonces veía sin comprender; pero reflexionando despues muchas veces sobre aquellos sucesos, me he convencido de que muy desde el principio se enamoró Clara del incógnito, y éste de ella.

» Una sola circunstancia, que por cierto me afligió bastante, hubiera sobrado hoy para revelarme aquel amor naciente.

» En nuestros paseos Clara no hablaba una palabra, y apenas respondia á mis continuas preguntas. Siempre distraída, no cesaba de suspirar, y hubo dias en que, aprovechándose de la primera ocasion favorable, se salia fuera de la choza.

» Ya he dicho de mi cariño á ella que era una verdadera idolatría. Sentíme de su proceder, y se lo dije con las lágrimas en los ojos: Clara me estrechó tiernamente entre sus brazos, me acar-

ció, y se disculpó. Yo la creí, y dos dias despues volvió á suceder lo mismo que antes.

» Mes y medio pasaron los incógnitos en la choza. De los cuatro que acompañaban al enfermo, los tres de mas edad casi siempre estaban conferenciando en secreto con el capellan: el otro gustaba mas de acompañarnos á paseo á mi hermana y á mí; para su edad era demasiado formal, y yo le hacia por ello muchísima burla: él lo sufría pacientemente, pero no variaba de conducta. Muchas veces me dijo que era muy hermosa: yo me reía. Parece que ya en aquel tiempo se enamoró de mí; por mi parte entonces no sabia ni podia saber qué cosa era el amor; y cuando en lo sucesivo me hallé en edad de amar, jamas sentí por aquel jóven la menor inclinacion.

Respiró don Juan leyendo esta declaracion, pues hubo un momento en que tembló no ser el primero que hubiera sabido conmovér el corazon de Inés.

«Anunciáronnos, al cabo de este tiempo, que trataban de irse. Yo recibí esta noticia con indiferencia: no así Clara, que sintió despedazarse su corazón. Al montar á caballo el incógnito, sacándose de un dedo un precioso anillo, se lo puso á mi hermana diciéndola: «Tomad, hija mia, esta memoria de un hombre cuyos dones fueron en otro tiempo muy estimados, y hoy solo cuenta con algunos corazones fieles; séalo el vuestro tambien, que del mio jamas se borrarán esas facciones, ni el agradecimiento por vuestros cuidados.»

«Los sollozos de Clara respondieron por ella. No perdió de vista á los caminantes hasta que la distancia y la espesura del monte se los ocultaron; suspiró entonces, y puedo asegurar que en muchos días ni aun sonreirse la vi.

«No prolongaré mas esta relacion con minuciosos pormenores. Baste decir, que desde la marcha de los desconocidos pasamos un tristísimo año hasta su vuelta, que se verificó inesperadamente.

«El herido venia ya enteramente bueno de salud, pero mas caido de espíritu. La vista de Clara le animó algun tanto, y mi hermana no pudo disimular el gozo que en verle sentia. Ella misma me ha confesado despues todo lo que voy á referir.

«A pocos días del regreso de aquellos hombres, saliendo Clara á paseo una tarde sin mí, que, no sé cómo, me quedé en la choza, y estando sentada á la orilla del lago, el incógnito se ofreció á sus ojos cuando menos lo esperaba. Saludóla, sentóse á su lado, y estuvo algun tiempo pensativo, hasta que por fin dijo:

— «Mi edad y mis trabajos, hermosa Clara, parece que debian haberse puesto á cubierto de las pasiones; pero vuestros ojos han sido mas poderosos que los años y la esperiencia. Yo os amo con delirio, y la reflexion ni mas de un año de ausencia han podido borrar de mi memoria vuestra imágen seductora, y el amor me ha vuelto á traer á este valle, solo para

ofreceros mi corazón y oír de vuestra boca si mi suerte ha de ser en todo adversa, ó me reserva el cielo aun alguna felicidad.

» Clara decia que esta declaracion, aunque hecha en tono apasionado, tambien lo fue con entereza y dignidad. No me ha dicho lo que respondió; pero es de inferir que el incógnito no quedaria muy descontento de su respuesta, cuando los paseos solitarios se repitieron tantas veces cuantas lo permitió la impertinentilla hermana Inés.

» A poco los incógnitos volvieron á marchar; pero su regreso fue tambien en breve, y en todo el año siguiente repitieron sus visitas con frecuencia.

» En este intermedio la melancolía y distraccion de Clara iban en aumento. El incógnito y ella tenian frecuentes conferencias secretas; pero ni debian versar sobre materias alegres, ni salir ambos muy satisfechos; pues los ojos de mi hermana estaban inflamados de llorar, y el entrecejo de su amante hacia temblar.

» Un dia los dos se presentaron á la mesa, sino alegres, por lo menos no tristes. Despues de comer, el desconocido se encerró con el capellan, y estuvieron hablando como dos horas; salió el buen eclesiástico de la tal conversacion como loco de contento. Santiago fue despachado en toda diligencia con una carta para mi tia. Dos dias despues volvió á venir acompañando á la misma doña Francisca de Alba. Ésta asi que vió al incógnito se echó á llorar, y quiso arrojarse; mas él, recibéndola en sus brazos, lo impidió.

» Clara al parecer comprendia todo aquello: yo estaba como quien ve visiones, y no poco resentida de la reserva de mi hermana. La noche misma de la llegada de mi tia, asi que estuvimos solas, Clara, abrazándome tiernamente, me dijo que se casaba con el incógnito. Jamas há habido sorpresa igual á la mia ni mayor afliccion, pues creí que casarse Clara y separarme de ella sería todo uno.

» No le costó poco trabajo consolarme,

convenciéndome de que jamas se apartaría de mí; y yo, que solo á aquello atendía, ni me acordé de preguntarle el nombre de su esposo.

»Veinte y cuatro horas despues, como á las once de la noche, vestidas mi tía, Clara, Marta y yo de toda gala, y escoltadas por el incógnito, sus cuatro acompañantes, el capellán, Santiago y Domingo, montamos á caballo; y habiendo andado dos ó tres horas por veredas ocultas, y muchas veces por lo mas enmarañado del monte, llegamos, acabada de sonar la una de la madrugada, á corta distancia de una ermita dependiente de cierto monasterio de San Agustin. En sus inmediaciones encontramos á otras cuatro personas embozadas en grandes capas, quienes sin duda nos esperaban, pues asi que echamos pie á tierra, y uno de los nuestros habló con ellos algunas palabras, se dirigieron con nosotros á la ermita.

»Santiago se adelantó solo á llamar á la puerta de ésta, y el religioso que la

habitaba no dejó de tardar bastante en responder. Hizolo por fin, preguntando con harto desabrimiento quién era el que llamaba tan á deshoras. Respondió Santiago, que un labrador que vivia en una cabaña no distante de alli, en parage que nombró y ahora no recuerdo, se habia puesto repentinamente enfermo de tanto peligro, que se temia espirase de un instante á otro, por lo cual le suplicaba fuese sin tardanza á administrarle los últimos auxilios espirituales.

»Preguntó el fraile que cómo se llamaba el enfermo, y nuestro mozo, que llevaba bien estudiada la leccion, respondió que era un tal Pedro Trebiños, labrador muy conocido del religioso, y que en efecto habitaba el parage que Santiago habia dicho. Con tales señas no le quedó duda al ermitaño; y diciendo que iba á abrir la puerta de la ermita, se retiró de la ventana á que primero se habia asomado. Inmediatamente que lo hizo, y á una señal de Santiago, se aproximaron dos de

los incógnitos, y con las dagas desnudas se arrojaron sobre el pobre fraile cuando abrió la puerta, é imponiéndole silencio bajo pena de la vida, entraron con él en el vestíbulo de la ermita. Asi que Santiago nos avisó fuimos tambien á ella nosotras, los que nos acompañaban y los que habíamos encontrado esperándonos; todos, en fin, á escepcion del mismo Santiago y el mulato, que se quedaron en guarda de los caballos.

»Yo no sé quiénes pensaria el fraile que éramos; pero lo cierto es que aunque no hablaba palabra se le conocia que estaba muriéndose de miedo. Dijéronle que nos condujese á la sacristía, y ya en ella que nos franquease los mejores ornamentos que para decir misa tuviese. Hizolo todo apresurado y temeroso, asi como á ir á encender todas las velas del altar mayor, y en seguida encerráronle en su propia celda, dejando en su guarda á uno de la comitiva.

»Asi que el fraile se retiró, arrojó su

capa una de las personas que se nos habian reunido á las inmediaciones de la ermita, y vi con la mayor admiracion que era un venerable anciano, un obispo con todas sus vestiduras. Nuestro capellan y otros que le acompañaban le ayudaron á revestirse, y ellos mismos lo hicieron tambien.

»Mandáronnos retirar á todos de la sacristía, para que el obispo confesase al incógnito: Clara se confesó en seguida tambien con él, y luego el prelado nos dijo una misa, asistido por los dos capellanes.

»Concluido aquel sacrificio, Clara apoyada en mí, pues tal era su turbacion que apenas podia andar, se encaminó al altar, como asimismo el incógnito. Todos los asistentes se aproximaron tambien, y el obispo principió la lectura del rito matrimonial. Concluida la lectura, y al hacer las preguntas de costumbre á los desposados, y oyendo que al incógnito le decia: Vos, baron, quereis por esposa &c.

á la señora doña Clara Contiño, Sotomayor, Alvarez de Castro, esperé que al hacerle á mi hermana igual interpelacion sabria el nombre de su esposo. Engañéme empero. El obispo empezó en efecto á decir si queria por esposo al señor don... Pero el incógnito lo interrumpió:—Es inútil que me nombreis. Ella sabe quién soy y vos tambien: esto basta; las paredes oyen.— Noreplicó el obispo, y la ceremonia se concluyó, con harta mortificacionia, sin que yo tuviese el gusto de saber quién era ni cómo se llamaba mi singular cuñado.

» Antes de retirarnos firmamos todos un papel, que se nos dijo ser el que en cualquier tiempo haria constar la legitimidad de aquel matrimonio. Besamos en seguida el anillo del obispo, y recibiendo su bendicion salimos de la ermita. Poco antes de amanecer estábamos en nuestro valle. Mi hermana se retiró á la estancia de su marido, y yo, que jamas habia dormido sino en su compañía, me fui sola y

despechada á mi lecho, maldiciendo de todo corazon al que me habia robado el cariño y la sociedad de Clara.

» Poco disfrutó ésta por entonces de la compañía de su esposo: á los quince dias de casado se separó de ella. Volvió á poco tiempo, y permaneció en el valle algunas semanas. Para abreviar diré, que en el primer año de su casamiento mi pobre Clara no veria á su marido mas de cuatro meses.

» Es natural figurarse que yo no dejaria de preguntar cuál era el nombre de mi cuñado; pero Clara me contestó que no podia decírmelo, pues habia prometido callarlo bajo juramento; que lo que á mí me bastaba saber, y ella podria revelarme, era que su marido pertenecia á una casa mucho mas ilustre que la nuestra, y que él mismo era persona de grande importancia; pero que habiéndole ocurrido grandes desgracias, y sufriendo á consecuencia de ellas una persecucion del gobierno que ponía su vida en peligro, se

veía en la precisión de vivir oculto, errante, y en continuo sobresalto.

»No tuve dificultad ninguna en creer cuanto mi hermana me dijo, pues todo iba muy conforme con las apariencias.

»La pobre Clara, durante las continuadas ausencias de su marido, no se agotaba un instante. Llorar, rezar, observar el camino del monte, eran sus ocupaciones. Si algun consuelo encontraba en mi compañía, era bien escaso. «¡Qué felices eres, me decía muchas veces, en conservar tu independencia! ¡qué dichosa en conservarte hoy como cuando vinimos á esta choza!»

»Pasaré por alto nuestras conversaciones. Interesantísimas para nosotras, serian impertinentes para los demas.

»Diez y ocho meses hacia que Clara se habia casado; cuando una noche, siendo mas de las doce de ella, se presentó su marido en el valle. Encerróse con ella como cosa de media hora, y al cabo de ella salió con muestras de grande agitacion.

Abrazóme tiernamente (y esta fue la primera vez que lo hizo), y montó á caballo, encargándome mucho que cuidase de la salud de mi hermana y la consolara en su ausencia, que entonces sería mas larga que las pasadas.

»Inútil encargo para quien en nada pensaba mas que en la dicha de Clara. Entré en su cuarto, y la hallé anegada en lágrimas y postrada de rodillas ante un crucifijo, orando fervorosamente.

«Libertadle, Señor, decía, de los malos de sus enemigos. Bastante ha purgado sus delitos. Misericordia, Señor, de él y de mí.»

»Caí yo tambien á su lado, tambien lloré, y tambien dirigí mis plegarias al Redentor. Solo aquello podia consolar á Clara entonces. La mirada que me dirigió viéndome unir mis oraciones á las suyas pintaba un agradecimiento, una satisfaccion, que no hay pluma capaz de describir.

»Despues de algun rato me dijo: «Soy

muy desdichada, Inés mía. A pesar de las precauciones con que mi marido vive, los verdugos españoles han llegado á sospechar su existencia en Portugal, y se cree que esto se debe á alguna indiscrecion del licenciado Juan Mendez Pacheco, á quien nuestra tia, Dios se lo perdone, dijo mas de lo necesario. Tiene, pues, el desdichado que huir, si puede, del suelo de su patria; y no quiere llevarme consigo por no esponerme á mil peligros. ¿Y cuándo, Inés, euándo tiene que abandonarme? Cuando antes de muchos meses seré madre tal vez.”

»Al acabar ocultó su rostro en mi seno; corrieron en abundancia las lágrimas de ambas; y de allí en adelante pocos dias se pasaron sin repetirse la misma escena. Una semana despues de la noche de que acabo de hablar recibimos á Santiago con un billete de mi tia, cuyo contenido era el siguiente:

“Señora y amada sobrina: vuestro esposo y mi señor se ha embarcado, con

el favor de Dios, el jueves último, dirigiéndose al puerto de *** para pasar de allí á Roma. Conformaos con la voluntad de Dios, y confiad en su justicia y misericordia, en tanto que yo quedo rogándole con todo el fervor de mi corazon tenga en su santa guardia á vuestro esposo y á vos. Vuestra servidora y tia = Doña Francisca de Alba.”

»Tranquilizóse Clara algun tanto con esta noticia, y su vida se hizo mas serena, aunque sumamente melancólica. Penas tan graves en una persona jóven, en extremo sensible, y de constitucion delicada, no podian menos de hacer grande impresion; y en efecto, la hicieron. Unida ésta á su embarazo, destruyó para siempre la salud de mi desdichada hermana.

»Despues de seis meses de haberse ausentado mi cuñado nació su hija Clara tan parecida á su madre, y á mí en particular, que cuantos la han visto despues la han tenido por hija mía. Nuestro padre capellan la bautizó; yo fui su madri-

na: su madre, á pesar de hallarse muy delicada, no quiso consentir en que nadie diera el pecho á la niña mas que ella misma.

»Pasamos un año despues de esto sin tener noticia alguna de mi cuñado: Clara no le habia olvidado, pero la hija la servia de gran consuelo. El escelente carácter, las gracias inocentes, y las caricias infantiles de la niña, la hacian sonreir á veces. Jamas la oi formar para su hija proyectos ambiciosos; antes por el contrario, aseguraba que si en su mano estuviera no saldria nunca Clarita de aquel mismo valle en que ella y yo habiamos pasado momentos tan apacibles.

»Un dia, de que no renuevo nunca la memoria sin amargo dolor, aquel jóven que acompañaba al incógnito la primera vez, y que segun he dicho parecia enamorado de mí, se presentó en la choza con aire tan abatido y melancólico, que bastaba verlo para presagiar que era portador de alguna funesta nueva.

“¿Y mi esposo, preguntó Clara llena de temor, vive? — Vive, señora, contestó gravemente el mancebo. — Dios sea alabado, replicó mi hermana con un profundo suspiro; ¿y por qué no viene con vos?”

»Á esto respondió el mensajero, refiriéndonos con brevedad cuanto les habia ocurrido desde su marcha del valle, y se reducía á haberse embarcado en Portugal mudando de hábito y nombres, llegado con felicidad á *** pasando de allí á Roma, y al cabo de pocos meses á Nápoles, por consejo de algunos amigos. Parece que en esta última ciudad hombres demasiado confiados dejaron entrever el secreto de mi cuñado á otros que, intimidados por el poder, ó seducidos por el oro de los españoles, lo pusieron en conocimiento del virey, quien procedió sin tardanza á la prision del desventurado, que entonces quedaba en el *Castell-del-Ovo*. Milagrosamente sus inseparables compañeros pudieron sustraerse á favor de

varios disfraces á la persecucion de los satélites del virey; y el que entonces nos hablaba se encargó de venir á poner en nuestro conocimiento tan triste suceso, esponiéndose, como es de suponer, á peligros inmensos.

»Una revolucion completa se obró entonces en Clara: aquella muger tímida como la paloma, dulce como el corderillo, se convirtió de repente en un ser animado del mayor entusiasmo.

«Corramos, exclamó, á Nápoles. No en valde me ha dado el título de esposa suya: si la fortuna hubiera coronado sus esfuerzos, él repartiera conmigo su gloria y su esplendor: hoy que le es contraria, mi deber es participar de sus penas, morir con él si necesario fuese. Ahora mismo me pondré en camino.—Y yo contigo, Clara mia; nuestra suerte será la misma, dije yo.» Clara me dió un estrecho abrazo. El capellan, que estaba presente, se opuso á este proyecto en vista de las dificultades y peligros que ofrecia; Marta

le apoyó, y el mensagero mismo de mi cuñado se puso de su parte.

»Clara entonces, revistiéndose de una dignidad nueva en ella, dijo en tono solemne: «He dicho mi voluntad, y no la revocaré en esta materia. No se hable mas de ello.» Quedámonos todos mudos, y solo se pensó en hacer los preparativos para el viaje. En dos dias todo estuvo pronto; al tercero salimos del valle; y el quinto Clara, su hija, el capellan, el desconocido, el mulato y yo nos embarcamos en Lisboa para Italia.»

Á este punto del manuscrito de Inés llegaba don Juan, cuando un criado vino á avisarle que un señor magistrado le buscaba. Suspendió, pues, la lectura, aunque de muy mala gana, y encerrando los papeles en la cajita bajó á la sala de estrado.



CAPITULO IV.

« Y no os teneis que cansar ;
 Que yo sé no me conviene :
 Ni daré por cuanto tiene
 Un dedo del Castañar. »

(*Garcla del Castañar, comedia.*)

La persona que interrumpió á don Juan era don Rodrigo de Santillana, alcalde del crimen de la chancillería de Valladolid. Despues de los cumplimientos de costumbre, don Rodrigo con la facilidad de un hombre de mundo entabló desde luego la conversacion sobre el asunto á que iba.

—He sabido, señor don Juan, dijo, que vuestro hermano el señor marqués piensa salir mañana de esta ciudad para la corte; y habiendo yo sido llamado á ella por el rey nuestro señor, vengo á suplicaros me alcanceis la honra de hacer el viaje en su compañía, pues de no ser asi, hasta hallar ocasion de hacerlo con

alguna comodidad se pasará mas tiempo del que yo deseara.

Don Juan, á quien no le pesaba hallar ocasion de pagar la cortesanía con que don Rodrigo le habia tratado en el lance del Campo Grande, pasó sin tardanza al cuarto de su hermano, y consiguió facilmente la pretension del alcalde. En seguida presentó éste al marqués, y quedaron ambos muy satisfechos uno de otro.

Despidióse don Rodrigo; pero don Juan no pudo volver, como deseaba, á ocuparse en la lectura de la historia de su amada, porque el marqués le entretuvo hablándole de asuntos de familia, y haciéndole varios encargos para que los desempeñase durante su ausencia. Entre otras cosas le encomendó muy particularmente que no dejase de visitar á menudo á cierta condesa viuda, quien tenia una hija única llamada Blanca, que sobre ser heredera de inmensos bienes, pasaba por una de las mas hermosas y discretas damas de ambas Castillas.

—Sois mozo, le dijo, pero no tanto que no debais ya pensar en estableceros, y seguramente ningun partido hallareis tan ventajoso bajo todos aspectos como el de uniros á doña Blanca.— Hermano, replicó Vargas, nada complacido con semejante insinuacion, yo por ahora no pienso en casarme. Ademas, debéis recordar que solo he dejado á Flandes para vivir en vuestra compañía.— Sí, es verdad; pero las circunstancias... quiero decir... En fin, aunque casado, siempre vivireis en Valladolid, y viene á ser lo mismo.— No hablemos de eso, hermano, porque es inútil. Yo estoy seguro de que la madre de doña Blanca jamas se la dará por esposa á un segundon.— Os engañáis: vos no sois pobre; y en punto á familia, les llevamos grandes ventajas. Su título es de ayer, y su apellido flamenco; y la antigüedad del nuestro es tanta como la de la monarquía. Esto es algo; y ademas, yo tengo mis razones para creer que no seréis despreciado si lograis agradar á do-

ña Blanca, cosa que de vos depende.

No quiso Vargas prolongar la discusion, y se calló, pero firmemente resuelto á no poner los pies en casa de la condesa, y á negarse al matrimonio en cualquiera ocasion que volvieran á proponérselo.

Toda aquella tarde y gran parte de la noche la pasaron ambos hermanos en arreglo de papeles, ajustes de cuentas, y combinacion de varias disposiciones relativas á asuntos de interes doméstico. Cuando todo estaba concluido, el marqués dijo á su hermano:

-- Don Juan, somos mortales, y la hora de la muerte es incierta. Yo no soy aun anciano, y á Dios gracias disfruto de buena salud; pero no por eso tengo la vida asegurada: he hecho, pues, mi testamento, que cerrado y sellado queda en poder de nuestro escribano: hago en él por vos lo que puedo y debo como buen hermano, á quien nunca habeis dado un motivo de disgusto. Espero que si yo muriere antes de volver de este viaje, os confor-

mareis en todo con mi última voluntad, desempeñando fielmente la comision que pongo á vuestro cargo.

Vargas respondió, que esperaba que no tendria el disgusto de perder á su hermano mayor, á su segundo padre, en muchos años; pero que si desgraciadamente el cielo lo ordenaba así, podia el marqués estar seguro de que sus disposiciones se ejecutarian exactamente, cualesquiera que ellas fuesen, contando con que él (don Juan) por su parte las miraria como sagradas.

Ya era mas de la media noche cuando los hermanos se separaron; y Vargas, que para despedir al marqués tenia que levantarse antes del alba, no pudo entonces continuar la lectura del manuscrito de Inés.

A la siguiente mañana, don Rodrigo, el padre Teobaldo y el marqués, entraron en el coche de éste, y salieron de Valladolid por la puerta del Carmen, con direccion á la corte. Don Juan, á caballo,

los acompañó hasta un lugar distante dos leguas de la ciudad, que llaman Puente-Duero. Allí al separarse, don Rodrigo sacando la cabeza por la ventanilla del coche, como para despedirse de Vargas, le agarró la mano, y sonriéndose con aire maligno, le dijo á media voz:

—El temperamento de Madrigal, señor don Juan, es harto mal sano; y la compañía de los frailes poco conveniente para un caballero mozo. Discreto sois: recibid este aviso amistoso. Cochero, arrea.

Obedeció el cochero, y el carruage, á pesar de lo arenoso del pinar por donde pasa el camino, se alejó con velocidad del parage en que don Juan dudaba aun de si daría crédito á sus oidos.

—Parece, exclamó por fin, que toda la especie humana se ha empeñado en mezclarse en mis negocios y obrar misteriosamente conmigo. ¿De dónde sabe este alcalde que yo voy á Madrigal y visito allí á un fraile, si yo á nadie se lo he dicho? Dios me tenga de su mano, que bien

lo he menester para no quedarme sin el poco juicio que me resta.

Hecha esta reflexion, para libertarse de las muchas y desagradables que le asaltaban, arrimó las espuelas al caballo; y el animal, acostumbrado ya á conocer las intenciones de su amo, salió á la carrera por el primer camino que se le presentó, que fue no el de Valladolid, sino el de Simancas, que está poco mas ó menos media legua á la derecha de Puente-Duero.

No reparó Vargas en que habia errado el camino hasta que alzando los ojos vió que el sol naciente doraba con sus primeros rayos la cúpula del torreón del castillo de Simancas, en donde años antes murió martir de la libertad el obispo Acuña.

Aunque estaba impaciente por llegar á su casa para concluir la empezada historia de la bella portuguesa, se consoló con que el rodeo no habia sido muy largo; y volviendo las riendas al caballo echó

á andar á trote largo por la orilla del Pisuerga con direccion á la ciudad.

No muy distante de ella vió caminar por la misma senda que él iba, pero en sentido contrario, una muger hermosa montada en una escelente mula, y acompañada por un mozo de á pie, en el cual reconoció desde muy lejos la gallardía y destreza del pastelero Gabriel de Espinosa. Tantas y tales eran las singularidades que don Juan habia visto en aquel hombre, que ya no podia sorprenderle, por mas inesperadamente que se le presentase. Miró, pues, ya que no como natural, al menos como muy poco maravillosa, su presencia en las cercanías de Valladolid, aun quando era de suponer que estuviese entonces en Madrigal, y apresuró algo el paso para salirle al encuentro.

Poco tardaron nuestros caminantes en hallarse frente á frente. Gabriel reconoció tambien á Vargas; pero no conviniéndole, sin duda, manifestarlo entonces, puso disimuladamente el dedo índice de

la mano derecha sobre sus labios en señal de silencio, mirando á Vargas significativamente, y fingiendo que el caballo se le habia espantado, pasó á escape por delante del hermano del marqués sin saludarle; éste no trató de estorbárselo, y saludando á la dama continuó su camino.

Luego que hubo andado algunos pasos volvió atrás la cabeza, y vió que Gabriel iba ya muy tranquilo al lado de la señora de la mula.

—Anda con Dios, hombre incomprensible, dijo para sí. Hoy no te conviene conocerme: no me estuviera mal á mí tampoco no haberte visto jamás.

En estas y otras reflexiones llegó á la puerta de su casa, y allí lo olvidó todo para volver á ocuparse en la lectura de la historia de la bella Inés de Contiño.



CAPITULO V.

«Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fue depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas.»

(Cervantes: don Quijote: parte 1.^a cap. 13.)

MANUSCRITO DE INÉS.

Al embarcarnos llevamos con nosotros una suma considerable en dinero y alhajas, la mayor parte nuestras, y algunas cartas de recomendacion para Nápoles que nos dió doña Francisca de Alba. Después de una navegacion larga, pero sin contratiempos de otra especie, llegamos por fin á Nápoles, donde nos alojamos, lo mas cerca que pudimos del *Castell-del-Ovo*, en una casa que tomamos por nuestra cuenta, diciendo que íbamos á Italia á cumplir cierta promesa hecha á san Genaro.

La misma noche de nuestra llegada

fue á vernos el anciano que siempre iba en compañía de mi cuñado, avisado por el jóven que fue á buscarnos al valle. Alabó sobremanera la heroica resolución de Clara, cuya mano besó; y nos dijo que su marido continuaba preso y custodiado con la mayor vigilancia.

«Han estado á verle, añadió, el virey y algunos otros grandes: el primero no se cubrió hasta que el preso se lo mandó espresamente; y á todos ha inspirado compasion y respeto la nobleza y dignidad con que soporta su infortunio; trátanle por ahora con las mayores consideraciones; pero han escrito á España: se está esperando por momentos la respuesta, que ya debia haber llegado, y la hora en que venga será la de su muerte.— ¿Y podrá Felipe cometer tal infamia?— Podrá, señora, porque el monarca español no conoce freno. El príncipe de Egmont, degollado en un cadalso; Orange, proscrito; su propio hijo bárbaramente asesinado, os dicen bastante cuál es la suerte que

aguarda á vuestro esposo, sino logramos sacarlo de la prision antes que el tigre se aperciba de que puede imprimir en él su garra.»

»Esta perspectiva espantosa y cierta affligió, pero no desalentó á Clara, que jamas perdió la esperanza de salvar á su esposo.

»Pero prodigamos el oro, y conseguimos corromper á un carcelero, estableciendo por su medio una correspondencia seguida con el preso, quien en su primera carta no hallaba espresiones con que encarecer su agradecimiento y amor á su adorada Clara. Nosotros le informábamos sucintamente de los pasos que se daban en favor suyo, y de nuestras esperanzas, exagerándolas; pero no de nuestros temores, que no eran pocos, ni de pequeña importancia.

»El carcelero que habiamos ganado no era mas que el llavero que le llevaba la comida y le servia; pero para entrar y salir en el castillo era menester pasar en

su interior por dos ó tres puertas, guardadas cada una por distinto portero, y en lo exterior por medio de la guardia, que daban los tercios españoles que guarnecían la ciudad. Además, el gobernador del fuerte iba en persona todas las mañanas y noches á cerciorarse de la presencia del preso en su encierro. ¿Cómo, pues, ponerlo en libertad?

«Cada día se nos ocurría un nuevo proyecto, y cada noche nos acostábamos con el desconsuelo de haberse conocido la imposibilidad de ponerlo en práctica. Mi cuñado nos escribía que estaba resignado con su suerte, que cesáramos de esponer-nos por él á nuevos peligros, y que nos volviéramos á nuestro retiro. Pero Clara ni oír hablar de tal cosa quería, y yo no supe nunca pensar mas que como ella. En todo este tiempo nos visitaron muchas veces los compañeros del esposo de mi hermana, que bajo diferentes disfraces, y confundidos con la clase ínfima del pueblo, permanecían en Nápoles.

»Todos ellos se ocupaban sin cesar en el mismo objeto que nosotros, pero tan infructuosamente tambien. Por fin, el mas anciano de nuestros amigos formó un proyecto, que aunque complicado y difícil, ofrecia sin embargo mas probabilidades de buen éxito que cuantos se habian imaginado.

«Un médico francés establecido en Nápoles fue quien intentó los primeros pasos de nuestra empresa, merced á una considerable gratificación. Por medio del carcelero sobornado enviamos al marido de Clara una bebida, que á poco tiempo de tomada no solamente le alijó, sino que tambien le prestó todas las demas apariencias cadavéricas. Cuando por la mañana fue el mismo carcelero á llevarle el desayuno, fingiendo gran sorpresa de hablarle en aquel estado, corrió á dar parte al comandante del fuerte. Trasladóse éste en seguida á la prision, y creyendo muerto á mi cuñado, lo puso sin tardanza en conocimiento del virey, quien tambien

pasó en persona á cerciorarse del hecho. Pero el brebaje del francés produjo tan maravilloso efecto, que convencidos todos de que el preso habia dejado de existir, mandaron que encerrado en un ataúd se le trasladase inmediatamente á una capilla próxima al castillo, para hacerle allí algunos sufragios, con el mayor secreto.

»Prevista esta circunstancia por los amigos de mi cuñado, aquel mismo día, despues de anocheecer, se fueron aproximando por distintas partes á la capilla; se hicieron abrir la puerta, no sé con qué pretexto, y amarrando al sacristan á uno de sus pilares, envolvieron al supuesto muerto en algunas mantas que llevaban á prevención, y salieron con él á la calle. De allí se dirigieron inmediatamente al puerto, y se embarcaron en un buque francés que habíamos fletado enteramente por nuestra cuenta: sin detenernos levantamos el ancla, y al vernos en alta mar nuestro gozo fue indefinible.

»Veinte y cuatro horas completas per-

maneció el esposo de Clara aletargado. Al cabo de ellas volvió en sí, y habiéndole administrado la bebida que á prevención llevábamos por disposición del médico, cuando llegamos á Marsella iba ya completamente bueno.

»En Marsella, despues de una larga conferencia entre mi cuñado y sus amigos, se decidió que convenia por entonces separarnos por algun tiempo, y así se verificó en efecto, señalando el término de un año para reunirnos en España mismo.

»Clara, su esposo, su hija, el capellan y yo nos internamos en Francia, y fijamos nuestra residencia en un pueblecillo de las montañas del Languedoc, llamado Lacaune. Su situación, en medio de una sierra de las mas ágrías, los gigantescos peñascos que en todos sentidos le rodean, y los torrentes que en la estación del invierno parece que van á inundarle, no se me olvidarán jamas; pero tampoco se borrará de mi memoria la hospitalidad y atenciones de sus habitantes.

» Para establecernos allí tomó mi cuñada el nombre italiano Fiormino, y se dió por un particular emigrado á causa de su aversion á los españoles que entonces dominaban su país: esto bastó para hacernos el objeto de la solicitud de todo el pueblo. Visitónos cuanto en él habia de familias nobles, que eran bastantes, y procuraron en cuanto estuvo á su alcance hacernos olvidar nuestras desgracias. Pero nada bastó para que mi pobre Clara recobrase su salud.

» Durante la prision de su marido sufrió mi infeliz hermana tormentos indescribibles, y le sucedió entonces lo mismo que al que padece una fiebre inflamatoria, que mientras ésta le dura parece animado y vigoroso, pero en desapareciendo le faltan las fuerzas. Asi Clara hasta que vió seguro á su esposo mostró un valor, una energía verdaderamente heróicos; pero ya en Francia no pudo mas, y empezaron á ser demasiado visibles los efectos de sus penas.

» El mas indiferente hubiera visto sin dificultad que aquel cuerpo tan bello caminaba á pasos agigantados á su disolucion. ¿Qué haria una hermana que la adoraba? ¿Qué un esposo de los mas tiernos?

» Ella misma no ignoraba su estado, y pensando aun entonces mas en nosotros que en sí, no cesaba de prepararnos con sus discursos á soportar con resignacion la irremediable calamidad de su muerte.

» Yo no sé si me engaño, pero esa filosofia que nos hace soportar estóicamente la pérdida de los que amamos, la he considerado siempre como una máscara de la insensibilidad.

» Si hubiera de referir las lágrimas, los suspiros que entonces exhalé, sería este escrito interminable. Pero permítaseme pasar rápidamente sobre aquel amargo trance.

» Clarita no habia aun cumplido dos años cuando su madre, atacada de una consuncion ya en su último período, cayó en cama. Desde aquel instante al de

su muerte, que se verificó un mes después, ni su marido ni yo nos apartamos un instante de su lado.

» El médico á quien llamamos movió tristemente la cabeza, y nos dijo sin rodeos que Dios solo podia ya hacer algo en aquel caso.

— » Ya lo sabia yo, dijo la enferma; que su voluntad se cumpla. Nuestro capellan, que desde su infancia la habia acompañado, fue quien la prestó los últimos auxilios espirituales.

» Un cuarto de hora antes de morir quiso ver á su hija, la bendijo, y después de apretar tiernamente la mano de su esposo, tomó la mia diciéndome: — Inés mia, en tus brazos deposito á Clara; sé para ella lo que fuiste para mí; sírvela de madre.

» Llorar fue mi respuesta. Cruzó entonces Clara sus manos, y esperó tranquila el momento de comparecer ante el Padre de las misericordias.

» No manifestó su semblante el menor

síntoma de agonía ni de padecimiento. Estaba, sí, descolorida, pero tan tranquila como sino fuera á morir. Su alma, que conservó en la tierra toda la pureza de su ser primero, su alma, centro y depósito de todas las virtudes, rompió sin esfuerzo los lazos que la unian al cuerpo, y subió satisfecha á gozar de la recompensa que merecia.

» Al espirar abrió un instante los ojos, los fijó en nosotros, y dando un suspiro, volvió á cerrarlos para siempre. Una sonrisa indecible se dejó ver en aquel momento en sus labios.

» El dolor de su esposo fue silencioso, pero terrible. El mio amargo, y será eterno. No ha pasado desde entonces un solo dia sin que derrame alguna lágrima sobre la memoria de mi hermana.

» Para colmo de mi desventura, el capellan, ya muy anciano, no pudo resistir á la pena que le causó la muerte de Clara, y la siguió en breves dias al sepulcro.

» La estancia en Lacaune no podia

menos de sernos intolerable. Salimos, pues, de aquel pueblo con el corazón lleno de amargura, y nos encaminamos á España. Entouces tomó mi cuñado el nombre de Gabriel Espinosa, y para mejor encubrirse, el oficio de pastelero, en que el mulato Domingo le dió algunas lecciones, que por cierto aprovechó muy mal.

» De esta manera hemos vivido, ya en un pueblo, ya en otro, hasta nuestra llegada á Madrigal, en donde el señor don Juan de Vargas me conoció.

» Lo demas que me queda que revelar á este caballero es demasiado importante para que yo me atreva á confiarlo al papel, y aun lo que lleva escrito le suplico lo queme apenas lo haya leído.» — I. G.

Concluyó Vargas esta para él tan interesante lectura, mas prendado, si posible era, que antes de empezarla lo estaba de la bella Inés, y lleno al mismo tiempo de satisfaccion. No podía en efecto menos de sentirla viendo que la mu-

ger á quien tanto amaba era igual á él en nacimiento, y digna bajo todos conceptos de su estimacion.

Solo hubiera deseado saber quién era el misterioso Gabriel, cuyas desgracias le interesaron tambien á favor suyo; pero ó Inés lo ignoraba aun, cosa poco probable, ó temió escribir su nombre, que era lo mas cierto.

En estas y otras reflexiones estaba entretenido, cuando entró en su cuarto estrepitosamente el comendador Hinojosa, con muestras de gran contento por una parte y cierta risa irónica en la boca por otra, que no se concertaban muy bien.

— Bien hallado, señor don Juan, dijo dándole una palmada en el hombro con sobrada fuerza: apuesto mi encomienda á que no adivináis las nuevas que os traigo. — Si ellas son de tanto peso, respondió Vargas encogiendo el hombro, como vuestra mano, no las digais, porque sin duda alguna me abrumarán. — No sé yo si os abrumarán en efecto, pero nunca os

serán muy gratas. El señor marqués ha tratado de engañarme, pero el engañado ha sido él: Hinojosa es demasiado observador para que se le escapen así las cosas. No os alboroteis hasta estar al cabo del negocio, que en llegando allá tal vez no andareis vos muy comedido con vuestro hermano. — Sepamos, pues, de qué se trata. — De una friolera, á la verdad: de vuestra fortuna. Si Dios no lo remedia, el marquesado, primo y señor, voló. — ¿Habeis soñado esta noche, primo, y venís á referirme vuestros sueños? — No, á fé mia, aunque á veces tengo mis tentaciones de creer que es un sueño lo que pasa. Pero escuchadme y oireis maravillas. ¿Habeis oido hablar de una dama llamada Violante? — Violante... Violante... Sí; me parece que hago memoria... Aguardad: ¿no fue dama del marqués? — Precisamente la misma. Vuestro hermano la sorprendió *infraganti delicto*, como diría el padre Teobaldo, con un tal don Rodrigo, de felice recordacion,

que despues la abandonó tambien. — Sea en hora buena. — No os impacientéis, que ya llegaremos al punto importante. No pudiendo hacer otra cosa, la dama se metió á beata. Se encontró en cinta; y por medio de un buen fraile dominico, á quien ha embaucado, logró persuadir al marqués de que sus ojos le habian servido mal; y ademas, y en esto estriba la dificultad, le ha convencido de que su señora es el progenitor de la criaturita, que Dios sabe á quién debe el ser. — ¿Y el marqués se ha dejado engañar tan groseramente? — Como un santo varon. Pero no pára en esto la historia: ha reconocido al niño, haciéndolo bautizar con su nombre y apellido, sin quitar una letra, ha señalado á la madre una pension, y ahora va á Madrid á legitimar al ilustre vástago para poder dejarle su título y rentas. No me interrumpais, que aun tengo que decir, y no poco. Por si muere antes de verificarse la susodicha legitimacion, ha hecho testamento, dejando todos

sus bienes libres al señorito; pero en honor de la verdad, debo decir tambien que se espresa que, en caso de no morir el marqués hasta despues de legitimado su hijo (asi lo llama) por S. M., entonces se entienda que el marquesado pase á éste, y los bienes libres á su hermano el señor don Juan de Vargas. — Enojosa, entendámonos: ó cuanto decís es una chanza, y para tal me parece muy pesada, ó hablais de veras, y entonces debo saber qué fundamento tienen tan importantes noticias. — Y yo no tengo inconveniente en decíroslo. Desde que el dominico apareció aqui estoy sobre aviso: he observado los pasos del marqués; me he informado de la vida de Violante, y he sabido que el tal fraile era su confesor y la visitaba con frecuencia. Esto me ha bastado para averiguar el resto, para ir averiguando lo demas; pero á mayor abundamiento, el padre Teobaldo, confidente del marqués, se lo ha revelado al mayordomo; éste al ama de llaves, quien de-

posita sus secretos en el despensero; de éste pasó á cierta moza de retrete que no mira con malos ojos á mi lacayo, el cual me lo ha referido punto por punto. Y por si alguna duda nos pudiese quedar, tenéis al escribano, á quien he gratificado, pronto á enseñaros la minuta del testamento, que está, gracias á Dios, claro y terminante. — Ya veo que no tiene duda. — Ninguna. — Asi parece. — ¿Y qué pensais hacer? — No sé; nada. — Admirable calma. — ¿Y qué hemos de hacer? La cosa ya no tiene remedio. — No, en efecto, si tratáis de estaros mano sobre mano. Pero movámonos; opongamos la fuerza y la razon á las arterias de una ramera: tal vez lograremos impedir que empañe el honor de nuestra familia un infame bastardo, hijo acaso de algun caballero de la industria. Nadie mas interesado que vos en este asunto. — Asi es, pero yo no quiero disgustar á mi hermano. Haga ahora lo que quiera, no por eso dejará de haber sido un padre, y muy

buen padre, para mí. — Nobles son esos sentimientos, pero intempestivos. El marqués está engañado, seducido por esa bribona, que Dios confunda, y es hacerle un beneficio evitar que cometa la necedad que intenta. Lo que conviene, pues, es que sin demora tomeis la posta para Madrid. — ¿Yo dejar á Valladolid ahora? No por cierto; aunque en ello me fueran mas coronas que las de los innumerables mártires de Zaragoza. — Voto á Dios, exclamó Hinojosa impacientado, que este tiene menos juicio aun que su hermano.

Rióse Vargas de todo corazon de la cólera de su primo; y despues de haber meditado algunos instantes, dijo:

— Lo que en esto se puede hacer es, que vos, en quien tengo toda mi confianza, tomeis á vuestro cargo el negocio. Desde ahora teneis poderes ámplios y completa aprobacion para cuanto dispongais. Si algo se ha de hacer ha de ser asi, porque por mi parte me es imposible ocuparme en nada, pues tengo asuntos de

mas importancia. — ¡De mas importancia que un título y grandes rentas!... En efecto, será preciso que yo tome el negocio á mi cargo, porque sino sabe Dios en qué vendrá á parar la familia.

Salió diciendo esto del aposento muy incomodado con el poco juicio de su primo, y al dia siguiente por la mañana tomó la posta para Madrid.

Don Juan no dejó de pensar algo en la singular conducta de su hermano; pero como Inés, y solo Inés podia ocuparle largo tiempo, á poco se olvidó de tal asunto para pensar únicamente en la entrevista que para el dia inmediato le habia prometido su dama.



CAPITULO VI.

Mas vano ha sido nuestro afan , y en vano
 Por el nombre de Dios lidiado habemos :
 Él retiró su omnipotente escudo,
 Y coronar no quiso nuestro esfuerzo.

(*Quintana : Pelayo.*)

Recuerde el lector que en el capítulo 4.º de este tomo le hemos dicho que regresando don Juan de Vargas á Valladolid desde Puente-Duero por el camino de Simancas , habia encontrado á Gabriel de Espinosa acompañado de una bella dama; y lo que no sabe y ahora le diremos es, que aquella muger era Violante, la querida del marqués.

Espinosa salió de Madrigal para Valladolid el mismo dia que tuvo con don Juan la conferencia en la celda del fraile. Llamábanle sus asuntos á aquella ciudad hacia tiempo, pero ciertas razones le

hicieron diferir su viaje hasta la época en que nos hallamos.

Fue á aposentarse á una casa de huéspedes, que la casualidad quiso fuese la que estaba en frente de la que Violante habita. Vióla por la mañana asomarse al balcon , y reconoció en ella una mozueta con quien habia tenido amistad en uno de sus primeros viajes á Italia antes de casarse con Clara. La curiosidad le movió á ir á visitarla, y no fue poca su sorpresa al ver la decencia de los muebles y el místico adorno de las habitaciones.

Asi que estuvieron solos la cortesana y el pastelero, " Camila, le dijo éste, ; tú en España y vestida de hábito del Cármen! Fenómeno es este que no esperaba ver."

Sorprendióse la taimada hasta no mas oyéndose llamar por un nombre que ya ella misma habia olvidado ; pero no reconociendo al que la hablaba, trató de imponerle revistiéndose de una gravedad teatral, y respondiendo con enojo: " Señor

gentil-hombre, usted viene engañado, ó trata de insultarme porque me ve muger y sola. Ni mi nombre es Camila, ni hay para qué admirarse de verme vestir este santo hábito: tome, pues, usted la puerta, que no gusto de recibir en mi casa visitas de gente desconocida.”

Estuvo Gabriel mirándola de hito en hito mientras habló, y despues, soltando sin consideracion alguna la carcajada, contestó: “Desempeñas tu papel que no hay mas que pedir; pero conmigo, créeme, es tiempo perdido el que gastes en tratar de engañarme. Y sino, vamos á cuentas: no puedes haber olvidado que hace algunos años, cuando te llamabas Camila, por señas, fuiste á Nápoles con cierto alférez de los tercios españoles, que, cansado de tus repetidas infidelidades, te abandonó á merced del público. También tendrás presente que un extranjero, á quien conociste con el nombre del señor Alvarez, te tomó por su cuenta algunos días, hasta que le jugaste una

de las tuyas, y te envió á paseo.”

Violante ó Camila, que todo es uno, habia estado escuchando aterrada tan circunstanciada relacion de una parte de su vida y milagros; pero á pesar de ello no dejó de examinar atentamente la persona del narrador, logrando al cabo recordar sus facciones. — Es el mismo Alvarez, exclamó, no pudiendo contenerse: es él, ó su sombra. — Norabuena, contestó siempre riéndose Espinosa: tú has mudado el nombre; yo tambien. Cada uno de nosotros habrá tenido para ello sus razones; pero no reconocerse amigos tan antiguos, es descortés hasta el último punto.

Ya no le era posible á la cortesana volverse atras de lo dicho, aunque bien lo deseaba: hizo, pues, de la necesidad virtud, y afectando alegría, se dió enteramente á partido.

A fuerza de preguntar unas cosas y de adivinar otras por los antecedentes que tenia, se enteró Gabriel, sobre poco mas ó menos, de la historia de Violante en

Valladolid; pero ella no supo mas que lo que él quiso decirle, que fue poco ó nada. En el fondo de su corazon deseaba la ninfa ver á dos mil leguas de sí al que la habia conocido Camila; pero temiendo que si le descontentaba habia de publicar lo que tanto la interesaba que no se supiese, le llenó de caricias, y á fuerza de confianzas y agasajos quiso comprometerlo á entrar en sus intereses. Por parte de Gabriel no habo designio alguno: la curiosidad le llevó á verla la primera vez, y su inclinacion á las mugeres á volver alguna otra, y á acompañarla en uno de los viajes que hizo á Simancas á ver á su hijo.

En tanto que esto hemos referido, don Juan, enterado ya de la historia de Inés, fue puntualísimo en presentarse en el locutorio, y su dama no le hizo aguardar.

— ¿Habeis leído mi escrito, don Juan? preguntó la morena. — Sí, lo he leído; y aunque jamas os hubiera visto, por su

lectura solo os amara, Inés mia. No me digais ahora que mi amor es una locura: iguales en nacimiento y fortuna, adorándos yo, mirándome vos sin repugnancia, ¿qué se opone á nuestro enlace? Cesen, señora, cesen de una vez mis penas; vos podeis hacerlo, y yo no espero mas que vuestra resolucion. — Don Juan, si en mi mano estuviera, hoy mismo sería vuestra esposa; pero no debeis haber olvidado... — ¿Que se me me han impuesto condiciones? No por cierto; pero ya he dicho mil veces que esta no es una dificultad. Cualesquiera que ellas sean, por duras que parezcan, yo las acepto desde luego. — Conviene, sin embargo, que las sepais. Los riesgos que se os van á ofrecer son de una naturaleza de los que estais acostumbrado á correr y aun imaginar. ¡Ah mi don Juan! Si solo se tratara de esponer el pecho á las balas, de pelear cuerpo á cuerpo con uno ó con muchos enemigos, yo estuviera segura de vos; y si murierais, vuestra gloria me consolaria

del dolor de perderos. Pero ¿querriais vos, qué digo vos, querré yo misma veros perseguido, cargado de cadenas, en un cadalso tal vez?... — ¡En un cadalso, Inés! ¿Delirais? — Ojalá, don Juan; pero yo no deliro: otrosí, y será causa de vuestra perdicion y de la mia. — En nombre de nuestro amor, esplicaos, señora, de una vez. — Comprendo vuestra impaciencia; yo misma la tengo, y no pequeña, de sacaros de dudas, y sin embargo no puedo menos de temblar al abrir los labios para confiaros este fatal secreto.

Calló Inés, y don Juan tambien permaneció en silencio. Asi pasaron algunos instantes, hasta que la dama, levantándose de su asiento y cerciorándose de que nadie habia escuchando la conversacion á la puerta del locutorio, empezó á decir:

— “Ya habreis visto que cuando mi hermana se casó no me dijeron el nombre de mi cuñado; pero lo que ignorais es que en Nápoles se me reveló este secreto. Entonces comprendí cuanto hasta aquel

momento me habia parecido oscuro.

» El que vos habeis conocido con el nombre de Gabriel de Espinosa y ejerciendo el oficio de pastelero, el que en Francia se llamó Fiormino, es, señor don Juan, el desdichado don Sebastian, rey de Portugal. — ¡Señora! — Es indudable. — ¿Y por qué permanecer oculto tanto tiempo? — Eso lo sabreis escuchándome con un poco de paciencia, pues me será forzoso tomar las cosas de bastante atras para mayor claridad.

» La suerte de las armas fue adversa, como sabeis, á don Sebastian en la expedicion á África; y el monarca, furioso y desesperado de ver perdida la flor de la nobleza lusitana, derrotado su ejército, y su gloria eclipsada, se arrojó, buscando la muerte, en medio de sus enemigos. Siguióle un escuadron formado de los mas valientes que aun quedaban con vida, en el cual iba por consiguiente lo mas escogido de Portugal, prefiriendo morir honradamente al lado de su rey, á buscar su

salvacion en una fuga afrentosa. Casi todos murieron cubiertos de la sangre de sus enemigos, y bien vengados: alli dejaron de existir mi padre don Sebastian de Contiño, y don Cristóbal Tabora, marido de mi tia.

» El rey y unos cuantos de sus valientes, defendidos por los mismos cadáveres de los enemigos que acababan de inmolar, pelearon desesperadamente, hasta que sobreviniendo la noche se retiraron los moros del campo de batalla. Entonces, despues de un dia entero, cesaron de dar cuchilladas. Todos estaban heridos, cual mas, cual menos gravemente. La sangre del monarca corria por tres heridas: una de ellas, la mas grave, debajo del brazo derecho, causada por un balazo.

» Seis ú ocho compañeros, y éstos heridos, era todo lo que le restaba al desdichado don Sebastian de su aguerrido ejército. Para restaurar la sangre que corria en abundancia de sus heridas tu-

vo que aplicarse un puñado de arena, pues no encontró cosa con que hacerse un vendaje. Jamas hombre descendió tan rápidamente del solio al colmo de la miseria.

» El anciano de quien tanto he hablado en mi escrito, y que ahora llamaré el marqués Domiño, fue el único que, habiendo tenido la dicha de escapar con una sola y leve herida, se conservaba en estado de discurrir, y propuso alejarse cuanto antes de aquel teatro de horror y desolacion, al que los moros no dejarian de volver por la mañana. Hiciéronlo asi en efectó, metiéndose en un vecino bosque, en el cual no se internaron tanto como quisieran por no permitirselo el cansancio de los caballos ni el dolor de sus heridas.

» ¡Qué noche aquella para don Sebastian! Affligido por acerbos dolores, y reflexiones mas amargas aun, estennado de hambre, abrasado de sed, rendido por el sueño, y sin poder cerrar los ojos un instante, los lejanos clamores de millares

de moribundos en el campo de batalla eran para él otras tantas y severas reconvencciones por su imprudente temeridad. "No deseaba ya entonces, me dijo refiriéndome estos sucesos, la corona ni el poder. No eran el hambre, la sed ni las heridas las que me atormentaban: los remordimientos, sí, me despedazan las entrañas; y si Domíño no se hubiera opuesto, aquella noche habria terminado yo mismo una existencia que los infieles no pudieron arrancarme."

»Tres ó cuatro días vivieron en el bosque sin otro alimento que el escaso y desabrido de algunos frutos silvestres, ni mas agua que la de un pozo hediondo. Por fin, resueltos á todo antes que morir de hambre, salieron una noche de aquel parage y se encaminaron á la playa, donde sorprendiendo á unos pescadores en el momento en que iban á entrar en su barca, se apoderaron de ella y les obligaron á remar, mal de su grado, en direccion á las costas españolas.

»Ya en alta mar, y próximos á perecer por falta de víveres, encontraron un buque inglés, al cual se acogieron. Preguntando su capitán quiénes eran, le respondieron que unos soldados del ejército portugués, que á duras penas habian logrado salvarse del cautiverio en aquella barca. Los ingleses lo hicieron muy bien con ellos, y como se dirigian á Lisboa, no tuvieron inconveniente en echarlos á tierra en Lagos, puerto inmediato al Cabo de San Vicente, pues á don Sebastian no le convenia presentarse en la capital, en donde suponía, con razon, que todo estaria muy revuelto.

»Desde Lagos pasó don Sebastian á un convento de descalzos que estaba en el mismo Cabo de San Vicente, y en cuyo prelado tenia entera confianza. Allí supo el mal aspecto que para él habian tomado los negocios de su reino, y se confirmó en la resolucion de mantenerse oculto que ya tenia formada, y de que en

la noche despues de perdida la batalla hizo voto inconsideradamente. Pasaron los desdichados caminantes á Lisboa, y allí oyó don Sebastian predicar el sermon de sus propias honras á fray Miguel de los Santos. Sus amigos se descubrieron cada uno á los suyos, iniciándolos en el secreto de la existencia del rey. El obispo que lo casó con mi hermana fue uno de estos, y asimismo doña Francisca de Alba, como esposa de don Cristóbal Tabora, persona que fue muy querida del rey, mereció igual confianza.

»Vagó algun tiempo el monarca por sus propios estados como si fuera un malhechor; mas ni aun así quiso la suerte dejarle en reposo. La noticia de que aun vivia empezó á divulgarse, y don Enrique persiguió con tanto encarnizamiento á cuantos la decian, oían ó presumian, que don Sebastian tuvo que salir de Portugal.

»Ya con un nombre, ya con otro, hora pasando por un mercader, hora por un

artesano, recorrió toda la Europa, y al cabo de ocho años de trabajos, el amor patrio volvió á llevarle á sus estados.

»Entonces fue cuando habiéndose empeorado una de sus heridas, y buscando un asilo seguro en donde poder curarse, doña Francisca de Alba le dirigió al valle que habitábamos Clara y yo. El capellan supo desde luego quién era nuestro huésped y los que le acompañaban: Clara no, hasta que viendo el rey que su virtud era inespugnable, se decidió á casarse con ella.

»Los compañeros de don Sebastian eran el marqués Domiño; don Carlos, hijo natural de don Juan de Austria; el príncipe Abenamal de Dinamarca, y el jóven don Francisco, á quien los otros llamaban Francisquito, que segun tengo entendido es hijo ilegítimo del rey. Los tres primeros le habian seguido á la batalla, como vasallo el primero, y en clase de voluntarios los otros dos, y todos pasan, igualmente que el rey, por muer-

tos. Don Francisco se le unió en su segundo viaje á Portugal.

»Desde que este jóven me vió, su inclinacion á mí se manifestó claramente; y él mismo, acompañado del dinamarqués Abenamal, fue quien tuvo con vos el encuentro en el Campo Grande. Pero no anticipemos los sucesos, y volvamos á don Sebastian.

»Llegó el rey al valle y se enamoró de Clara; pero no podia permanecer allí mucho tiempo, pues le era forzoso recorrer el pais para alentar á sus partidarios, ó por mejor decir, para formar un partido con los servidores fieles que le quedaban, esparcidos en diferentes puntos.

»Así se pasó el tiempo que medió desde su conocimiento con Clara y matrimonio con ella hasta el viaje á Nápoles. Hé aquí la causa que lo promovió: el licenciado Juan Mendez Pacheco, tanto por el misterio con que todo aquel asunto se condujo, cuanto por algunas expresiones que doña Francisca de Alba dejó

escapar en su presencia, sospechó que el herido cuya secreta cura se le habia confiado, y magníficamente remunerado, era el rey don Sebastian. Debía el médico haber guardado para sí sus conjeturas, cuando por otra cosa no fuera, por amor de su propia seguridad al menos; pero no lo hizo así, y su imprudencia hubo de sernos á todos funesta. En cuanto á nosotros, ya sabeis, don Juan, las consecuencias que produjo: réstame deciros que al médico Pacheco le prendieron, y logrando á duras penas salvar su vida, fue destinado algunos años á galeras.

»Cuando volvimos á España despues de la muerte de mi amada Clara, nos aproximamos á las fronteras de Portugal, y en ellas encontramos á nuestros amigos, segun el convenio hecho un año antes. El infatigable Domiño no habia cesado de trabajar, aunque infructuosamente. En los años transcurridos desde que don Sebastian pasaba por muerto, la usurpacion habia echado raices. A la ver-

dad, la masa del pueblo estaba descontenta con el yugo español, y la nobleza, abatida y menospreciada, suspiraba por un trastorno político; pero los tercios españoles tenían aterrados á unos y á otros. La nacion envilecida no se sentia capaz de sacudir las férreas cadenas que la oprimian; y los magnates á quienes se habia de ponerse al frente de un movimiento popular, no respondian mas que mostrando temerosos el coloso español, capaz de aniquilarlos con el menor esfuerzo que para ello hiciese.

»En medio de este desaliento general, habia sin embargo algunos espíritus generosos que, convencidos de la existencia de don Sebastian, conjuraban para restablecerle en su trono. En vano los satélites de Felipe descubrian siempre aquellos proyectos, y una muerte pronta é infamante para sus autores fue el último resultado que produjeron.

»Tal fue el desagradable cuadro que Domiño nos hizo del estado de los nego-

cios en Portugal, y en su vista difirió el rey entrar por entonces en aquel pais. Domiño y los otros tres caballeros se volvieron á él: nosotros fuimos á establecernos primero en la Nava de Medina, y despues en Madrigal, que dista de allí tres leguas.

»Poco mas de un mes hacia, don Juan, que estábamos en aquel pueblo, cuando el destino os condujo á él. Llegásteis precisamente el dia en que don Sebastian, habiendo reconocido en el vicario de santa María la Real á fray Miguel de los Santos, su antiguo confesor y predicador, quiso probar si aquel religioso le reconocería tambien á él. Con este objeto le esperó y habló cuando se retiraba de decir misa, segun presenciásteis vos mismo. Deberia sin duda el supuesto Gabriel no haberlo hecho en vuestra presencia, atendiendo á que la obstinacion con que seguisteis sus pasos os hacia sumamente sospechoso; pero don Sebastian no conoce obstáculos á su voluntad, y plegue á

Dios que su inflexibilidad no sea funesta para todos.

»Figuraos cuál sería la sorpresa de fray Miguel oyendo la voz de su rey que tan conocida tenia, y mirando sus propias facciones. Al principio dudaba reconocerlas; pero tan prontas y tales fueron las cosas que don Sebastian le dijo, de aquellas que solo él y su confesor podian saber, que no le fue posible al vicario negarse á la evidencia.

»Fray Miguel, conservando siempre la esperanza de que don Sebastian volveria á presentarse, habia procurado formar en Portugal un partido á su favor; y para que sus relaciones con aquel reino fuesen menos sospechosas, hizo ir á establecerse en Madrigal al médico Juan Mendez Pacheco, que le servia y sirve de agente.

»Pero lo mas interesante que ha hecho el vicario en favor de su rey, ha sido poner de su parte á la señora doña Ana de Austria, digna hija de su ilus-

tre padre. Debemos á esta señora singulares beneficios; y es de presumir, si el cielo protege nuestra causa, que la veamos sentada en el trono de Portugal.

»Hé aqui, don Juan, la esplicacion de todos los misterios que tanto os han confundido. — Aun quedan, bella Inés, respondió Vargas, algunos puntos que aclarar. La aventura de la ermita, por ejemplo. — Voy á esplicárosla. Los amigos del rey, despues de haber recorrido de nuevo el Portugal y tomado alli sus medidas, vinieron á reunirse con él, repartiéndose, para no llamar la atencion, en diversos pueblos de las cercanías de Madrigal. No habian venido esta vez solos, sino acompañados de varios señores portugueses, que comisionados por los de su partido, traían el doble objeto de cerciorarse de la existencia de don Sebastian, y de recibir sus órdenes.

»Era, pues, preciso celebrar algunas juntas, y ningun parage les pareció mas á propósito para ello que la bóveda-pau-

teon de una ilustre familia que existe debajo de la ermita á cuyas inmediaciones nos vimos. — ¿Y vos, exclamó Vargas con visibles señales de descontento, y vos lo sabíais? — Sabia que se reunian cerca de Madrigal, pero no en qué parage. Ademas debeis recordar que la eleccion del lugar de la cita fue vuestra, y no mia.

»Sucedió, pues, que los conjurados, si tal nombre puede darse á los que defienden tan justa causa, advirtieron que habia gente estraña en las ruinas; y temiendo ser descubiertos, hicieron lo que no habreis olvidado. — No por cierto: ni lo olvidaré en mi vida. — Fray Miguel fue quien en aquella ocasion os salvó la vida. — La suya fue entonces la voz que yo creí reconocer. — Sin duda lo era. Don Sebastian se presentó despues, y segun parece estaba enterado de nuestra cita. — ¿Cómo? — Lo ignoro; no puedo creer otra cosa sino que el mulato Domingo, viéndome salir sola de casa me si-

guiera los pasos, y despues informara á su amo de lo ocurrido. — Asi parece probable. ¿Pero y vuestra repentina salida de Madrigal? — Fue consecuencia de lo acordado en aquella misma junta. Los portugueses ofrecieron reunir en los montes un número considerable de soldados tan luego como el rey se presentara en sus dominios á cara descubierta; y don Sebastian, para quien la triste condicion en que vive ha llegado á ser insoportable, resolvió prestarse á todo. Pero como para su presentacion en Portugal son necesarios grandes preparativos, pues el rey no quiere entrar pordioseando en sus estados, se resolvió que se difriese por algunos meses el alzamiento, para disponer en ellos lo conveniente. Inútil es decirnos que Madrigal no ofrece recursos ningunos, y que es ademas demasiado pequeño para que cuantos pasos se den dejen de ser públicos. — Ya os entiendo: habeis venido á Valladolid á hacer compras. — Asi es la verdad. He sido reco-

mendada por la señora doña Ana de Austria á este monasterio bajo el nombre de doña María de Castro, suponiéndome sobrina de cierto abad: como el pretexto de mi estancia aqui es un pleito, salgo del convento siempre que lo creo conveniente y me es forzoso. — Un solo punto nos resta por aclarar, señora mia. — ¿Cuál es, señor don Juan? — Ciertamente lance en el Campo Grande. — Vamos á él. Cuando os vi en Medina os cité para el primer parage que se me ocurrió entonces; pero por un efecto de la fatalidad que nos persigue desde que nos conocimos, quiso la suerte que las cercanías del Cármen fuesen precisamente el punto escogido por el dinamarqués Abenamal para verse en la noche misma que nosotros escogimos con una dama, ó mas bien muger á quien galantea. Acompañado de don Francisco fue á esperarla; y ya sabéis lo que pasó sobre dejar ó no dejar el campo libre unos á otros. Pero don Francisco, irritado por mi indiferen-

cia con él y zeloso de vos, promovió la pendencia, y el brutal dinamarqués, olvidándose de las reglas del honor, os atacó tambien. ¿Soy culpable, Vargas? — No, mi bien: no, mi vida. Perdonadme, si merece perdon el que se atreve á pensar mal de un ángel. — ¡Siempre exagerado; siempre en los extremos! No, don Juan: yo no soy ni liviana ni intrigante, pero tampoco un ángel; estoy muy lejos de tal perfeccion. — Inés, ya os juro... — ¿Que me amais? me complazco en creerlo. — Si asi es, ¿por qué tardais en ser mi esposa? Despues de lo que habeis oido, no se puede ocultar á vuestra penetracion que la hermana de Clara, la cuñada del rey don Sebastian, la que, en fin, ha prometido solemnemente servir de madre á su hija, no puede separar su suerte de la del infeliz monarca. No creais, Vargas, que la ambicion me lisonjea con sus ilusiones; acaso soy yo la única persona que en este negocio no se las hace. Conozco que Portugal, uni-

do todo, con su rey en el trono, y aun suponiéndolo en sus mas prósperos dias, no basta á resistir uno solo al poder del orgulloso potentado en cuyos dominios jamas se oculta la luz del sol. ¿Qué será, pues, en las actuales circunstancias? Prevéo una sangrienta catástrofe, y miro la ruina de don Sebastian y los suyos como inevitables. Sin embargo, estoy resuelta á perecer con él, pues que el destino lo quiere asi. Ved, pues, el tálamo que os ofrezco: mi mano no puede ser vuestra sin que tireis la espada en favor de don Sebastian. — Suyo soy entonces hasta la muerte. — ¡Don Juan!... — No habéis mas, señora. Su causa es justa; y aunque no lo fuera, conozco que haria lo mismo. Sin vos, ni la vida ni la honra estimo en nada. — El rey sabrá hoy vuestra resolucion: volved mañana. — Esposa mia, á Dios. — Él os guarde, mi señor.”

FIN DEL TOMO TERCERO.

Mi Rey ni Roque.

NI REY NI ROQUE.

EPISODIO HISTÓRICO

DEL REINADO DE FELIPE II,

AÑO DE 1595.

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA

POR D. PATRICIO DE LA ESCOSURA,

AUTOR DEL CONDE DE CANDESPINA.

TOMO IV.

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

*Esta Coleccion se compone de las
novelas siguientes:*

El Primogénito de Albuquerque, cuatro tomos en 8.^o á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.

El Doncel de don Enrique el Doliente, cuatro tomos en 8.^o á 32. rs. en rústica y 40 en pasta.

Sancho Saldaña, ó el Castellano de Cuel-
llar, seis tomos en 8.^o á 48 rs. en rús-
tica y 60 en pasta.

Los Espatriados, ó Zulema y Gazul, un
tomo en 8.^o á 8 rs. en rústica y 10 en
pasta.

El Golpe en Vago, seis tomos en 8.^o á
48 rs. en rústica y 60 en pasta.

La Catedral de Sevilla, tres tomos en 8.^o
á 24 rs. en rústica y 30 en pasta.

Ni Rey ni Roque, cuatro tomos en 8.^o
á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.

La Batalla de Navarino, ó el Renegado,
un tomo en 8.^o á 8 rs. en rústica y 10
en pasta.

Esta Coleccion se vende en Madrid en la librería de *Escamilla*, calle de Carretas, donde se hallan las de Comedias modernas, Sátiras y Artículos de *Figaro*.

En las Provincias se espenderán dichas obras en las siguientes librerías.

Cádiz	<i>Hortal.</i>
Barcelona	<i>Pferrer.</i>
Granada	<i>Sanz.</i>
Valencia	<i>Mallen.</i>
Coruña	<i>Calvete.</i>
Badajoz	<i>Viuda de Carrillo.</i>
Sevilla	<i>Caro Cartaya.</i>
Ferrol	<i>Tejada.</i>
Pamplona	<i>Suarez.</i>
Santander	<i>Martinez.</i>
Jerez	<i>Bueno.</i>
Salamanca	<i>Reyes.</i>
Valladolid	<i>Rodriguez.</i>
Córdoba	<i>Berard.</i>
Málaga	<i>Carreras.</i>
Murcia	<i>Benedicto.</i>
Oviedo	<i>Longoria</i>
Zaragoza	<i>Yagüe.</i>

NI REY NI ROQUE.

CAPITULO PRIMERO.

Si; yo te seguiré. Deja, Pelayo,
Que á tu diestra valiente una mi diestra;
Que me alboroce viéndote, y contigo
Al moro jure interminable guerra.
(*Quintana: Pelayo.*)

Grande era el contento que Vargas sentía en haber salido del estado de ansiedad en que había vivido durante los últimos meses, pareciéndole mejor correr los evidentes riesgos que su nueva posición ofrecía, que estar como antes continuamente en contradicción consigo mismo.

Reflexionando, sin embargo, en el modo con que se hallaba tan inesperadamente comprometido en la mas aventurada de las conjuraciones, en cuyo éxito favorable ó adverso realmente ningun in-

teres personal tenía, admiraba con razon los caprichos de la fortuna. Dotado, como lo estaba, de un entendimiento claro, y no siendo por naturaleza ambicioso, no podia menos de conocer que era lo mas descabellado que podia imaginarse esponer la vida, la fortuna y la honra: ¿y para qué? para sustraer á la dominacion española el reino de Portugal, que siempre deberia haber formado parte de nuestra nacion, la cual tal vez necesita que toda la península forme un solo cuerpo para ocupar entre las demas potencias el lugar que le corresponde. Pero á esta reflexion, y otras de no menos peso, se oponia el amor de Vargas, amor que le dominaba completamente, y al cual estaba resuelto á sacrificarlo todo sin excepcion.

Con tales disposiciones se presentó de nuevo en el convento de Inés, y despues de una larga conversacion con ella, en la cual al cabo de dos horas vinieron á decirse en resúmen que se querian entonces, y se querrian siempre, salió de

alli quejándose de no haber tenido tiempo para hablar de su amor.

Parecíale tal vez robado el tiempo que Inés tardó en indicarle el parage y hora en que podría verse con el que continuaremos llamando indistintamente Gabriel de Espinosa, ó don Sebastian, pues de ambos nombres usaba, segun las circunstancias.

Ya tarde en la noche del dia en que nos hallamos, salió Vargas de su casa con magnífico vestido, una escelente espada, envuelto en una capa de camino que le cubria enteramente, y para mejor disfrazarse, con un sombrero de ala ancha. En este equipage se encaminó por calles escusadas á cierto callejon del barrio de la Mantería, situado en uno de los extremos de la ciudad; al ir á entrar en él, un hombre que apoyado con negligencia á la esquina parecia estar medio borracho, le dijo tartamudeando: "Buenas noches, amigo. ¿Se va de ronda? — Esta noche no rondan mas que las brujas, respondió Vargas, quitándose al mis-

mo tiempo el sombrero, y cubriéndose el rostro con él. — Adelante, respondió el otro, ya en voz clara y con firmeza, la tercera puerta á la derecha. — No, sino la cuarta, dijo Vargas;” y continuó su camino. Contando entonces cuatro puertas en la acera izquierda, tomó el aldabon de la que completaba este número, y dió con él dos golpes con tanto tiento, que á pesar de lo corto de la distancia no los oiria sin duda el de la esquina.

Una voz que parecia de muger vieja preguntó desde adentro: — ¿Quién anda ahí? — Amigo, fue la respuesta de don Juan dando una palmada. — Yo no tengo amigos, replicó la vieja; váyase noramala. — Me iré, replicó don Juan, pero no sin decirle que la luna no ha salido aun, y volvió á dar otra palmada.

Entonces se abrió la puerta, y se halló nuestro caballero en un zaguan mezquino y sucio, en el que una muger vieja y andrajosa tenia un lecho de malísima paja. Ya dentro, arrolló Vargas su capa y sombrero, y poniéndose su ca-

pacete correspondiente al resto de su vestido, pasó por una puerta que le indicó la vieja á un vestíbulo, en el que halló dos hombres armados con arcabuces, espadas y dagas.

— ¿Qué os trae á este lugar? dijo uno de los armados. — El amor de la verdad y el deseo de la honra, le contestó el caballero; y hallando el paso franco, despues de atravesar aun otra antecala, si se le quiere dar este nombre, se metió en un granero de no pequeñas dimensiones, que bien limpio, medianamente adornado, y perfectamente iluminado por un crecido número de bugías, ofrecia un aspecto misto entre salon y desban.

Unos bancos de pino cubiertos con unas cortinas de damasco anaranjado, ó que tal habia sido, corrian al rededor de aquella sala, y en la cabecera de ella se veía un gran sillón de los que los frailes usan en sus celdas, tambien cubierto del mismo modo.

A los pies de la sala, y al rededor de

una mesa correspondiente al resto de los muebles, estaban sentados escribiendo tres ó cuatro personas.

Las que habia en el salon cuando entró don Juan serian hasta veinte, entre ellas tres ó cuatro eclesiásticos con mantos; los demas iban cuál mas, cuál menos ricamente vestidos. Algunos llevaban al pecho diferentes cruces, y uno de los que estaban escribiendo llevaba una banda roja.

Los demas se paseaban por la sala en grupos de dos á tres personas hablando entre sí en voz baja.

Al entrar Vargas todos se volvieron hácia él, y contestaron á su saludo con cortesía: en seguida continuaron sus paseos en todo lo largo del salon.

El anciano de la banda roja no habia reparado en su entrada; pero habiendo alzado la cabeza y fijado la vista en él, se levantó inmediatamente de su asiento, y acercándosele con aire cordial, le dijo: —¿Es el señor don Juan de Vargas á quien tengo la honra de hablar? — Un

criado vuestro, contestó éste, satisfecho de que hubiera entre tantos uno que le hablase. — Mi nombre, continuó el de la banda, no os será tal vez desconocido, aunque sí mi persona, por no haber tenido hasta ahora ocasion de hablaros; yo soy el marqués Domiño.

Reconociendo entonces Vargas que hablaba con el fiel servidor de don Sebastian, de quien tanta mención se hacia en las memorias de Inés, le colmó de atenciones, y el marqués por su parte no andaba menos comedido.

— S. M., dijo, no tardará en honrarnos con su presencia; ahora permitidme que concluya el arreglo de algunos papeles interesantes, de que me es forzoso darle cuenta esta misma noche, y contad con que teneis en mí un verdadero amigo y admirador.

Volvióse acabando de hablar á la mesa, y dejó á Vargas solo de nuevo, teniendo por recurso que dedicarse á observar cuanto pasaba en torno de él.

Desde su llegada no habian cesado de

irse presentando nuevos personajes de todas especies, y en uno de ellos reconoció don Juan á su rival don Francisco. Debió éste de conocerle tambien, pues mudó de color al verle; pero no dió de ello otra señal, y saludándole pasó á unirse á otras personas de las que alli estaban.

Asi se pasó como una hora, y al cabo de ella, oyéndose en el cuarto antes del salon dos recias palmadas, el marqués Domiño se levantó de su asiento, y despues de haber dicho en alta voz "el rey, señores," se encaminó á la puerta de entrada, que abrió de par en par.

Todos los circunstantes descubiertos se colocaron entonces al rededor del salon, observando el mas profundo silencio.

Los dos centinelas de la segunda antecala guardaban la entrada con sus arcabuces, agarrados con la mano derecha por la garganta de la culata, y dejando descansar la caja sobre el hombro del mismo lado.

Pocos minutos despues se deja ver don Sebastian con un vestido negro com-

pleto, y sin mas adorno que el de una cadena de oro, de la cual pendia una medalla, y en ella esculpida la efigie de la Virgen nuestra Señora.

El puño de la espada era de acero primorosamente labrado, y el del baston de oro, con algunos brillantes.

Cuando entró en el salon, los presentes se inclinaron respetuosamente, y él, quitándose el bonete, saludó con gracia y desembarazo.

Sentado ya en el sillón que le estaba destinado, mandó que los circunstantes se sentasen, y dijo:

— Años ha, señores, que la fortuna no me ha concedido un momento tan grato como el presente, en que me veo rodeado de tantos y tan buenos servidores. Con su auxilio y el favor de Dios, espero que en breve lucirá para Portugal el dia de la libertad. Vea yo la bandera lusitana ondear un dia en el campo de batalla: séame dado pelear aun al frente de mis valientes soldados, y muera yo despues; habré llenado el mas

violento , el mas justo de mis votos.

» Os he reunido , señores , para que ilustrado con vuestros consejos pueda yo decidir lo mas conveniente. El momento de obrar es ya llegado. Harto tiempo hemos gemido en la esclavitud y en la miseria. La historia no ofrece acaso ejemplo de monarca tanto y tan largamente sujeto al rigor del destino : permanecer asi mas tiempo sería cobardía. Morir ó vencer será desde hoy mi divisa.

— Y la nuestra , morir ó vencer con nuestro rey , esclamaron entusiasmados la mayor parte de los conjurados.

— Ese entusiasmo , continuó don Sebastian , que llena de alegría , es un feliz presagio de la victoria. Marqués Domiño , podeis hablar.

« V. M. , dijo Domiño , me ha mandado poner á la vista de los ilustres personajes aqui reunidos un cuadro exacto de nuestra situacion , recursos y esperanzas , sin omitir los obstáculos que se oponen á nuestra justa empresa. Procuraré hacerlo con toda la conci-

sion , exactitud y claridad que alcance.

» No me cansaré en demostrar la justicia de la causa de V. M. ; ésta es tan evidente , que no necesita razones en su apoyo. Por otra parte , los que me escuchan dan en hallarse en este parage una prueba incontestable de su fidelidad y decision por su legítimo rey.

» Nuestro objeto no es otro que el de arrancar de mano del usurpador Felipe el reino de Portugal. Para conseguirlo contamos con nuestros amigos , y con los muchos enemigos que dentro y fuera de sus estados tiene , gracias á su detestable política.

» V. M. ha oido ya diferentes veces á los enviados de Portugal que estan presentes , y prontos á confirmar cuanto diré. Segun ellos aseguran , y yo mismo he tenido ocasion de observar , los portugueses estan ya impacientes por romper el yugo de hierro que los oprime. Apenas hay uno de todos ellos que no haya sufrido alguna vejacion del monarca español. La masa no puede estar mejor dispuesta ; trátase

solo de inflamarla, de dar á la indignacion pública el conveniente impulso, y esto lo ha de hacer la presencia de V. M.

» En vano Felipe se ha esforzado en convencer con el tormento, el fuego y la cuerda á los portugueses, de que su rey ha dejado de existir; la mayor parte de ellos creen lo contrario, y para convencer á los restantes la evidencia bastará.

» Hay sin embargo hombres en Portugal, y algunos de ilustre nacimiento, que unidos á la usurpacion con los lazos del interes, y ejerciendo á su sombra una autoridad sin límites, harán los últimos esfuerzos contra nuestros designios. Éstos, los españoles que allí mandan, y los tercios que guarnecen nuestras fortalezas, serán los enemigos que tengamos que combatir, y para hacerles frente es preciso contar con algunos soldados desde luego.

» Para este objeto se ofrecen trescientos hidalgos portugueses, en cuyo nombre han venido los señores Sousa, Coello, Ebra, y Renteiro. La universidad

de Coimbra ofrece tambien á V. M. cincuenta lanzas por medio del doctor Saldaña, respetable eclesiástico, que está en camino para esta ciudad.

» En una palabra, cualquiera que sea el punto de la frontera que V. M. designe para el alzamiento, puede contar en él con mas de cien caballeros y unos quinientos peones. Esta fuerza es bastante y sobrada para oponerse á las primeras tentativas de los tercios españoles, y dar lugar á que se unan á V. M. mayor número de sus fieles servidores, con cuyo auxilio podrá apoderarse de una de las ciudades principales.

» Conseguido esto, la voluntad de los portugueses se manifestará sin rebozo; los españoles serán apenas dueños del terreno que pisen, y éste no será mucho, atendido su reducido número en el reino.

» No es tampoco de temer en lo sucesivo el poder de Felipe, por mas colosal que parezca. Flandes absorbe hoy su atencion entera; allá van á consumirse los tesoros de las Indias; allí sus mejores sol-

dados; allí, en fin, está el principal apoyo de V. M.

» Isabel de Inglaterra verá con gusto desmembrarse el reino de Portugal de la corona española, y sino me atrevo á asegurar que nos ausilie abiertamente con sus armas, es por lo menos cierto que podemos contar con grandes socorros de su parte. Los insurreccionados de Flandes no podrán menos tampoco de prestar la mano á la obra de nuestra regeneracion. Y el rey de Francia y el emperador de Alemania mismo no dejarán en cuanto puedan de contribuir á la minoracion del poder del rey de España, cuyos vastos dominios le hacen el perpetuo objeto de sus celos.

» He demostrado, á mi entender, que V. M. no tiene que temer por parte de las otras testas coronadas oposicion alguna á la justa recuperacion de su trono; que las que no se interesen por V. M. directamente, permanecerán neutrales; y que el rey Felipe, empeñado en una guerra destructora, y que, por la mane-

ra con que se conduce, se ha hecho interminable, pocos ó ningunos esfuerzos podrá hacer para conservar la corona que usurpa.

» Pero aun hay mas. Dentro de España, á la vista misma del tirano, hay muchos hombres valerosos, de ánimo independiente y heróicos pensamientos, que pueden apenas soportar los hierros que los agovian.

» Aun humean en Aragon las cenizas de la pasada revolucion. La sangre de Lanuza, que corrió traidoramente derramada en un cadalso, fermenta sordamente.

» Felipe camina sobre un volcan que una sola chispa basta á incendiar: V. M. tiene en su mano provocar la esplosion, y espero perdonará mi osadía si me atrevo á decirle que debe hacerlo.

» Aragoneses y castellanos estan mal contentos con el establecimiento de la inquisicion. Y V. M. se ha dignado prometer proteccion á todos los perseguidos por él, sin mas condicion que la de to-

mar parte en la gloria de restituir á Portugal su independencia.

» En mi mano tengo una humilde súplica que algunos reverendos eclesiásticos presentan á V. M. en nombre de varios otros, en la cual ofrecen á V. M. el auxilio que sus brazos, personas y haciendas puedan prestar para su empresa, y las condiciones que por ello reclaman son tan moderadas, tan justas, que V. M. no dejará de concederlas.

» Al frente del cuerpo auxiliar español se pondrá un noble castellano, de ilustre linage, valor conocido y notoria pericia en el arte de la guerra, á quien V. M., convencido de su fidelidad, se ha servido honrar con este encargo, esperando que sus compatriotas, á sus órdenes, darán pruebas de su acostumbrada bizarría.

» Tal es, señores, el estado de los negocios de V. M.; pero por mas lisonjero que parezca, por mas que el triunfo se nos figure indudable, ahora mas que nunca debemos obrar con prudencia y cautela.

« No por anticipar un día al proyecto malogremos para siempre el trabajo de muchos años. Antes de mucho solo habremos menester el valor en el campo de batalla; hoy la sagacidad y el disimulo para sustraernos á las continuas pesquisas del enemigo.» = *Discurso y verdad*

Este largo discurso, que sin duda estaba no solo preparado, sino estudiado de antemano, fue oido por toda aquella asamblea con grande atencion é interes. Vargas en particular, que por primera vez pensaba entonces seriamente en la empresa en que habia tomado parte, recogió hasta la última sílaba; y si bien admiraba la capacidad con que el marqués Domiño habia reunido todas las circunstancias que militaban á su favor, dándoles el conveniente colorido, disminuyendo al mismo tiempo el poder de su enemigo, no pudo menos de conocer que, por mas que se dijese, el proyecto ofrecia inmensos peligros.

Sin embargo, don Juan ni queria ni podia ya volver el pie atras, y prestán-

dose á lo que en su posicion era indispensable, tanto trabajó en convencerse á sí propio de que don Sebastian podria triunfar, que casi llegó á creerlo.

Dejó don Sebastian pasar algun tiempo despues de haber Domiño cesado de hablar, y quando ya creyó que el auditorio estaba preparado á oirle, dijo:

“Acabais de oir la fiel pintura de nuestra situacion: si alguno de vosotros tiene algunas observaciones que hacernos, yo le permito y le mando que hable.”

Entonces los circunstantes se miraron todos unos á otros como para examinar qué efecto habian producido las palabras del rey pastelero, y al cabo de algunos instantes tomó la palabra uno, en cuya voz reconoció Vargas la de la persona que le habia tomado el juramento en la ermita de Madrigal, y lo era en efecto.

“Rey y señor mio, dijo: los fieles vasallos de V. M., en cuyo nombre tenemos la honra de hallarnos hoy en vuestra real presencia algunos caballeros portugueses, estan prontos á confirmar con

las obras las ofertas tantas veces repetidas de sacrificar sus vidas y haciendas en defensa de V. M.

» Una súplica es la que se atreven á hacer humildemente puestos á los pies del rey y señor natural, que es la de rogarle que apresure el ansiado momento de tomar las armas. La dilacion entibia los ánimos de unos, espone á los otros á crueles persecuciones, y fortifica á los enemigos de la justa causa.

» Díguese, pues, V. M. tomar en consideracion esta súplica reverente, y hacer en ello lo que fuere de su real agrado.”

“Señor Sousa, ese impaciente ardor de mis leales vasallos, contestó don Sebastian, es sumamente grato para mí. Yo procuraré no retardarles mucho la ocasion de darme pruebas de su fidelidad y valor.”

Uno de los eclesiásticos, levantándose entonces de su asiento y haciendo una profunda reverencia, á la que el rey contestó con una leve inclinacion de cabeza

y una seña para que hablase, lo hizo de esta manera.

«Señor: el marqués Domiño ha ofrecido á V. M. la asistencia y auxilio de algunos españoles á quienes la tiranía de su rey obliga á sustraerse de su dominio. Yo, en nombre de los descontentos, confirmo esta oferta. En esta misma ciudad existen muchos de ellos, y en las demas del reino se encuentran á millares. El caballero á quien V. M. se ha dignado confiar el cargo de su caudillo, podrá cerciorarse por sus propios ojos de la verdad de mis palabras.

» Los que estan prontos á tomar las armas dejan á la real munificencia de V. M. el cuidado de señalar recompensas á sus servicios. Nada estipulan ni quieren estipular en este punto.

» La única condicion que ponen, la cláusula *sine qua non* del tratado que tienen la honra de hacer con V. M., es que, concluida la guerra, les será permitido vivir en el reino de Portugal segun sus *conciencias*, sin que ni el tribunal de la

inquisicion ni otro alguno pueda inquietarles en materias de fé.

» V. M. que en sus diferentes viajes ha recorrido la Europa entera, y á cuya real penetracion no se habrá ocultado ninguna de las causas de su engrandecimiento ó desmejora, habrá sin duda observado que los cristianos reformados, tan sin piedad perseguidos en España, tienen acogida en los mas florecientes de ellos.

» En apoyo de esta asercion la Inglaterra, la Escocia, y gran parte de Alemania, se hallan en este caso.

» Ni este es lugar á propósito, ni da de sí el tiempo lo necesario para estenderme en largas disertaciones sobre la conveniencia de la tolerancia religiosa.

» A V. M. toca decidir si le conviene ó no aceptar en este caso la alianza de los españoles, cuyo nuncio soy, con la expresada condicion.”

Una reverencia todavía mas humilde que la primera terminó este discurso, que don Sebastian y Domiño oyeron impasibles sin dar señales de aprobacion ni

descontento, y la asamblea se mostró dividida en distintos pareceres.

Don Francisco, don Carlos, Abenamal, y algunos otros, pensaban que el auxilio de los españoles era de la mayor importancia; y que limitándose los reformados, como se limitaban, á pedir una simple tolerancia en materias de fé, sin exigir proteccion ni paridad con el culto católico, sería desatinado negarse á su propuesta. Pero los portugueses Sousa y Coello no podian avenirse con la idea de asociarse con hereges luteranos y calvinistas; y de esta misma opinion no faltaban personas entre los circuntantes.

Cuando el eclesiástico español cesó de hablar, un rumor sordo se dejó oír por todo el salon: los que opinaban en su favor se miraban, dando visibles muestras de aprobacion; y los contrarios, hablando entre sí en voz baja, se preparaban á oponerse sin rebozo á su propuesta.

Coello, poniéndose en pie y saludando al rey, exclamó: "Los portugueses, señor, se han gloriado siempre de vivir

en el gremio de la santa iglesia católica, apostólica, romana, única verdadera, fuera de la cual no hay salvacion. Y la condicion que los españoles ponen para tomar las armas en defensa de V. M., si se acepta, destruirá para siempre nuestra opinion religiosa, manchando el suelo de los dominios de V. M. con el baldon de la heregía.

» ¡Por ventura no serán bastantes los vasallos naturales de V. M. á ponerlo en su trono, sin mendigar el apoyo de los españoles descontentos? Señor: V. M. es dueño absoluto de nuestras vidas y haciendas; pero en la honra y en la religion no puede..." "Sobrado tiempo os he escuchado, Coello: yo resolveré este asunto como sea de mi real agrado, y os dejo salvo el derecho de hacer de vuestra persona lo que os parezca conveniente." Le interrumpió don Sebastian, justamente indignado, de que en tan críticos momentos se quisiera sembrar la division en su partido.

Coello aterrado murmuró algunas fra-

ses de obediencia, fidelidad, celo y religion, ocupando confuso su asiento.

— Don Sebastian, sin atenderle, se dirigió al eclesiástico, y con notable afabilidad le dijo: “ Doctor Serrano, don Juan de Vargas os anunciará mañana mi resolución. Entre tanto podeis dar mis reales gracias á vuestros amigos, asegurándoles que jamas olvidará don Sebastian el auxilio que en su infortunio le prestan. Mañana tambien, señores, se os comunicarán á todos mis órdenes, y antes de mucho nos habrá visto el mundo triunfar de nuestros enemigos, ó perecer gloriosamente en la demanda.” Concluyendo de hablar hizo señá de haberse terminado la asamblea; y los que la componian empezaron á retirarse de dos en dos, ó de tres en tres lo mas, para no hacerse sospechosos en la calle.

— No lo hizo así Vargas, pues se le mandó permanecer en el salon hasta quedarse solo con el rey y el marqués Domingo.

— Entonces, el primero de estos perso-

nages, llamándole, le habló en estos términos: — Don Juan, la mano del destino, por caminos bien inesperados, os ha reunido á mí. Sé que habeis resuelto seguir mi suerte; y sé tambien que los hombres como vos no varían nunca su resolución: cuento, pues, con vos como conmigo mismo. — V. M., dijo Vargas, me hace justicia: mi espada y mi persona estan ya á su real servicio mientras me dure la vida. — Lo creo; y os doy una prueba de ello en ponerlos al frente de mis auxiliares. No necesito deciros que estos son los españoles que, habiendo abrazado las heregías de Lutero y Calvino, no hallan en su patria un palmo de terreno que los sustente con seguridad, un solo instante en que las hogueras de la inquisicion no se enciendan para ellos. Aunque católico, como yo lo soy, por la piedad de Dios, no podreis menos de conocer que en mi actual posicion me es forzoso prescindir de escrúpulos que acaso me arredraran en otras circunstancias. Hoy lo que necesito son brazos, y á todo precio debo comprar-

los mientras el honor no padezca. — V. M., á mi entender, obra en eso con cordura. — Tal es mi opinion; y yo sabré imponer silencio, eterno si es preciso, á los que como Coello quieren contrariarla. Desde que la fortuna me ha condenado á vivir en la última clase del pueblo, he tenido ocasion de abrir los ojos sobre mas de un error, y me he convencido de que el hierro y el fuego hacen hipócritas, pero no religiosos. Ademas, don Juan, el pontífice, á quien en Roma me presenté á pedir dispensa del voto temerario que en un momento de despecho hice en África de vivir siempre encubierto, no solo se negó á ello, sino que me despidió con dureza. Gregorio, esclavo humilde del rey de España, temblaba de tener un solo día en sus estados al infeliz don Sebastian, y esta ofensa está para siempre grabada en mi corazon.

» Bastante os he dicho para que comprendais claramente mi voluntad y sus fundamentos. El doctor Serrano os presentará mañana á los que habeis de con-

ducir á la gloria: descanso en vuestra fidelidad y buen talento, y no volveré á ocuparme en el asunto hasta que os comuniqué mis órdenes para marchar.

» La mano de doña Inés es vuestra ya. La categoría á que estará destinado el esposo de la cuñada del rey no se os ocultará; y para que desde luego empecéis á recibir pruebas de mi real benevolencia, os autorizo á usar desde hoy el título de duque de Madrigal. — Las bondades de V. M. y la merced con que me honra estarán eternamente impresas en mi memoria, y espero dar pruebas de mi agradecimiento en el campo de batalla. — Ese es el lenguaje de un noble soldado. Podeis retiraros.

— Dobló don Juan la rodilla, besó la misma mano á que habia visto hacer pas- teles, y salió del regio desban como el hombre que acaba de tener un sueño maravilloso de aquellos que hacen dudar de si se duerme ó se está despierto.

CAPITULO II.

Ciego el califa en su sangriento celo,
 Despuebla el mundo por vengar al cielo.

(Melendez. Oda á la tolerancia.)

A principios del siglo XVI fueron tantos y tales los abusos de las facultades espirituales que en materia de bulas é indulgencias hizo la corte de Roma, que en Alemania, pais eminentemente pensador, dos frailes, Lutero y Calvino, se alzaron contra ella: practicaron la reforma de la religion cristiana, conocida con el nombre de protestantismo; y á pesar del emperador, del papa y del concilio, luchando con las armas del uno, las excomuniones y los legados del otro, y con los cánones y censuras del último, hicieron considerable número de prosélitos, atrayendo á su creencia príncipes ilustres y naciones enteras.

Lutero y Calvino dieron al poder de los papas un golpe funesto, que los pro-

gresos de la civilización social prepararon hasta entonces, y en lo sucesivo hicieron verdaderamente mortal. Desde entonces los sucesores de San Pedro perdieron aquel poder en virtud del cual daban y quitaban las coronas. Inglaterra, Suecia, la Flandes, gran parte de la Alemania, se separaron del regazo de la iglesia católica; la Francia misma rehusó admitir el concilio tridentino, y la Europa entera empezó á creerse con derecho á pensar en materias de religion, cosa hasta entonces mirada como una blasfemia.

Las consecuencias que aquellos sucesos tuvieron en el orden político son harto conocidas; y aunque una novela no se ha escrito á propósito para hablar de ellas, se nos permitirá que observemos que Inglaterra fue el primer pais enteramente protestante, y que en él es en donde la libertad civil es tambien mas antigua.

Cárlos I se declaró protector del concilio de Trento, y persiguió constantemente á los reformados. Pero en Alemania no pudo estinguirlos: en España fue

donde, auxiliado por la inquisicion, de abominable memoria, logró que jamas los hubiese á cara descubierta.

Las crueldades del tribunal de la fé no fueron sin embargo durante su reinado comparables á las que se ejercieron bajo el cetro de hierro de su hijo Felipe II, cuyo nombre execrado ha llegado á nuestros dias, y pasará á la mas remota posteridad como el baldon de su siglo y de la patria que le dió el ser.

Todas ó la mayor parte de las religiones han debido acaso á la persecucion su mayor incremento; y á escepcion del mahometismo, ninguna se ha estendido con la rapidez que la protestante. En vano se le opusieron cuantos diques alcanzaron el poder y la iglesia dominante; salvólos todos, y embrabecida como un torrente por la resistencia, llegó á hacerse temible para sus perseguidores.

No eran entonces los españoles un pueblo insignificante, como despues lo fueron, gracias á tres siglos de cadenas: ricos, poderosos y conquistadores, en

todo el orbe se veía á los invencibles tercios castellanos cubriéndose de gloria: sus mercaderes tenian relaciones comerciales con todas las naciones; y el oro mejicano hacia de nosotros los banqueros del mundo. Entonces se viajaba; en aquellos viajes habia comunicacion con los extranjeros, y de este modo la reforma religiosa llegó á hacerse partidarios, y no en pequeño número, en el corazon mismo de Castilla.

Naturalmente los primeros protestantes fueron eclesiásticos: para nadie podia tener mas interes la cuestion que para ellos; y unos la examinaban por curiosidad, otros para instruirse. Algunos creyeron las nuevas doctrinas mas conformes al espíritu del Evangelio que las antiguas; otros lo contrario; y éstos en España fueron en mayor número. Apoyados los últimos en la ley, y disponiendo de la fuerza, persiguieron encarnizadamente á los primeros, quienes se refugiaron como todo proscripto en la oscuridad.

No habia acaso ciudad en España en

que los protestantes, los judíos, y hasta los mahometanos, no tuviesen conventículos secretos que la inquisición fue descubriendo sucesivamente. Para llevar legalmente á la hoguera á los desventurados que los formaban, no se necesitaba mas que probarles su diferencia de religion; pero el espíritu de partido, no contento con aplicarlos al tormento y quemarlos despues, quiso que bajasen al sepulcro manchada su memoria con la imputacion de crímenes cuya atrocidad misma los hace absurdos é increíbles.

Los niños degollados bárbaramente, las imágenes del Redentor injuriadas de una manera abominable, eran las mas pequeñas de las infamias de que los inquisidores acusaban á sus víctimas. La pluma se niega á entrar en pormenores sobre esta materia, y el entendimiento concibe apenas que se hayan conducido al suplicio millares de infelices pretendiendo haberles probado que *volaban* ó que tenían en sus casas á *pupilo* algunos diablos en figura de sapos, con obligacion de

vestirlos de terciopelo y darles á comer huesos de difuntos.

En tal estado se hallaba España bajo la dominacion del fanático Felipe, quando Gabriel de Espinosa puso á cargo de Vargas el mando de sus auxiliares españoles.

No se crea por lo que de las luces naturales de don Juan hemos dicho, que fuese un hombre de los que hoy llamamos despreocupados. Eran muy pocos los castellanos que en aquel siglo podian pretender esta denominacion; y seguramente en donde menor número de ellos se hallaba era en la nobleza, que recibiendo una educacion puramente militar, conservaba la creencia de sus padres, sin imaginar siquiera que en tal materia era admisible la discusion. Sin embargo, el hermano del marqués habia tenido ocasion de observar en Flandes que los hereges eran hombres como los demas; que cualquiera que fuesen sus errores en el dogma, la moral de su religion era exactamente la del Evangelio, y que en los com-

bates se portaban como el mejor católico, peleando con valor, y tratando despues con humanidad á sus enemigos. Redújose, pues, á desempeñar la comision que se habia puesto á su cargo, aunque no sin repugnancia y tal cual escrúpulo de conciencia. Dígase tambien, en honor de la verdad, que Inés, á quien vió aquel dia en el locutorio, le pareció tan hermosa, estuvo con él tan fina, y le dió tan próximas esperanzas de su matrimonio, que al separarse de ella hubiera hecho alianza no ya con los protestantes, sino con todos los hereges y cismáticos habidos y por haber, y con el mismo Satanás, por mas feo, cornudo y azufroroso que se le presentase.

Tales han sido siempre los hombres vehementes: preocupaciones, intereses, conveniencias sociales, la honra misma, todo lo han sacrificado á las miradas de una muger en los primeros años de la vida; y en la edad adulta, el ídolo de su juventud, olvidado, menospreciado tal vez, ha tenido que ce-

der su lugar á los sueños de la ambicion.

Vargas entonces no creía que hubiera nada en el mundo superior á Inés, ni que el que una vez la habia visto pudiera nunca dejar de amarla; menos aun ser feliz sin ella. ¿Qué mucho, pues, que todo lo sacrificase para poseerla?

Ya resuelto á entregarse sin reserva en manos del destino, se preparó á desempeñar su papel de gefe de segundo orden en aquella conjuracion; y revestido de la gravedad conveniente, se presentó con el doctor Serrano en el conventículo de los protestantes.

Celebraban éstos sus reuniones con todo el misterio y cautela que su posicion exigia, y Vargas halló en juntas á los que formaban el consistorio directivo en una oculta bodega situada en un extremo de la ciudad. Algunos letrados, no menos eclesiásticos, tres ó cuatro mercaderes y algun profesor de ciencias exactas, fueron las personas que alli se ofrecieron á su vista: la única de capa y espada,

como entonces se decia , era el mismo Vargas.

Antes de su llegada ya habian los protestantes acordado que no prestarian á don Sebastian el prometido auxilio sin recibir antes por escrito su real palabra de que se les tolerase en Portugal el libre ejercicio de su culto; y el doctor Serrano hizo entender sin rebozo á don Juan que toda negociacion era escusada sin que precediese la entrega de la garantía pedida.

En el caso de que el destronado rey accediese á lo que se deseaba , empezarian los protestantes poniendo á su disposicion una suma considerable para empezar la campaña; formarian á su costa, y auxiliados por sus hermanos de Inglaterra, Francia y Alemania, un cuerpo franco; y desde luego presentarian en breve plazo de trescientos á quinientos hombres para contribuir al alzamiento.

No dejaron tampoco de presentarse varias dificultades al consistorio sobre poner los soldados protestantes á las órde-

nes de un noble católico; pero todas ellas se desvanecieron con la imposibilidad de hallar en España hombre de la comunión reformada que lo reemplazase. Fue, pues, nuestro don Juan, bajo el título de duque de Madrigal, reconocido por gefe del futuro cuerpo auxiliar, y la reunion se disolvió despues de haber rezado á coro un salmo de David.

Debia don Juan comunicar á Gabriel de Espinosa lo resuelto por el consistorio, y para ello se le habia mandado hallarse aquella noche á las ocho de ella en el Campo Grande; cita á la que, como se deja conocer, asistiria con alguna anticipacion para no hacerse esperar; pero fue tanta su puntualidad, que daban las siete cuando entró en el Campo Grande, que por ser la noche de las frescas de otoño estaba desierto. No le pesó de esta circunstancia, pues en situacion semejante á la suya lo que más se apetece en general es la soledad. Amante y conjurador á un tiempo, sus pensamientos le sobran á Vargas para entretenerse.

La revolucion que se preparaba, su éxito y consecuencias, eran asuntos de no pequeña importancia; pero Inés la tenia mayor para él. Dejando vagar la imaginacion á su placer, se veía ya dueño de su amada: representábasele verla en sus brazos al rayar la aurora, y uno y otro día, y siempre, en fin, vivir á su lado; pero el colmo de la dicha para Vargas era tener un hijo de Inés, que su fantasía hizo bello como Apolo, valiente como Hércules, discreto como Ciceron, y célebre como Alejandro.

Cuando el hombre cree ser feliz, lo es, ha dicho no sé quién, y con sobrada razon. Nunca la realidad iguala á los goces que el hombre dotado de una ardiente fantasía tiene, cuando sus sueños, ya despierto, ya dormido, le halagan. Y es, porque en la realidad aun las rosas tienen espinas; no asi en el mundo ideal: lo malo y lo bueno, segun el vidrio que se deja ver en la linterna mágica, se presentan aisladamente. Prescínlese de la debilidad humana, de la muerte; se ol-

vida que estamos condenados á padecer, y que cuanto mas intenso sea un dolor, tanto mas pronto el órgano que lo sufre perderá la facultad de sentirlo. Sucédenos, en fin, lo que al mecánico teórico: calcula una máquina prescindiendo del rozamiento de los cuerpos y de la elasticidad de las cuerdas, y obtiene en el papel un invento que ha de inmortalizarle. El mal está en que al poner en práctica su máquina tiene que emplear hierro, madera y cáñamo.

Dando, pues, libre curso á sus imaginaciones se paseaba Vargas delante del convento de recoletos, y no advirtió que un hombre le seguia, hasta que éste, tocándole en un hombro, le dijo: "Muy distraido vais, señor don Juan." Volviendo entonces la cabeza reconoció á Gabriel de Espinosa.

Dióle cuenta de lo ocurrido en el consistorio, y tuvieron sobre ello una larga conversacion, en la cual desplegó el pastelero grandes conocimientos en política, y dió á Vargas detalladas instrucciones,

previendo las dificultades que podrían ocurrirle en su misión, y facilitando los medios de vencerlas; y por último, prometió la garantía pedida por los protestantes.

Antes de despedirse supo Vargas que los conjurados portugueses Domiño, Abenamal, don Carlos y don Francisco, habían ya marchado á disponer el alzamiento, que debía verificarse tan luego como don Sebastian se presentase en su reino.

El monarca destronado pensaba ir á Madrigal, salir de allí acompañado de fray Miguel, don Juan y un corto número de los protestantes españoles, y entrar con ellos en la Estremadura portuguesa para descubrirse allí.

Para poner en planta este proyecto solo aguardaba á recoger la suma prometida por el consistorio, y á realizar algunos otros fondos indispensables para poder sustentar á sus soldados un mes por lo menos sin gravámen de los pueblos.

Pero todas estas recaudaciones no pudieron verificarse tan pronto como se de-

seaba. El misterio con que hubieron de hacerse, las diversas personas á quien se tuvo que acudir, y otros varios entorpecimientos inevitables en tales negocios, retardaron quince días ó mas el suspirado momento de hallarse prontos los fondos. Don Juan no tuvo la satisfacción de anunciárselo así á Gabriel de Espinosa hasta dos semanas despues de haber tenido con él la conferencia que acabamos de referir.

En este intermedio sus visitas al locutorio fueron diarias, y la materia de sus conversaciones con Inés sus amores y esperanzas. No estaba la bella portuguesa menos enamorada que el jóven castellano; pero sus contiúas desgracias, y su condicion naturalmente reflexiva, no la permitian entregarse, como Vargas lo hacia, á las mas lisonjeras ilusiones. Una serie no interrumpida de males habia acostumbrado á Inés á no esperar nada bueno; y mas de una vez, en los momentos mismos en que su amante mostraba mayor entusiasmo, mas persuasion

de ser su esposo, la imagen del cadalso se presentaba á los ojos de la infeliz hermana de Clara, y el rostro de Vargas, entonces animado por todo el fuego del amor, á su parecer mostraba las señales de la muerte. Corrian entonces por sus mejillas lágrimas amargas, y apenas bastaban el cariño y la elocuencia de don Juan para calmar su dolor.

La mañana siguiente á la noche en que el hermano del marqués anunció al cuñado de su futura esposa que los protestantes tenian reunido su dinero, fue á ver á Inés, y al participárselo le dijo:

— Esta noche entregaré al consistorio la real garantía que S. M. pondrá en mis manos, y me haré cargo del dinero, parte en oro, parte en letras de cambio. El rey saldrá para Madrigal al amanecer de mañana, y vos con él. Segun sus órdenes, Inés, yo no debo hacerlo con otros veinte compañeros hasta por la noche. S. M. se ha dignado prometerme que fray Miguel nos unirá para siempre en la ermita que bien conóceis.

» ¡ Ah Inés! Llegó por fin el suspirado momento de llamarme esposo de la que adoro. Ó no me amais, ó vuestro placer debe ser igual al mio. — De mi amor, Vargas, no podeis dudar, pues no sabré ocultarlo, aunque tal vez debiera, contestó la dama. Un fatal presentimiento me destroza el corazon; conozco que no tengo para él determinado fundamento, y sin embargo no puedo desecharle. — Inés mia, confundís el temor natural en vuestro sexo al aproximarse el momento de una arriesgada empresa, con un presentimiento que no puede existir. — Mi don Juan.

Pero no mas de lo que va referido hablaron aquella vez los dos amantes, pues Vargas, en tan críticos momentos, no podia disponer de un solo instante.

La despedida por su parte fue tierna; por la de Inés, melancólica en estremo. Parecíale que aquella separacion habia de ser eterna, y sin poderlo remediar inundó con sus lágrimas la mano de don Juan,

despues de haberla estrechado tiernamente contra su corazon.

— No sé, dijo por último, no sé en qué consiste; pero jamas ha sido tanto mi desaliento como ahora. La idea de ser causa, tal vez, de la desgracia de un hombre á quien adoro, y que sino me hubiera conocido fuera feliz sin duda, me atormenta, me destroza el corazon.

Quitóse en seguida una cadena hecha de su propio pelo, y poniéndosela al cuello á su amante, continuó:

— Tomad, don Juan, esa prenda, que para vos tendrá algun valor; y si quereis tranquilizarme algun tanto, decidme que jamas me culpareis en lo que os suceda.

— Nunca, mi vida. — El destino os hizo conocerme, y el cielo me es testigo de lo que he combatido mi amor y el vuestro. — Y el cielo premiará tambien vuestra virtud. Señora mia, pasado mañana seréis mi esposa. Enjugad el llanto, y á Dios, que me es fuerza el partir.



CAPITULO III.

¡ Ah ! Vanamente discurre mi deseo
 Por tus sangrientos fastos y el contino
 Revolver de los tiempos ; vanamente
 Busco honor y virtud : fue tu destino
 Dar nacimiento, un día ,
 A un odioso tropel de hombres feroces ,
 Colosos para el mal.

(Quintana: Oda á Padilla.)

Don Rodrigo de Santillana, el marqués y su capellan, habian llegado con toda felicidad á Madrid, y pasado de alli al Escorial, donde por el momento se hallaba la corte.

La obra de aquel monasterio, ya entonces muy próximo á su conclusion, era el único objeto que distraía á Felipe de los negocios políticos y de sus continuas devociones.

Habíase lisonjeado el marqués de que su pretension era facil de conseguir, y se engañó. Un monarca que, como el rei-

nante entonces , hacia profesion de los mas austeros principios religiosos , un hombre que jamas habia amado ni podia amar , no era de esperar que tolerase y protegiese los estravíos galantes en nadie, y menos en un título de Castilla. Los ministros de Felipe tenian , ó afectaban tener , la misma manera de pensar que él, y asi el pobre marqués vió malísimamente recibidas sus primeras insinuaciones.

Pero como si las ideas generales de la corte en la materia no bastaran á contrariar sus planes , el comendador Hinojosa , presentándose dos dias despues que él en el Escorial , acabó de derribar el soñado edificio del engrandecimiento del hijo de Violante.

Hinojosa , entrando sin ceremonia en la posada de su primo , y declarándole sin rodeos que él y don Juan estaban perfectamente enterados de lo ocurrido con respecto al niño don Pedro Alcántara , de los proyectos que para su fortuna se formaban , y que ambos tambien estaban resueltos á no tolerar tamaña afrenta para

las familias de los Vargas , confundió , aterró , aniquiló al marqués y al padre Teobaldo.

No se atrevian ni el uno ni el otro á responder palabra , ni el comendador les dió lugar á ello , pues concluida la arenga se retiró , anunciando que iba en aquel mismo instante á verse con el secretario de S. M. y á enterarle de todo el asunto , y que , si necesario fuese , llegaria á los pies del rey mismo á pedir justicia. Hinojosa era hombre sobradamente capaz de cumplir lo prometido ; el marqués lo sabia , y el capellan tambien.

Mas de un cuarto de hora se estuvieron mirando el uno al otro con espantados ojos , sin saber qué hacer ni qué decir , hasta que por fin el marqués creyó que á él le tocaba romper el silencio , y haciendo un grande esfuerzo dijo : — ¡ Padre Teobaldo ! — Señor marqués , contestó el capellan ; y se terminó por entonces la conversacion.

— ¡ Hem ! dijo de alli á un rato el capellan. ¿ Si habrá ido á ver al rey ? —

¿ Si habrá ido? ¿ No le conocéis? Ahora mismo tal vez. — Entonces, *Domine miserere mei*, perdidos somos. — Padre Teobaldo, ¿ y que hacemos? — Señor marqués, yo en este asunto *lababo manus meas*. — Buen consejo por cierto. ¿ Ahora me abandonais?... ¿ No podríamos acudir á algunos amigos? — ¡ Amigos! *Donec eris felix...* — Por la Virgen Santísima que dejemos ahora los latines. Si ese hombre se presenta á S. M. y le cuenta el asunto á su modo somos perdidos. — *Nulla est redemptio*. En mala hora dejamos nuestros penates; en triste día *nos patriæ fines; et dulcia relinquimus arva*. — Dios me perdone, pero capaz sois de hacer perder la paciencia á un santo. Consejos son los que yo quiero, y no citas de Virgilio. — Ese pagano, señor marqués, contiene sin embargo apotemas filosóficos, morales, *naturaliter* hablando, de gran peso y... — Norabuena, pero ahora no se trata de eso: en lo que hemos de pensar es en el comendador. — *Infandum Regina jubes renovare dolorem*. — En re-

súmen, ¿ qué pensais que debo hacer? — Es asunto este que exige madura deliberacion, y consultar por lo menos media docena de santos padres y otros tantos autores profanos. — Y mientras se consultan revuelve mi primo la corte entera, me pinta á los ojos de S. M. como un libertino escandaloso, á vos como á un eclesiástico sin costumbres, cómplice en mis extravíos; dan con nosotros en la inquisicion, y nos queman. — *Sancta Maria, ora pro nobis*. Huyamos, señor marqués, huyamos, *usque ad finem*. — Eso ya es hablar en razon. ¿ Con que opinais que huyamos? — Me parece lo mas acertado. — Y á mí. — Está entonces aprobado *nemine discrepante*.

Y sin aguardar á mas, ni despedirse de alma viviente, tomaron el camino para Madrid, donde solo pararon un dia, saliendo al siguiente no para Valladolid, sino para una hacienda del marqués, donde se creyeron mas seguros.

No era sin embargo tan grande el peligro como se lo habian imaginado, Ver-

dad es que el comendador, conociendo la timidez natural de sus antagonistas, se propuso aterrarlos con tremendas amenazas, y lo consiguió aun mas allá de lo que esperaba. Por lo demas, condujo el negocio con tino, pintando á su primo como engañado; obtuvo de los ministros de la cámara la promesa de que no se admitiría la solicitud del marqués; mas, una orden de reclusión perpetua contra Violante; y corrió, ufano con su triunfo, á noticiárselo á don Juan.

Distinto fue el objeto, y distinto tambien el resultado del viaje á la corte del alcalde don Rodrigo de Santillana.

Una orden de S. M. le mandó presentarse sin la menor dilacion en el Escorial para un asunto del cual ya tenia algunos antecedentes, y se le daban mas en la misma real orden.

El negocio era de tal trascendencia, que Santillana se persuadia con fundamento de que, llevándolo á cabo felizmente, no solo podia contar con verse en un momento en el mas alto grado de su

carrera, sino con ser uno de los favoritos del monarca. Estas reflexiones le entretuvieron agradablemente en el camino, y sus esperanzas se corroboraron cuando, presentándose en palacio y declarando su nombre, se le mandó entrar sin demora en la cámara del rey.

Felipe, ya entonces en el antepenúltimo año de su vida, estaba sentado en un sillón y atormentado por acerbos dolores. Su semblante, naturalmente pálido, se asemejaba al de un cadáver. Aquel aspecto grave, severo, reservado; aquel labio inferior caído sobre la barba, y aquellos ojos penetrantes, con que parecia escudriñar los mas recónditos senos del corazón de la persona que se hallaba en su presencia, hicieron en Santillana la profunda impresion que hacian en cuantos se le acercaban.

Dobló el alcalde ambas rodillas, y besando la descarnada y lívida mano del rey, esperó, sin mudar de postura, á que se le mandase hablar.

— ¿Sois vos, dijo el rey, don Rodri-

go de Santillana? — El mas leal y humilde de los vasallos de V. M.

Felipe pareció satisfecho de la concision y respeto de esta respuesta: don Rodrigo no añadió una palabra mas, pues bien informado del carácter del rey, sabia que éste no toleraba que nadie fuera osado á hablar en su presencia mas de lo necesario para responder á sus preguntas.

— Informado, volvió el rey á decir despues de un breve intervalo, de vuestra fidelidad y celo en mi real servicio, os dimos la comision de vigilar á la persona que es inútil nombrar. ¿ Lo habeis hecho? — Sí señor; y he tenido la honra de elevar á V. M. el resultado de mis diligencias. — Que ha sido ninguno, don Rodrigo, exclamó Felipe con amarga severidad.

Aterrado el alcalde con tan inesperada reconvencion; bajó los ojos, y diera en aquel momento cuanto le pidieran por lograr, si posible fuese, que jamas el rey se hubiera acordado de él para nada.

El monarca, conociendo el efecto que sus palabras habian producido, contemplaba

la turbacion, el terror mas bien, de Santillana con un maligno placer, de que era muestra evidente la irónica y apenas perceptible sonrisa que se advertia en sus labios.

— Ninguno, continuó Felipe: tal vez yo podré en mi gabinete mismo daros mas noticias de las que vos, señor alcalde, estando al pie de la fuente habeis sabido adquirir. ¿ Qué decis á esto? Responded. — Señor y rey mio, no me parece milagroso que la alta penetracion de V. M. haya descubierto lo que á mi ignorancia se ha ocultado. Pero me atrevo á protestar á los reales pies de V. M. que jamas vasallo ha deseado con tantas veras merecer al menos la indulgencia de su señor natural. — Las obras acreditarán ese celo. Quiero olvidar lo pasado; pero don Rodrigo, vuestra cabeza me responde del buen éxito de este negocio, y de que no transpire en el público una sola palabra de él.

Pronunció el rey estas palabras con severidad, pero en la apariéncia con la

misma calma que si hablase del asunto mas indiferente: la única señal de agitación que se le descubria era un ligero movimiento de contraccion en los músculos de la fisonomía. Don Rodrigo no estaba tan tranquilo, pues persuadido de que el rey sabria cumplir la promesa con la mas escrupulosa exactitud, se daba ya por muerto.

En tal estado se hallaban, cuando sonando las doce del dia en el reloj del monasterio, Felipe, aunque no sin trabajo, se hincó de rodillas delante de un crucifijo de oro que tenia sobre la mesa; y sacando un magnífico rosario, se puso á rezar devotamente tres Ave Marías; acto en que, no solo arrodillado sino encorvado de manera que casi besaba el suelo, le acompañó el asustado alcalde. Concluidas las oraciones y persignado el rey, volvió á ocupar su asiento, y ya en él, dijo: — Buenas tardes, don Rodrigo. — Dios se las dé á V. M. tan felices como su ejemplar piedad y altas virtudes merecen, contestó Santillana. — Alabemos al

rey de los reyes, alcalde: él solo está exento de imperfecciones; los demas, todos habemos menester su misericordia. — Y los humildes vasallos de V. M. la esperan igualmente de su imágen en la tierra. — Bien está. Volvamos á la comenzada plática: el hombre que sabeis, se mueve ahora mas que nunca, ignoramos por qué, y es preciso saberlo. Esto os toca á vos el averiguarlo: al menor indicio de lo que os tengo prevenido de antemano ya sabeis cuál ha de ser su suerte ó la vuestra. — Señor, hasta donde yo alcance... — Es preciso alcanzarlo todo, todo sin escepcion. ¿Me entendeis, don Rodrigo? — Sí señor. — Retiraos, pues. Mi secretario os dará los informes que hemos adquirido; y esta debe ser la última vez que yo tenga que ser el servidor de mis vasallos.

Diciendo asi, tendió la mano á don Rodrigo, quien la besó humildemente; y marchando despues con paso atras, para no volver al rey la espalda, hasta la puerta de la cámara, salió de palacio tan

aterrado como ufano y glorioso habia entrado en él pocos minutos antes. No hay cosa como ser vasallo de un rey absoluto para dar gracias á Dios cada dia de hallarse con la cabeza sobre los hombros.

Pero aun no habia acabado don Rodrigo de conocer la corte. Si el rey le habia amenazado, su secretario, con mas orgullo, con mas dureza aun, le dijo: "que era indigno de la magistratura que ejercia; que solo la estremada piedad de S. M. era causa de que no se castigase ejemplarmente su negligencia; pero que tuviese entendido que si en lo sucesivo no mostraba mas acierto en la delicada comision puesta á su cargo, podria darse por muy dichoso si escapaba con vida."

Jamas hubo proceder tan injusto por una parte, ni tan poco merecido por otra. Don Rodrigo, humilde esclavo del rey y de su propia ambicion, se hallaba dispuesto á ejecutar sin reparo, con refinamiento, cuantas crueldades le pluguiese á Felipe encomendarle, y mas aun si creia que de ello habia de resultarle el

menor provecho. Asi, pues, desde que la corte de Madrid puso á su cargo el asunto de que se trataba, no habia cesado de trabajar en él con extraordinario ahinco; pero las personas á quienes se queria sacrificar habian tenido maña suficiente para eludir todo género de pesquisas por parte del alcalde.

La desgracia de este consistió en que Felipe, receloso, como todo tirano, desconfiaba de sus agentes, juzgando al género humano por su corazon. De aqui resultaba que cuando por no serle posible hacerlo todo por sí confiaba una mision á cualquiera de sus esclavos, al mismo tiempo encargaba á otros espiasen su conducta; y en muchas ocasiones á la orden que elevaba á un sugeto, seguia inmediatamente la que le sumia en una mazmorra, ó tal vez le llevaba al cadalso.

Como el asunto confiado á don Rodrigo era á los ojos del rey de la mas alta importancia, varios agentes subalternos fueron comisionados para inquirir noticias sobre él; y de las que todos ellos die-

ron sacó Felipe en consecuencia, con su sagacidad característica, que á pesar de lo que aseguraba Santillana, habia en el negocio mas de lo que se dejaba ver.

Mal lo pasara el pobre don Rodrigo si dos razones no hubieran militado en su favor. La primera, que el rey sabia el celo que en su comision habia mostrado; pero esta era de poca importancia. Un déspota no agradece; los hombres en sus manos son como los instrumentos en las del artista. ¿Qué importa que sean de buena calidad? Cuando no sirven para el objeto que en el momento les ocupa los arrojan lejos de sí con desprecio.

La segunda causa fue la que decidió á Felipe: el sigilo era para él en todo asunto la mas necesaria de las circunstancias, y mas particularmente en aquel: no quiso, pues, confiar á otro juez su secreto; y reservándose castigar en tiempo y lugar el desacierto de los primeros pasos de don Rodrigo, resolvió sin embargo que completase la obra.

No es facil pintar la terrible impre-

sion que las amenazas del rey y los insultos de su ministro hicieron en el mismo don Rodrigo. Al retirarse á su posada se sintió acometido de una violenta calentura que, á poco de haberse metido en la cama, se desplegó con los síntomas mas alarmantes y un delirio espantoso.

Lo peor del caso fue, que llamaron á un médico de los mas célebres, y por consiguiente tambien de los mas endurecidos en su carnicera profesion, quien empezó prohibiendo que se diese al enfermo, aquejado por una sed abrasadora, ni una sola gota de agua. No contento con esto, y á pesar de que por todos los síntomas se conocia evidentemente que la enfermedad de don Rodrigo era una inflamacion cerebral, le atestó el cuerpo de quina, logrando ponerlo en tres dias á las puertas del sepulcro. Entonces, dando por acabada su obra, se retiró, dejando al paciente en poder de un robusto fraile gerónimo, que tan desapiadado como el doctor, daba libre curso á una voz estentórea, pintando con cruel prolijidad todos los hor-

rores del infierno y la furia de Lucifer.

Quiso sin embargo la buena suerte de don Rodrigo que en la cuarta noche de su enfermedad, en un momento en que el monge, cansado de gritar todo el día, se retiró de su estancia, conmovido por sus ruegos el criado que le velaba, y no queriendo negarle lo que pedía á un hombre que de todos modos iba á morir, le dió un gran jarro de agua, que el enfermo apuró sin dejar gota: repitieron estas libaciones toda la noche, y á la mañana siguiente era ya notable la mejoría. En una palabra, despedidos agonizante y médico, logró el alcalde restablecer su salud, y hallarse en quince días en disposición de regresar á su destino, como en efecto lo hizo, despues de haber hecho constar al gobierno que su enfermedad no se lo habia permitido.

No dejó Santillana de estrañar el no haber tenido la menor noticia del marqués ni de su capellan; y habiendo preguntado por ellos á un amigo, le dijo éste “que ambos habian desaparecido de

la corte dos dias despues de haber llegado á ella, sin haber tenido siquiera la atención de despedirse de las personas que los habian visitado.” Pero el alcalde estaba harto preocupado con sus propios asuntos para pensar en los ajenos: así, pues, cesó de ocuparse en el marqués tan luego como se terminó la respuesta de su amigo, y se puso en camino sin mas cuidado que el de convalecer pronto y salir del encargo del rey, ya que no lleno de honores como un tiempo pensó, al menos sin un dogal al cuello.



CAPITULO IV.

No; aunque en medio
 De esta vil mchedumbre apareciera
 Del gran Pelayo el animoso aliento,
 En vano á libertad los llamaria;
 Ya nadie le escuchara.

(*Quintana: Pelayo.*)

Salió Vargas del locutorio contristado á pesar de los esfuerzos que para serenar á Inés y serenarse él mismo habia hecho. Facilmente sentimos como la persona amada; y yo no sé qué tiene el pesar, que nos domina con mucha mas facilidad que la alegría. Sin embargo, le fue preciso á nuestro caballero atender á los negocios de Espinosa y á los suyos particulares.

Es preciso advertir que don Juan no dependia enteramente del marqués. El padre de ambos fue un caballero económico, y que amando tiernamente á sus hijos, cuidó de asegurar una legítima bastante considerable al menor de ellos.

Asi don Juan pudo reunir, sin tocar á los bienes del marqués, una suma de dinero suficiente á asegurarle una decente subsistencia en caso de que un reves de de la suerte le obligara á espatriarse. Arreglado este primer punto, puso en orden los negocios de su hermano, cuyos bienes administraba, segun ya se ha dicho.

En una entrevista con el doctor Serano recibió de nuevo la seguridad de que aquella noche, cuando entregase la real garantía al consistorio, se pondria en sus manos la cantidad estipulada, y de que los veinte hombres armados estarian prontos para la mañana siguiente.

Asi se pasó aquel día, y llegó la hora de la cita con Gabriel: don Juan acudió á ella con su acostumbrada puntualidad; pero esperó en vano hasta pasada la media noche.

Si Vargas estaba descontento con tan inesperada falta, no lo estaba menos el consistorio protestante, que en sesion permanente aguardaba al señor duque de Madrigal con una impaciencia poco evan-

gética á la verdad, pero muy natural en aquella circunstancia.

Gabriel de Espinosa, que mudaba de posada con frecuencia, jamas dijo á don Juan dónde vivia, ni éste se acordó de preguntárselo; sintiolo entonces infinito, pero la cosa no tenia remedio. Cuatro horas de esperar inútilmente le parecieron prueba bastante y sobrada de que don Sebastian no queria ó no podia acudir á la cita. Trasadóse, pues, Vargas al lugar de la reunion de los protestantes, y asi que éstos le vieron entrar hubo en la asamblea un movimiento general de satisfaccion.

El doctor Serrano, que la presidia, y que con una biblia abierta delante de sí tenia tal vez intencion de leer en ella, pero estaba de dos horas á aquella parte con los ojos clavados en la puerta, dejó escapar un profundo suspiro, y detras de él un "gracias á Dios" tan sentido, que se conoció que le salia de lo íntimo del corazon.

A esta exclamacion del presidente, un

matemático que, con la vista fija en el suelo y el entendimiento ocupado en la teoría de las paralelas, era acaso el único de los presentes á quien el tiempo no se hizo largo, preguntó: "¿Qué es eso? ¿se resolvió ya el problema?" Miróle con cierto aire de compasion un mercader que estaba á su lado, y los restantes miembros de la asamblea, atendiendo solo á don Juan, no le hicieron caso ninguno.

Despues de saludar en general, y de haber tomado asiento al lado del presidente, tomó Vargas la palabra diciendo:

—Tengo el disgusto, señores, de anunciaros que S. M. no se ha presentado en el parage en que tuvo á bien mandarme le esperase. — Se eliminó, murmuró entre dientes el matemático. — ¿Y vucelencia, señor duque, no podrá informarnos de la causa de la falta de puntualidad de S. M.? dijo el presidente. — Me es absolutamente desconocida, señores; y os aseguro que conociendo, como conozeo, la escrupulosa exactitud del rey, no dejo de estar con bastante cuidado. — En este

caso, exclamó uno de los mercaderes, debemos retirar nuestros fondos, porque sin la garantía... — No se os piden tampoco. Pero no debeis olvidar que la causa de don Sebastian y la vuestra son una misma, replicó Vargas. — Sin la garantía, dijo el presidente, no hay pacto. — Doctor Serrano, S. M. ha empeñado la real palabra de conder esa garantía, y no le hareis la injusticia de creer que sea capaz de faltar á ella. Pero si un accidente, cuya sola idea me llena de amargura, hubiera impedido al rey entregarla hoy, y le impidiera entregarla en algunos dias, ¿sería justo por eso que sus auxiliares le abandonasen? — Los cristianos reformados de España cumplirán religiosamente el pacto hecho con S. M. el rey don Sebastian, pero no darán un solo paso en su favor sin tener en su poder el documento que han pedido. ¿Quién nos asegura de que don Sebastian, cediendo tal vez á las insinuaciones de algunos de sus consejeros, no trata de eludir su promesa? — ¡Quién!... La palabra de un rey,

mas sagrada que cuantas escrituras pueden hacerse. — Los reyes, interrumpió un mercader, faltan á sus palabras siempre que les conviene. — Verdad demostrada, añadió el matemático, como la proposicion del cuadrado de la hipotenusa. — ¿Qué quiere decir esto, señores? ¿Es bastante que S. M. no haya acudido esta noche al parage convenido, para que el consistorio dude de su buena fé hasta el punto de revocar sus propias resoluciones, en virtud de las cuales está obligado á prestarle su auxilio? — Al contrario, contestó el presidente: el consistorio no hace mas que persistir en su primer acuerdo. El dinero y los soldados estan á disposicion de S. M. tan luego como se digne entregar la garantía. — Soy de opinion, dijo otro miembro de la asamblea, de que se fije á don Sebastian un plazo improrogable para verificarlo. Estas interminables dilaciones pueden conducirnos á la hoguera: si el rey de Portugal no nos ha menester, nosotros buscaremos otro protector, mas en estado de prote-

germos tal vez; pero si ha de hacer uso de nuestros brazos y dinero, acabe de decidirse. — Que se fije el plazo, que se fije, dijeron á coro todos los individuos del consistorio; y el presidente preguntó que cuál sería el que señalase. — Mañana, contestó el que habia hecho la proposicion. — La manera con que el consistorio se conduce con el rey es, señores, inconcebible, dijo don Juan, á quien la ira iba dominando. Sin embargo, yo tomo sobre mí aceptar esta nueva condicion, harto degradante para S. M.; pero fijar el plazo á mañana, cuando aun ignoramos el motivo de la falta del rey esta noche, me parece el colmo de la inconsideracion. — Señor duque, le contestó el doctor Serrano, el consistorio está pronto á dar á vuecelencia pruebas de los deseos que tiene de servir á S. M., y la primera será prolongar hasta el cuarto dia, contado desde hoy, el plazo propuesto. Pasado éste cesa toda obligacion entre don Sebastian y nosotros.

No replicó ya mas Vargas, por cono-

cer que de hacerlo hubiera sido de un modo poco conveniente para conciliar los ánimos, y saludando en silencio al consistorio, salió de aquel parage y se retiró muy de mal humor á su casa.

Por la mañana fue al convento y preguntó por doña María de Castro; le dijeron que aun estaba en cama, que volviese mas tarde. Hízolo asi en efecto, y la primera pregunta que Inés le hizo fue preguntarle por qué razon Gabriel de Espinosa no habia ido á buscarla, segun habia anunciado, para llevarla á Madrigal. Toda la noche, concluyó, la he pasado en vela haciendo los preparativos del viaje, y ya mucho despues de amanecer, viendo que nadie parecia, me he arrojado sobre la cama. — No sé, Inés, qué decirnos, contestó Vargas. Desde que nos separamos ayer no he visto á vuestro cuñado. — ¿Pues no debiais verlo por la noche? Yo he soñado, ó vos me lo dijisteis. — Lo dije en efecto, y asi era la verdad. Citóme al Campo Grande á las ocho: yo le esperé hasta las doce, pero

en vano. — ¡Dios de bondad! Mi funesto presentimiento se ha realizado. — Inés, no hay aun motivo de afligros. Una leve indisposicion, haberse tal vez dormido, ó un asunto de mayor importancia que se atravesase, es bastante para haberle impedido asistir á la cita. — ¡Ah, don Juan, qué ingenioso sois para lisonjear mis deseos! — Tranquilizaos, señora: vuestro dolor, sin remediar nada, solo conseguirá hacerme incapaz de pensar en otra cosa que en consolaros. ¿Sabeis por ventura dónde vive Gabriel? — No, Vargas. — Ni yo tampoco, y esto es lo peor del caso. Si desgraciadamente vuestro cuñado está enfermo y su enfermedad se prolonga mas de cuatro dias, pueden seguirse gravísimos perjuicios. Por otra parte, esta incertidumbre en que estamos es verdaderamente intolerable.

De aqui ambos amantes se metieron en una conversacion sobre el asunto que, aunque muy larga, se redujo en extracto á repetir de mil distintas maneras los mismos temores que llevamos referidos.

La situacion de Vargas era penosa hasta no mas. No sabia qué hacer, ni adónde acudir para informarse de Gabriel de Espinosa. El doctor Serrano le acosaba; y á los temores que no dejaba de tener por su propia seguridad, se añadía el que sentía por su partido.

Un solo dia faltaba para cumplirse el plazo señalado por el consistorio de los protestantes para la presentacion de la garantía, y don Juan se disponia á salir de su casa para ir al convento de Inés, y no sin harto disgusto de no haber adquirido noticia alguna con que tranquilizar á su amada, cuando le anunciaron la visita de don Rodrigo de Santillana.

— ¡Pese al alma del alcalde, exclamó Vargas, y á qué buena hora viene el señor mio! Decidle que no estoy en casa. — El mayordomo le habia dicho ya que su señoría no habia salido, contestó el lacayo. — ¡Maldito hablador! Sino hay otro remedio, que éntre. Asi se hizo, y don Rodrigo, todavía muy desmejorado con su enfermedad, echó los brazos al cuello del

hermano del marqués, quien estuvo por ahogarle en ellos; tal era su enojo en aquel momento.

Sentados ambos, el alcalde dijo, "que hacia cuatro dias que habia regresado del Escorial á Valladolid; pero que tanto por su enfermedad quanto por negocios que le habian ocurrido, habia retardado una visita para él tan agradable comò obligatoria."

Don Juan contestó á este cumplimiento con otro equivalente, y preguntó por su hermano. Estuvo don Rodrigo por decirle que iba él mismo á hacerle igual pregunta; pero reflexionando instantáneamente que tal vez el marqués tendria sus razones para ocultar á su hermano su repentina salida de la corte, y no siendo hombre que con nadie queria indisponerse, se contentó con responder, "que la última vez que habia tenido la honra de ver al señor marqués gozaba éste de perfecta salud;" en lo cual ni mentia, ni se esponia á decir mas de lo que debiera.

Su visita fue breve, y don Juan le

vió con indecible placer ponerse en pie para retirarse; pero el alcalde, que no sospechaba la mala obra que hacia, no quiso dejar de disculparse de no permanecer mas tiempo acompañando á su apreciadísimo amigo.

— Me es fuerza, dijo, señor don Juan, separarme de vos mas pronto de lo que yo quisiera. Verdaderamente somos dignos de compasion los jueces á quienes el rey nuestro señor y amo tiene encomendada su justicia. Ahora, por ejemplo, tengo que dejaros á vos, á quien estimo mas allá de toda comparacion (don Juan hizo una cortesía), ¿y para qué? Para ir á conversar con un solemne ladron, cuya garganta está pidiendo un dogal á toda prisa. Y ahora que me acuerdo, tal vez le habreis visto alguna vez, si es cierto lo que dicen de que ejerce el oficio de pastelero en Madrigal.

Por fortuna para Vargas, esta conversacion tuvo lugar mientras el alcalde se retiraba ya: don Juan, por cortesía, quiso acompañarlo hasta su coche, y ca-

minaba en pos de él: gracias á esta circunstancia no advirtió Santillana la extraordinaria turbacion del hermano del marqués, á quien oyendo tan infausta nueva le pareció que el cielo entero se desplomaba sobre su cabeza.

— A propósito de Madrigal, continuó don Rodrigo: supongo que habreis seguido mi consejo no volviendo mas á ver al vicario de Santa María. El tal fraile no está en muy buen predicamento con S. M., y como amigo me hubiera pesado que os confundiesen con él. No paseis mas adelante, señor don Juan. ¿Qué es eso? ¿os sentís indispuerto? — No sé qué me ha dado: un vahido tal vez. — Retiraos, pues, y cuidad de una salud tan preciosa para cuantos tienen la dicha de conoceros. Yo volveré mañana á informaros de vuestro estado; y si quereis, ahora de paso llamaré al médico. — No hay necesidad, don Rodrigo: yo os doy las gracias por vuestra fineza. — Esta es deuda, don Juan. Vuestro servidor: quedad con Dios. — Él os acompañe.

“Dos mil demonios carguen contigo, exclamó Vargas ya en su gabinete, que me has clavado el puñal en el corazon hasta el cabo.”

No será necesario encarecer cuál sería la pena de don Juan. Preso el rey de Portugal, aunque segun el alcalde se le acusaba de robo, delito de que le sería facil justificarse, podia sin embargo ser descubierto, y entonces su muerte era segura. Si por desgracia le sorprendian con algunos papeles relativos á la conjuracion, la pérdida de centenares de individuos y la del mismo don Juan era infalible.

Huir de España inmediatamente hubiera sido lo que á cualquiera otro hombre le ocurriera, pero no al amante de Inés. La adversidad hacia en él el mismo efecto que el fuego en la arcilla: al paso que la llama destruye á los demas cuerpos, los arcillosos en ella se contraen, se hacen mas compactos y resistentes.

“No abandonaré yo al desgraciado don Sebastian, dijo para sí. Sea cualquiera su suerte, la misma será la mia.”

Tomada esta resolucion, don Juan hubiera sido hombre de ejecutarla temerariamente si una reflexion aterradora no le hubiese detenido; Inés. ¿Qué sería de Inés muerto su cuñado y su amante? So- la, sin amparo y en pais extraño, pros- cripta tal vez hasta en el suyo, la mas espantosa miseria era el menor de los ma- les que tenia que temer.

Pensó don Juan volverse loco, y real- mente no le faltaban motivos para ello.

Lo que en el momento le atormenta- ba mas era tener que ser él mismo quien anunciase tan tristes nuevas á su amada. Sin embargo, por mas grande que fuese su repugnancia, hubo de decidirse á ello; y tomó en efecto el camino del convento, no con aquel afan amoroso que otras ve- ces, sino con el trastorno general, con el desaliento profundo con que un delin- cuente marcha al suplicio.

No necesitó Inés mas que ver el des- encajado rostro y el aire de consternacion de su amante para presagiar algun funes- to acontecimiento. Vargas no hablaba, y

su futura esposa no se atrevia á pregun- tarle temblando su respuesta; pero co- menzó á llorar tan amargamente, que viendo don Juan que la verdad no podria causarle mayor disgusto que el que con la incertidumbre tenia, puso en su co- nocimiento lo acaecido con cuanta brevedad y dulzura alcanzó á hacerlo.

Para formarse una idea de la afliccion de Inés, es preciso recordar que don Se- bastian, ademas de ser un hombre cruel- mente perseguido por la fortuna, era el esposo de su hermana querida, el padre de Clarita, á quien habia tenido en sus brazos desde que nació, y el rey, en fin, por quien su padre habia sacrificado la vida.

Hay ocasiones en que el querer con- solarnos es el mas cruel de los tormentos imaginables. Don Juan conoció que se hallaba precisamente en uno de ellos: de- jó desahogar libremente su dolor á Inés, lloro con ella, y con esto proporcionó al- gun alivio á su dolor.

Pasados los primeros arrebatos de és-

te, y cuando ya la bella morena fue capaz de reflexion, no se le ocultaron las funestas consecuencias que aquellos sucesos podrian tener para su amante, y le aconsejó que huyera sin demora.

“Inés, dijo Vargas, he jurado, no una sino mil veces, vivir y morir con vos: para mí no ha habido dificultades ni peligros: todo lo he despreciado para llegar á ser vuestro esposo. Ahora que he obtenido vuestro consentimiento y el del rey, ¿quereis que huya?... No, Inés, no: muera yo antes mil veces que separarme de vos.”

¿A qué cansarnos? Aquella triste conferencia se pasó entre lágrimas, protestas de amor, y proyectos para saber la manera con que Gabriel habria sido preso.

Don Juan salió del locutorio para ir á buscar al doctor Serrano, y su amada se encargó de escribir á fray Miguel.



CAPITULO V.

Ese es golpe de fortuna,
Farfan, que vos no entendeis.

(Sancho Ortiz de las Roelas.)

Gabriel de Espinosa, ó don Sebastian, como mejor se quiera, en medio de mil cualidades eminentes, tuvo siempre una propension á la especie de mugeres que, en oprobio de su sexo, abundan y han abundado siempre demasiado en todos paises, que en fin le fue funesta.

A escepcion de la temporada de sus amores y matrimonio con Clara, por donde quiera que viajó contrajo relaciones con mozueltas despreciables. Verdad es que las trataba como merecian. Jamas les confió ni su nombre, ni aun el que llevaba entonces. Veíalas por momentos, pagaba generosamente, y las miraba con el desprecio á que eran acreedoras.

Ya hemos dicho que en Valladolid

encontró á Violante, á quien en su primer viaje á Italia, antes de unirse á la hermana de Inés, conoció con el nombre de Camila.

Visitóla de cuando en cuando, y no hubo visita en que no diese muestra de su acostumbrada liberalidad, prenda que contribuyó no poco á consolar á la cortesana del contratiempo de haber encontrado con un hombre que la conocia.

Sin embargo, siempre conservaba Violante el deseo de deshacerse de aquel hombre á cualquier precio que fuese, y la casualidad le ofreció uno digno de ella por lo inicuo.

El mismo dia para cuya noche citó el pastelero á don Juan en el Campo Grande, quiso su mala ventura que se le cayese del bolsillo en casa de aquella muger despreciable un retrato de Felipe II que la señora doña Ana de Austria le habia regalado.

No lo advirtió Gabriel; pero sí Violante, y su primera idea fue la de apropiarse sin escrúpulo aquella alhaja, cuyo

valor se echaba desde luego de ver que era considerable.

Pero el diablo moderó entonces su avaricia para inspirarle otro proyecto verdaderamente infernal.

“Esta alhaja, dijo para sí, vale mucho para ser de este hombre. Él por otra parte vive con un misterio que nada bueno anuncia. No me ha querido decir su nombre, ni dónde vive; y si yo sé esto último, es porque le he hecho seguir por mi criado. Voy, pues, á delatarlo como sospechoso en virtud de este retrato, y así salgo de él.”

Despues de este soliloquio tomó su mantilla y rosario, y se fue derecha á casa del alcalde de su cuartel, que lo era don Rodrigo de Santillana, quien el dia antes acababa de llegar á Valladolid.

Violante, al enterarle de lo ocurrido presentándole la joya, tuvo buen cuidado de no decirle el motivo de las visitas que le hacia el sugeto á quien acusaba; y habiendo indicado la casa en que posaba Gabriel, se retiró, no sin requebrarla el

juez, que tampoco era insensible á los encantos del bello sexo.

Don Rodrigo hubiera dado poca importancia á la delacion si la prenda, que se suponía robada, no fuera el retrato del rey, cuyas severas palabras resonaban aun en sus oídos. La guarnicion de la pintura era ademas de tal naturaleza, que era de presumir perteneciese á un personage de la mas elevada categoría, y servir á un personage era siempre para don Rodrigo cosa urgente.

Tomó, pues, sus medidas de manera que, media hora despues de recibido el aviso, la posada de Gabriel, que era una de las secretas de la calle de la Esgueba, estaba rodeada de esbirros en todas direcciones.

Gabriel á la oracion se retiró á su casa con objeto de escribir á fray Miguel.

Apenas anocheció, don Rodrigo con toda su ronda entró en la posada, é imponiendo silencio á cuantos encontró, sin obstáculo alguno logró sorprender al pas-telero, que, habiendo concluido de escri-

bir, se habia arrojado sobre el lecho para hacer tiempo hasta la hora de ir al Campo Grande.

Hallóse en defecto por esta vez la prevision de Espinosa. El alcalde lo halló sin jubon ni otro vestido que una camisa de fina holanda, con cuello y vueltas de cadeneta pegados á ella, y unos calzones tambien de la misma tela.

Dos alguaciles que entraron los primeros en su estancia le intimaron, apuntándole con sus mosquetes, que no se menease, y así lo hizo, por no ser ya posible en su estancia.

Don Rodrigo procedió en seguida al registro de su maleta, y halló en ella varias y muy ricas joyas, que segun aparece del inventario entonces formado, eran las siguientes:

Primeramente: un vaso de unicornio guarnecido en oro.

It. Un librillo de oro con algunos diamantes. Este fue regalo de la señora infanta doña Isabel á la señora doña Ana de Austria.

It. Un anillo de oro con un diamante grande en fondo finísimo.

It. Unas muy ricas imágenes para la cabecera de la cama.

It. Una piedra Besar muy grande engastada en oro.

Por último; un reloj de oro con diamantes para el pecho, y algunas otras cosillas de valor. (1)

En tanto que se inventariaban estas alhajas, Gabriel acababa de vestirse, y en seguida don Rodrigo le preguntó:

— ¿Quién sois? ¿cómo os llamais? — Mi oficio es el de pastelero en la villa de Madrigal; llámome Gabriel de Espinosa. — ¿Y por qué mudásteis de posada hace dos días? — Era la huéspeda muy puerca, y gústame la limpieza. — Mucho escrúpulo es ese para un pastelero, hermano. — Antes por serlo es menester reparar mas en la limpieza. — ¿De dónde os

(1) Copia literal del inventario formado en el mismo acto de la prision de Gabriel de Espinosa por don Rodrigo Santillana, á fines de setiembre de 1595.

vinieron á vos tantas y tan ricas joyas? Seguramente habreis tenido buen despacho si haciendo pasteles ganásteis para comprarlas. — Esas joyas, señor alcalde, bien conocerá usted que no pueden pertenecer á un hombre bajo. Diómelas la señora doña Ana de Austria, monja del monasterio de Santa María la Real en la villa de Madrigal, para vendérselas en esta ciudad, y á eso solo he venido á ella. — Para hombre bajo, como vos decis, el lienzo que gastais me parece un tantico fino demas. — ¿Las carnes de un pastelero no pueden ser tan blandas y delicadas como las de un príncipe? — Muy retórico sois, hermano pastelero: acabad de una vez de decirnos quién sois. — Ya, señor alcalde, lo tengo dicho. — No quisiera que tuviéramos que ponerlos en cueros para ver con nuestros ojos la blancura de esas carnes tan bien cuidadas, ni que acudir á un par de vueltas de cuerda para probar su delicadeza. — Yo conozco á usted, y sé que es un honrado caballero que no me hará ese agravio,

respondió Espinosa á la atroz alusion de don Rodrigo, con tanto desembarazo é ironía, como sino fuera á su propio cuerpo al que se amenazaba con el tormento.

Conoció el alcalde que por entonces era inútil insistir en saber mas de aquel hombre, y mandó que lo atasen para llevarlo á la cárcel. A esta orden la fisonomía de Gabriel dejó ver señales de una violenta cólera; pero acertando á contentarse, se contentó con decir gravemente al juez: — Mire lo que hace, y cómo trata á los hombres honrados, que ni á él ni á los demas los ha puesto aqui el rey para hacer agravio á los forasteros. — Si vos lo fuereis allá parecerá, y os trataremos como á tal. Por ahora por pastelero os habeis vendido, y asi se os lleva y trata, respondió Santillana; y á una seña suya, arrojándose los alguaciles sobre Espinosa, lo maniataron mal de su grado.

En seguida lo condujeron á la cárcel de la chancillería, donde lo metieron en un calabozo, poniéndole un buen par de grillos.

El trage, la manera de hablar, y el aire imponente de Espinosa, hicieron su acostumbrado efecto en Santillana. Pero si bien el alcalde se persuadió de que aquel hombre no podia ser realmente pastelero, se limitó tambien á creerle uno de los muchos caballeros de la garra ó de la industria de que entonces abundaban en España.

Esta creencia hubo de costarle el no descubrir jamas quién fuese Espinosa.

Lo primero que hizo don Rodrigo fue despachar un correo á Madrigal, preguntando á la señora doña Ana si en efecto era verdad que hubiese dado á vender á un pastelero varias de sus joyas.

Antes de referir la respuesta de esta señora nos es forzoso volver á la época en que don Sebastian se dió á conocer en Madrigal al vicario de Santa María.

La escena de la iglesia de que don Juan fue testigo, y hubo de ser víctima, no dejó duda á fray Miguel de que su monarca vivía y estaba en Madrigal, y la primera persona á quien comunicó tan faus-

ta nueva fue á la señora doña Ana.

Pocos dias despues Gabriel de Espinosa fue presentado á su augusta prima. Al principio rehusó cubrirse ni tomar asiento en su presencia, queriendo negar quién era; pero á fuerza de ruegos de doña Ana, quien le reconvinó tiernamente por no haberla visitado antes, acabó por declarar su nombre.

La religiosa no podia tolerar la idea de que un monarca viviese ejerciendo un oficio despreciable, y asi trató de que don Sebastian lo dejase inmediatamente, ofreciendo para sustentarlo cuantas joyas poseía.

Pero no fue posible hacerle admitir la menor cosa. Insistió en que el oficio servia para encubrirle mejor, y las cosas quedaron en el mismo pie que antes.

Entonces principió la conjuracion para recuperar el trono de Portugal, próxima á estallar cuando Espinosa fue preso.

Cuando el pastelero salió de Madrigal para Valladolid, doña Ana, auxiliada por su vicario, introdujo en su male-

ta, sin saberlo él, las joyas que tan fúnestas le fueron, y que el interesado no supo tenia en su poder hasta que llegó á su destino. Sobre esto escribió á la señora doña Ana una carta reconviéndola por su ardid, espresándose en los términos mas delicados sobre su repugnancia en admitir los dones de una princesa reclusa, y amenazando de que por la primera ocasion devolveria las joyas. Pero tanto la hija de don Juan de Austria como fray Miguel, contestaron insistiendo con mas fuerza que nunca sobre la necesidad de que se vendiesen aquellas alhajas para aplicar su importe á los gastos de la guerra, que don Sebastian no quiso disgustarlos por entonces, y resolvió conservarlas en su poder para devolverlas en su tiempo y lugar.

En este estado se hallaban las cosas, cuando el correo del alcalde llenó el convento de consternacion. Fray Miguel, avisado inmediatamente, acudió al locutorio, y en él halló á la señora doña Ana llorando amargamente con la niña Clarita,

que habia querido absolutamente conservar en su poder en los brazos.

“¿Qué tiene V. E., señora? exclamó el buen fraile alarmado.” Doña Ana por respuesta le alargó el despacho de don Rodrigo Santillana. Fray Miguel lo leyó de la cruz á la fecha no sin alguna alteracion, y al devolvérselo á la religiosa dijo con bastante serenidad: “Este, señora, es un contratiempo, pero no tan grave como á V. E. le parece, si puedo atreverme á juzgar por sus lágrimas. Lo que hay que hacer es, que V. E. escriba sin pérdida de tiempo á ese alcalde que es en efecto cierto que ha dado á vender sus joyas al pastelero, y que le ponga sin demora en libertad. El testimonio de V. E. bastará sin duda para conseguirlo, y saldremos de este lance sin otro mal que el del susto.”

No se hizo la señora doña Ana repetir dos veces este consejo, sinó que inmediatamente escribió á don Rodrigo, usando de todo el ascendiente que la concedía su ilustre nacimiento pa-

ra obtener la libertad del preso.

No perdió tampoco fray Miguel el tiempo. Trasladóse inmediatamente á la pastelería, cuyas llaves estaban en su poder, y sacó de ella un escritorio que contenia toda la correspondencia del rey y de él mismo con los conjurados. El fuego destruyó todos aquellos papeles y cuantos relativos al mismo asunto pudo el vicario haber á las manos. El dia antes de la prision de Gabriel le habia fray Miguel enviado al mulato Domingo con una carta; pero ésta no le inspiraba inquietud ninguna, pues habian convenido en que cuantas recibiese las destruiria inmediatamente despues de leidas.

Domingo era fiel, callado y obediente; pero tenia un vicio que le dominaba, y era el de la embriaguez.

Salió de Madrigal, y en el primer ventorrillo que encontró le pareció oportuno hacer un sacrificio á Baco. Por desgracia era el vino bueno, y las libaciones del mulato fueron tantas y tales, que al cabo de dos horas de estancia en el ventor-

rillo se halló incapaz de dar un solo paso, y comenzó á decir un sin número de disparates, que divirtieron mucho á los que alli estaban.

Uno de los infinitos bufones de taberna, que borrachos de profesion en nada se complacen tanto como en que lo sean tambien cuantos se les acercan, tomó á su cargo *rematar*, como ellos dicen, al mulato, y para conseguirlo acudió al aguardiente.

Con esto se completó la obra del embrutecimiento de Domingo, quien cayó inerte como un tronco debajo de la mesa del ventorrillo.

Largo tiempo hacia que éste estaba desierto, y el mulato no daba señal de vida. Pero el ventero, familiarizado con tales accidentes, cerró su puerta á la hora de costumbre, y se echó á dormir muy tranquilo.

Al amanecer del siguiente dia despertó Domingo, y tratando de levantarse para proseguir su camino, al primer paso cayó redondo al suelo.

La gran cantidad de vino y de aguardiente que habia bebido le causó una abrasadora calentura, que en dos dias no le permitió moverse del durísimo lecho que en la venta le dispusieron. Al tercero salio, en fin, para Valladolid, y llegó á la posada en que se le dijo encontraria á su amo.

A la puerta de ella, y sentados en un banco, habia dos hombres de mala traza y peor cara que parecian entretenidos en jugar á la morra. Cañales unos sucios y desmesurados bigotes sobre el labio inferior, que casi ocultaban, y sus puntas retorcidas sobre las megillas les prestaban el aire de dos gatos monteses. Cada uno llevaba su espada de longitud desmesurada, y las empuñaduras eran de hierro mohoso con grandes gavilanes.

Aquellos dos señores eran dos alguaciles.

Domingo, despues de haber examinado con atencion las señas de la casa, y reconocido que convenian en todas sus partes con las que á él le dió fray Miguel,

entró en ella sin curarse de los corchetes ni decirles palabra.

Los ministros de justicia no le dieron á él tan poca importancia, pues inmediatamente uno de ellos, levantándose de su asiento, se metió en seguimiento suyo en la posada, pero con tanto silencio, con pasos tan cautelosos, que Domingo no advirtió en la honra que le hacían.

— ¿Gabriel de Espinosa, vive aquí? preguntó el mulato á la primera persona que se le presentó delante. — Ha mudado de posada, contestó el alguacil que estaba á su espalda, asiéndole al mismo tiempo la garganta con ambas manos y dando un silbido para llamar á su compañero. Ha mudado de posada, continuó diciendo, porque esta no le parecia bastante decente para su merced, y S. M. le hospeda ahora en su casa para mas honrarle. — Y este hidalgo de Guinea, añadió el segundo alguacil, que ya habia llegado, nos hará el gusto de venir á acompañarle.

Durante este ameno diálogo, el po-

bre Domingo, medio sofocado por la presión de las manos del robusto ministro sobre su garganta, renegaba de sus piernas, que á tal posada le habian llevado.

Los alguaciles le pusieron en las muñecas unos anillos, vulgarmente conocidos con nombre de esposas, y uno de ellos le condujo sin demora á casa del señor don Rodrigo Santillana, visita harto penosa para la natural humildad del mulato.

El alcalde, despues de haber oido la relacion de su ministro, le preguntó cómo se llamaba. — Domingo, contestó el preso. — El apellido. — Domingo. — ¡Hola! ¿y Domingo á secas? — Domingo. — Sea en buen hora. ¿Buscabais, segun parece, á Gabriel de Espinosa? — Yo no busco á nadie. — ¿Pues á qué fuísteis á la posada? — A nada. — ¿Y de dónde venís? — De mi casa. — ¿Dónde está vuestra casa? — No sé. — ¡Bribon! veremos si á caballo en un potro callas aun. Registrarle, y vaya á un calabozo distinto de el del pastelero.

A la orden del registro conoció Do-

mingo que era llegada la hora en que la carta de fray Miguel caía en poder del alcalde, y como si con las manos ligadas pudiera tener esperanzas de evitarlo, comenzó á defenderse á patadas y mordiscos del alguacil que queria registrarle, pero sus esfuerzos fueron inútiles: una nube de corchetes se arrojó sobre él; lo tendieron en el suelo, y desnudándole á su salvo, le hallaron la carta del fraile metida en la cintura entre la camisa y el cuerpo.

Leyóla don Rodrigo; brilló en sus ojos un rayo de feroz alegría, y mandó inmediatamente conducir á Domingo á la cárcel y cargarlo de hierros.



CAPITULO VI.

Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la santa mano
Mostró por nuestro mal su furia fuerte.

(*Cervantes. Elegía á la muerte
de la reina Isabel.*)

La malhadada aventura de Domingo fue causa de la ruina de Gabriel de Espinosa, del vicario, y de doña Ana de Austria.

Don Rodrigo de Santillana, viendo que en ella se daba al pastelero un tratamiento de magestad, inmediatamente coligió que aquel hombre era ó fingia ser el rey don Sebastian.

No pudo haber para el alcalde circunstancia mas feliz que la de haber caido en su mano aquel negocio, pues cabalmente la persona á quien Felipe II habia mandado vigilar era fray Miguel de los Santos, en quien jamas confió el suspicaz tirano.

Un correo llevó la noticia del descubrimiento al Escorial, y volvió en breve con la respuesta del rey. Sus órdenes eran terminantes. Don Rodrigo debía trasladar el preso á Medina del Campo, dejándolo allí, y pasando á Madrigal á prender al vicario y tambien á la señora doña Ana, pero á ésta en su celda. Todo se ejecutó con tanta celeridad como sigilo.

La historia de esta causa célebre está envuelta en un misterio impenetrable. Verdad es que, poco despues de su fallo, se publicó en Jerez una relacion de ella; pero está hecha, como es de presumir, para publicarse viviendo aun el tirano y acabadas de inmolar las víctimas.

Sin embargo, es de notar que, mal que le pese á su autor, aun en ella misma la verdad penetra al través de las nubes con que quiere oscurecerla.

Espinosa parece que se complació en burlarse de sus enemigos aun estando inerte en sus manos. En cada declaracion de las infinitas que le tomaron decia una cosa distinta, y aun en una misma, al fi-

nalizarla, destruía cuanto en su principio dijo. La estraña sutileza de su oido, su penetracion portentosa, le hacian, por decirlo asi, adivinar las intenciones del alcalde, quien de orden del rey actuó en toda esta causa sin escribano, teniendo que estender por sí todas las declaraciones.

Sin embargo, el preso perdía algunas veces la paciencia, y exclamaba: "¿A qué empeñarse en que diga quién soy, si de todos modos he de morir? Si el rey quiere enterarse de quién yo sea, personas tiene á su lado que me conocen, y muchas. Que envíe una y saldrá de dudas."

Fray Miguel confesó de plano que aquel hombre era el rey don Sebastian, y alegó en favor de su asercion notables razones. Entre otras, y ademas de las que ya hemos indicado en el curso de nuestra narracion, merecen particular atencion algunas que citaremos.

La primera fue la de haber llegado á fray Miguel á Lisboa un hidalgo portugués la vispera del dia en que este reli-

gioso debía predicar las honras de don Sebastian, y haberle dicho que mirase cómo hablaba, porque sin duda habia de oírle el mismo rey, pues habia escapado con vida de la batalla.

Despues de ésta se referia al dicho de muchos soldados que aseguraban haber visto retirarse herido á don Sebastian del campo de batalla con algunos compañeros. Habló tambien de haber dicho un fraile de los del Cabo de San Vicente que habia confesado y administrado la comunión al rey en su monasterio muchas semanas despues de la batalla. Sería interminable referir aqui las razones en que el vicario fundaba su creencia de la vida de don Sebastian antes de presentarse en Madrigal el pastelero Gabriel de Espinosa; pero no dejaremos de referir cuáles le asistian para reconocer en éste la persona misma de don Sebastian.

El cuerpo no presentaba cuando fray Miguel le vió en su convento la misma gallardía que tenia al salir de Lisboa; pero qué mucho, decia el fraile, que sus

infinitos trabajos le hubiesen agoviado? Las facciones eran las mismas del rey, el color del pelo rubio donde no estaba ya cano, y el de los ojos azul tambien como don Sebastian.

El sonido de la voz era idéntico, si bien un tanto enronquecido. Igual la desmesurada fuerza, que bastaba á hacer astillas una lanza blandiéndola en el aire, ó á partir entre sus manos con facilidad cualquiera pieza de una vajilla de plata.

Gabriel como don Sebastian, irascible, orgulloso y arrojado. Hablaba el español, el portugués y el italiano.

Estaba al corriente de la política de su época, y no ignoraba una sola circunstancia, por pequeña que fuese, relativa al tiempo en que don Sebastian reinó en Portugal.

¿Tan completa semejanza puede existir entre dos distintos individuos? ¿Será posible que la naturaleza haya creado dos seres idénticos física y moralmente? ¿Se concibe que el temperamento y la educación de un rey y de un pastelero sean

tan conformes que produzcan en tan distintas posiciones una igualdad absoluta de hábitos é inclinaciones, de virtudes y de vicios?

Pero demos de barato, hubiera podido decir el defensor de fray Miguel si Felipe II hubiera tenido por conveniente que aquel desdichado pudiese dar sus descargos antes de morir, demos de barato que puedan reunirse sin milagro las circunstancias referidas en dos distintas personas; aun no se le habrá probado al vicario de Santa María que se engañó.

Fray Miguel, como confesor del rey, estaba enterado de todos sus secretos, y en sus conversaciones con Espinosa mas de una vez hizo éste alusion á lo que en otro tiempo le habia confiado. El religioso no ha podido revelar al juez aquellos secretos que en confesion se depositaron en su seno, pero sí puede referir hechos que han llegado á su noticia como particular.

Le pregunta, por ejemplo, á Espinosa si ha tenido alguna vision en su vida:

“Una sola vez, responde éste, y fue corriendo la posta con el conde de Medellin. Al pasar un arroyo, en que un malvado asesinó á su propio padre, creí oir un gran ruido, ó por mejor decir, lo vi en efecto. Déjeme al conde de Medellin que pasase adelante, y quedándome solo, esperé en vano un gran rato, pues nada vi.”

El hecho pasó así, y de igual manera lo habia referido don Sebastian antes de irse á la batalla.

Otra vez Gabriel, sin ser interrogado, refiere á fray Miguel que estando enfermo en su palacio de Lisboa, los médicos le prohibieron comer pescado, y para mayor seguridad prohibieron el aceite en la cocina real. “Entonces, dijo Espinosa, envié á pedir al cura de mi parroquia un poco de aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento para uno de sus feligreses; enviómelo, y comí con él pescado, que no me hizo daño ninguno.”

De este modo pudieran citarse infinidad de circunstancias que confirmaron á fray Miguel en la idea de que aquel hom-

bre era en efecto el monarca portugués.

La señora doña Ana en todas sus declaraciones se referia á lo que el vicario le decia, y la única razon que alegó en su defensa fue que ella no queria que don Sebastian se descubriese hasta despues de muerto el rey su tio.

El grande argumento de don Rodrigo contra ambos era preguntarles por qué si don Sebastian era realmente lo que ellos decian no se habia dado á conocer en tantos años, ó á lo menos desde que estaba preso, para no verse tan ignominiosamente tratado.

Pero esta objecion, mas especiosa que sólida, fue rebatida por los acusados completamente.

Don Sebastian, dijeron, salió tan corrido de la batalla, que no osaba presentarse en los primeros dias despues, ni aunque quisiera podia hacerlo. Hizo en primer lugar voto en África de andar peregrino, y encubierto á su vuelta á Europa. Acudió al pontífice para que le dispensara de un voto temerario; pero

Gregorio XIII se negó á ello bajo pretesto que no queria que se turbase el sosiego de los estados del rey católico; pero aun sin esto, ¿no le sobraban razones á don Sebastian para permanecer oculto? ¿Acaso no bastaba para ello ver que se ajusticiaba sin piedad al que se atrevia á asegurar que vivia? ¿Qué suerte podia prometerse si la fortuna le ponía en manos de Felipe II? La que tuvo; verse tratado como un infame impostor.

A poco tiempo de empezada esta causa, por ciertas competencias entre las jurisdicciones real y eclesiástica fue necesario que el nuncio de su santidad enviara, como envió, un comisionado con poder bastante para apremiar y compeler con toda clase de censuras á los eclesiásticos comprendidos en ella.

Es singular que en mas de ocho meses no se dió tormento á ninguno de los reos por prohibicion del rey. Sin duda luchaban un resto de probidad en el pecho de Felipe con su cruel ambicion, pero ésta triunfó al fin.

Fray Miguel, aplicado á la tortura, dijo, como era de esperar, cuanto le mandaron que dijese.

Dicen que Espinosa hizo otro tanto, y será verdad. ¿A qué habia de sufrir tormentos espantosos, si de todos modos conocia que habia de subir infaliblemente al cadalso?

El resultado fue que Gabriel fue condenado á la pena de ser arrastrado, ahorcado y descuartizado: á la misma fray Miguel, despues de la competente degradacion; y la señora doña Ana de Austria á reclusion perpetua en una celda de un convento, ayunando todos los viernes á pan y agua, y tratada los demas dias como otra monja cualquiera, sin servidumbre, ni poder jamas aspirar á ser prelada, ni á ejercer cargo alguno.

El martes 2 de julio de 1596, despues de diez meses de prision, sufrió la condena en la plaza de Madrigal el desventurado Gabriel, ó don Sebastian.

Sus últimos momentos fueron dignos de un cristiano y de un príncipe. Oyen-

do decir al pregonero:—Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor, y el alcalde don Rodrigo Santillana en su nombre, á este hombre por traidor al rey nuestro señor, y embustero, y porque siendo hombre vil y bajo se habia querido hacer persona real, le mandan arrastrar, y que sea ahorcado en la plaza pública de esta villa, y su cabeza puesta en un palo. Quien tal hace, que asi lo pague.

—¡Traidor! exclamó, eso no. Hombre vil y bajo, Dios lo sabe.

Al salir del seron, y ya al pie de la horca, se puso en pie con reposado continente, y tendiendo la vista al rededor de la plaza, descubrió en una ventana de la cárcel á don Rodrigo de Santillana, que estaba alli con objeto de recibirle la última declaracion, si queria prestársela.

Entonces ardió en cólera, y no pudo menos de gritar: “¡Ah señor don Rodrigo, señor don Rodrigo!!!”

El juez, aterrado, bajó los ojos y perdió el color; pero un jesuita de los que

ausiliaban al paciente se le puso delante y trató de convertir todos sus pensamientos al cielo. Consiguíose esto por el momento, y Gabriel, despues de reconciliado, subió con firmeza á la horca.

Paróse en el penúltimo escalon, y como el verdugó le dijese que subiera otro, se volvió á él, y le dijo con desprecio: "¡Esto nos faltaba!"

Sentado ya, volvió la vista una ó dos veces hácia la ventana de la cárcel, y mirando colérico á don Rodrigo, le apostrofó en voz de trueno; pero los agonizantes no le dieron lugar á citarle ante el tribunal de Dios, que era lo que pretendia hacer, segun se habia explicado en la capilla.

Él mismo se arregló el dogal al cuello como si fuera una valona; repitió en tono firme las palabras del credo, que un jesuita decia, y murió de la muerte de los malhechores, con el mismo aliento que un mártir.

Fray Miguel fue llevado á Madrid, y degradado el 16 de octubre en la parroquia de San Martin por el arzobispo de

Bristau. No desmintió el vicario en tan amargo trance su reputacion de varon piadoso y resignado.

Conservó durante la degradacion, en el tránsito al suplicio y ya en él, una entereza humilde, una completa conformidad absoluta con la voluntad de Dios.

Al pie del cadalso dijo en voz moderada y con firmeza: "El tormento me ha hecho mentir en contra mia. Gabriel de Espinosa podrá no ser el rey don Sebastian, pero yo siempre lo tuve por él. Muero, pues, inocente de este delito que se me supone; pero ofrezco á nuestro Señor esta muerte afrentosa en descuento de mis muchos pecados, y espero de su infinita misericordia la remision de todos ellos."

Dicho esto, ya se ocupó esclusivamente. Antes de acabar de subir la escalera llegó de orden del rey el notario de la causa, y estuvo haciéndole varias preguntas, á las que el vicario respondió con mucho desembarazo y brio.

Nadie ha sabido hasta hoy sobre qué punto versase aquella declaracion.

Fray Miguel espiró abrazado devotamente con un crucifijo.

La manera con que se verificó la prision de Gabriel, la prevision del vicario, y sobre todo una fortuna inesplicable, fueron causa de que nada pudiese saberse del resto de los conjurados. Hiciéronse varias prisiones en Portugal y en España, pero por congeturas, y nada se le pudo probar á ninguno de los aprehendidos, de los cuales la mayor parte estaban inocentes.

Domingo, desesperado de haber sido causa de la pérdida de su amo, se dejó morir de hambre en su calabozo, despues de haber sufrido tres veces el tormento sin proferir una sola sílaba.



CAPITULO VII.

Gracias al cielo doy, que ya del cuello
Del todo el torpe yugo he sacudido,
Y que del viento el mar embravecido
Veré desde la tierra sin temello.

(Garcilaso. Soneto.)

Lo desagradable de la materia del capítulo que precède nos ha hecho pasar rápidamente por ella, refiriendo en pocas páginas sucesos que ocurrieron en diez meses. Preciso nos es, pues, volver á la época de la prision del infeliz don Sebastian.

Vargas escribió á fray Miguel una carta enterándole de la desgracia ocurrida al rey el cuarto dia despues de ella, es decir, inmediatamente que la supo. Pedro fue el portador de ella; pero asi que llegó á Madrigal supo la prision del fraile y la de la señora doña Ana, y se guardó muy bien de decir que llevaba para ellos mensaje ninguno, volviéndose inmedia-

tamente á Valladolid á dar cuenta á su señoría de tan tristes sucesos.

Don Juan penetró sin dificultad que don Sebastian estaba descubierto, y no pudo serle dudosa la suerte que le esperaba.

Despreciando el peligro que él mismo corria, lo primero en que pensó Vargas fue en tratar de libertar al monarca portugués del suplicio. Pero cuantos arbitrios se le ocurrieron para ello fueron desgraciadamente infructuosos.

El consistorio protestante, cuyos miembros temblaban por sí mismos, se negó absolutamente á dar ningun paso en favor de don Sebastian; y no contento con esto, rompió absolutamente toda comunicacion con el amante de Inés.

La traslacion del preso á Madrigal, y el haberse comisionado solo para guardarlo á un alcalde del crimen de la chancillería de Valladolid, frustraron la esperanza de romper sus grillos á fuerza de oro, y por último el arbitrio de intimidar al juez con cartas anónimas, en las

cuales unas veces se le amenazaba, y otras se trataba de confundirle haciéndole creer que Gabriel era don Antonio, prior de Crato, no produjo tampoco ningun efecto.

Las angustias de Inés durante el curso de aquel largo proceso fueron inescapables. La mutacion de nombre, y el sigilo con que fue conducida al convento en que se hallaba, la libertaron sin duda de la persecucion personal; pero no se vió solo atormentada por la desgracia de su cuñado, sino que temblaba por la hija de su hermano y por su amante.

Una feliz casualidad quiso que la niña Clarita, que la señora doña Ana amaba en extremo y tenia en su compañía, no se hallara en su celda en el momento en que Santillana fue á arrestarla en ella.

La religiosa que entonces la tenia en su celda, movida de compasion por sus tiernos años, la ocultó, sustrayéndola de este modo á la persecucion del tirano; pero como se ignoraba absolutamente el parage que habitaba su tía, no pudo la compasiva monja darla aviso ninguno.

La vigilancia que se ejercia entonces sobre el convento en particular, y en general sobre toda persona que llegaba á Madrigal, hicieron imposible pensar siquiera en adquirir noticias de la suerte de la hija de don Sebastian.

Muerto ya éste y fray Miguel, y decidida Inés, á fuerza de ruegos de Vargas, á casarse con él, pero con la precisa condicion de buscar antes á Clarita, el fiel Pedro partió de Valladolid en hábito de peregrino, y gracias á aquel traje, que en aquel siglo se miraba con respeto, llegó sin inconveniente al monasterio de Santa María.

Preguntó en él por sor Magdalena de la Trinidad, religiosa á quien Inés sabia que la señora doña Ana honró con su amistad, y la entregó un billete en el cual la bella morena la suplicaba la diese noticias del paradero de su sobrina. Sor Magdalena era justamente la religiosa que tenia á Clarita en su poder, y al instante informó de ello al peregrino, diciendo que estaba pronta á entregarla en manos de Inés.

Con tan feliz nueva volvió Pedro á su amo, y ya éste no se ocupó mas que en buscarse un asilo cómodo y seguro en que pasar el resto de su vida lejos de una corte que aborrecia, y en los brazos de una muger adorada.

Necesitaba para ello un confidente, y ninguno le pareció mas á propósito que su primo el comendador. Confióle, pues, exigiendo antes la solemne promesa de guardar silencio eterno, que iba á unirse con una señora igual á él en nacimiento, pero que por razones á él conocidas deseaba vivir en un completo retiro.

Combatió Hinojosa esta resolucion hasta que conoció que perdía el tiempo, y despues acabó por entrar completamente en las miras de Vargas.

Compró el comendador todos los bienes que don Juan habia heredado de sus padres, y con parte del producto le adquirió en la Andalucía una vasta hacienda, que por su posicion topográfica, por la fertilidad del terreno, la ostentacion de sus limites y la suavi-

dad del clima, era tal como se deseaba.

Despues de esto proporcionó el mismo un capellan de confianza, que hizo á Inés legítima esposa de Vargas un año despues de la prision de don Sebastian.

En seguida partieron para Andalucía despues de recoger á Clarita, y en breves dias llegaron al lugar de su destino.

Jamas se borraron de la memoria de Inés los tristes sucesos de la primera parte de su vida, y el resultado de ellos fue una dulce melancolía que llegó á hacerse habitual en ella.

No asi Vargas. La muerte de don Sebastian hizo en él una profunda impresion, y siempre que la recordaba era con horror; pero al verse dueño de su adorada Inés, era el mas feliz de los mortales, y lo dejaba ver en una inmensa alegría.

Asi que los dos esposos estuvieron establecidos en Andalucía, escribió Inés á su tia doña Francisca de Alba, quien no tardó en contestarla y hacerla saber que

estaba pronta á entregarle su hacienda, de la que don Juan entró muy pronto en posesion.

Por la tia de Inés supo el marqués Domiño el lugar de su retiro, y á él fue á terminar sus dias. Poco mas de dos años sobrevivió aquel fiel servidor, aquel anciano venerable, á su amigo y rey; y no pudiendo ya en ellos hacerle otros servicios, se ocupó en redactar una relacion de sus desgracias, de la cual se ha sacado la que vamos á terminar.

Olvidóse Domiño de decirnos cuál fue la suerte de don Carlos, don Francisco y Abenamal, y asi nada podemos decir de ellos. Pero lo que sí refiere puntualísimamente es, que jamas se vió esposo mas tierno que don Juan, muger tan amante y tan digna de ser amada como Inés; fruto de su amor fue, á los diez meses de matrimonio, un niño, de que el marqués Domiño fue padrino, poniéndole por nombres Sebastian Miguel de los Santos.

Por una partida de bautismo existente en un libro antiquísimo de una par-

roquia vecina parece que este niño casó, ya hombre y siendo caballero del hábito de Santiago y maestre de campo de los reales ejércitos, con doña Clara Contiño, pues tales nombres se dan á los padres del bautizado.

Es de presumir que esta doña Clara fuese la hija de don Sebastian y llevase el apellido de su madre no pudiendo usar el de su desdichado padre.

El marqués, hermano de don Juan, tuvo el disgusto de que el niño don Pedro Alcántara muriese de sarampion, y su madre en un hospicio haciendo verdadera penitencia de sus muchas culpas.

Al fin de la relacion de Domiño se encuentra una nota que dice asi:

“Es fama que don Rodrigo de Santillana, inmediatamente despues de haber jurídicamente asesinado al infelice don Sebastian (Q. D. D. G.), marchó al Escorial á dar cuenta á su rey de todas las circunstancias de aquel suceso. Despues de una larga conferencia con Felipe, en la cual tal vez dejaria ver demasiada con-

vicion de que el muerto era en efecto don Sebastian, regresó á Madrid, en donde inmediatamente fue preso. Se asegura que le dieron garrote secretamente en la cárcel de Corte para sepultar con él tan atroz misterio.”

Si asi fue debemos admirar la sabiduría de la Providencia que castigó á don Rodrigo, haciendo que el crimen de que para engrandecerse fue instrumento ocasionara su ruina.

Vargas heredó el marquesado, pero no varió su plan de vida. Las caricias de su muger, la educacion de su hijo, y las distracciones campestres, le parecieron siempre preferibles al bullicio de la corte.

Alguna vez que otra los dos esposos lloraban juntos las desgracias de don Sebastian; pero muchas mas horas eran las que pasaban deliciosamente enlazados el uno en brazos del otro, contemplando las gracias infantiles del niño don Sebastian.

Si hay alguna felicidad en la tierra, en

la compañía de una muger amable y virtuosa es donde aconsejo á mis lectores que la busquen. (1)

(1) Para satisfacer enteramente la curiosidad del lector, solo nos queda que decirle que la significacion de las iniciales S. R. L. de que se habla en el capítulo 2.º del tomo 3.º, nos parece debe ser *Sebastianus rex Lusitane*; esto es, Sebastian, rey de Portugal.

FIN DEL TOMO CUARTO Y ÚLTIMO.

ADVERTENCIAS.

« Desocupado lector, sin juramento me podrías creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir á la orden de la naturaleza que en ella cada cosa engendra á su semejante.»

(*Cervantes. Prólogo al Quijote.*)

Al público nada tengo que decirle: ó la obra le agrada, ó no. En el primer caso unos y otros hemos llenado nuestro objeto; los lectores divirtiéndose; yo saliendo airoso de mi empresa. Si por el contrario, no le gustase esta novela, será un mal que sentiré, pero que es irremediable, y que todas las apologías posibles no bastan á evitar. Esta advertencia se dirige únicamente á mis amigos, á los que pueden tener algun interes por mi reputacion literaria.

El editor de la coleccion de que forman parte estos volúmenes, haciéndome

mas favor del que merezco, me invitó á unir mi nombre al de literatos que bajo todos aspectos me son superiores. Muchos de ellos, que me honran con su amistad, se empeñaron en persuadirme de que la empresa no era superior á mis fuerzas; y mas por complacerlos que por otra cosa, di principio á la obra que hoy ve la luz. Pero entonces me hallaba en Madrid, donde me era facil proporcionarme todo género de ausilios en libros y consejos, y cuando concluí el capítulo 4.º del tomo 1.º me hallé, por un golpe de fortuna, confinado en un rincon de Andalucía. No he tenido, pues, á la vista ni un solo libro de historia, ni un mapa, ni un amigo á quien consultar.

Es imposible que mi composicion no se resienta de este aislamiento total. A los veinte y seis años, despues de dos de emigracion, seis de servir en las filas del ejército, y de éstos tres en la Guardia Real, donde el tiempo me bastaba apenas para atender á las obligaciones de mi empleo, no puedo haber adquirido aque-

llos conocimientos sólidos, aquella instruccion profunda que hacen capaz á un escritor de componer sin el socorro de los maestros del arte.

Mi memoria es probable que tambien me haya sido infiel en algunos puntos históricos. En una palabra, este escrito, á que le bastaba ser mio para valer poco, ha tenido ademas la desgracia de escribirse en circunstancias tales que le hubieran hecho imperfecto aun siendo parto de mas claro ingenio.

Pido, pues, á mis amigos que me juzguen con indulgencia, y que por lo menos no se avergüencen de haberme alentado á escribir.

De todos modos me someto á su censura; doy por justas cuantas críticas hagan de este escrito, y solo formo empeño en que me conserven el afecto que me han manifestado en circunstancias bien críticas, del cual aprovecho con ansia esta ocasion de darles públicamente las mas sinceras gracias. = *P. de la E.*

LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES Á ESTA OBRA.



MADRID.

S. A. R. la Serma. Señora Infanta Doña
Luisa Carlota.
Doña María Luisa Calderon.
El R. P. Fr. Ramon Andrés de Alvelo,
Carmelita Calzado.
D. Gerónimo del Campo.
D. Andrés García Navarro.
Doña Ana de Norigat y Gamboa.
La Señora de Aranda.
Doña Antera Baus.
Doña María Josefa Hernandez de Blanco.
D. M. A. C.
El Señor Marqués de los Llanos.
La Señora Condesa de Mamilla.
D. Manuel Toledo.
D. Joaquin Tablada.
La Excmá. Sra. Doña Dolores de Cuadra.
D. A. S.

(125)

D. Felipe Andreu.
D. Juan José del Pecho.
D. Felix Mendez.
D. Joaquin Temprado.
La Excmá. Señora Marquesa de Perales.
D. Andrés Villamartin.
D. Valentin Sigüenza.
D. Alvaro de Berinduaga.
D. Javier de Iribarren.
D. Antonio Salvatierra.
D. Juan Antonio Carceller.
Doña Josefa de Burgos.
Doña Josefa Grande.
La Señora Marquesa de Malpica.
El Señor Conde de Teva.
D. José Perez.
D. Juan Pertiñes.
D. Luis Gonzalez Bravo.
D. Francisco Victoriano Corral.
D. Antonio Massoni.
La Señora Condesa de Bruneti.
D. José Ortiz.
D. Pablo Hilarío.
Doña Manuela Trujillo de Galiano.
D. José María Cambronero.

- D. Vicente Armesto.
 D. Carlos Latorre.
 D. Pedro García.
 D. Joaquin Romaña.
 D. I. S.
 D. Manuel Ortiz de Lanzagorta.
 D. Sebastian Ruiz Alvarez.
 D. José Rodrigo.
 D. Nicolás Mélida y Lizana.
 D. Leonardo Clemente de Latorre.
 D. Hipólito de Lance.
 Doña Isabel de la Pezuela.
 D. Ambrosio de Mella.
 El Excelentísimo Señor Marqués de Alcañices.
 D. Urbano Lopez.
 D. José Tamariz.
 D. José Lancha.
 D. Manuel de Odiaga.
 La Señora Marquesa de Casa-Tavares.
 Doña Ana María Gutierrez.
 D. Simon Chicharro.
 D. Juan de Iturralde y Pison.
 D. Pedro Alcántara de La-Llave, vecino de Puebla Nueva.

- D. N. V.
 La Excma. Señora Condesa de Cervellon.
 D. Francisco Gomez de Vera.
 D. Antonio de Lara.
 D. Felix Casa-Mayor.
 D. P. A. Martinez Heredero.
 D. Mariano Barbé.
 El Excmo. Señor Duque del Infantado.
 El Señor Conde de Castañeda.
 D. E. J.
 D. Juan Fernandez del Pino.
 D. José Gonzalez Carvajal.
 Doña María Ignacia Rico.
 Doña J. C. de E.
 D. Santiago Martinez.
 D. Cipriano del Hoyo y Manso.
 D. Manuel Pedro Alvarez.
 D. Vicente Diez Canseco.
 D. Luis María Echaburu.
 D. Casimiro Gregori y Dávila, Teniente Coronel.
 D. José de Clavijo y Baules.
 D. Jaime Ceriola.
 D. Antonio Álvarez.
 D. Victoriano Huesca.

- La Excm. Señora Duquesa de San Lorenzo.
 D. A. T. G.
 Doña Cármen Alpuente de Ibarrolas.
 La Señora Marquesa de Serdañola.
 D. José Fernando Poves.
 D. Marcelino Guillermo Lopez.
 D. Rafael Ruiz y Gordon.
 D. Rafael Justo.
 D. Esteban Herrero Villanueva, Presbítero.
 D. Ramon Duran y Pinuela.
 D. Juan Antonio Martínez.
 D. Juan Miguel de Inclan.
 El P. Fr. Lorenzo Calderon, Mercenario Calzado.
 D. Miguel Espada.
 D. José Castaños.
 D. Juan Bautista Canapas.
 D. Fernando del Rio.
 D. Manuel Infante.
 D. Cárlos de Sierra.
 D. Saturnino Calderon y Collantes, Regidor perpetuo del Ayuntamiento de la Coruña.

- Doña Emilia Solís.
 Doña Norberta Alonso.
 D. Julian Lopez.
 Doña Rosa Pérez.
 D. Isidro Eleuterio de Alcalá, vecino de Chinchon.
 D. Manuel Barrio Pedro, Guardia de la Real Persona.
 D. M. L. B.
 D. Manuel Varela y Limia.
 D. Joaquin Lozoya.
 D. Esteban Martin.
 D. Quirico Aristizabal.
 D. Fernando Gutierrez.
 D. Juan Gualberto Avilés.
 D. Joaquin de Artega.
 D. Segundo Guerra.
 D. Manuel Magro.
 D. Antonio Martinez.
 D. Calisto Montalvo.
 D. Manuel Passuti.
 D. Vicente Reinoso.
 D. Bernardino Conterini.
 D. José María de Soto y Pulgar.
 D. Manuel de Larrea.

- D. Francisco Peironcelli.
 D. Vicente Candil.
 D. Diego Somera.
 D. José Antonio de Urbina, vecino de Antequera.
 D. Mariano Usoz.
 D. Rafael Alcon y Mendoza.
 La Excma. Señora Marquesa de Santa Cruz.
 D. Francisco Javier de Rivas.
 D. Niceto Aguilera.
 D. Pedro Donoso Canedo.
 D. José Elizondo.
 D. Manuel Correal.
 Doña Julia Santos y Machado.
 D. Juan de Areal.
 D. Santiago Tejada.
 D. Nicolás Luis de Lezo.
 D. Mariano Fernandez y Cubero.
 D. Juan Ribera.
 D. José Vargas.
 D. José de la Torre de Trasierra.
 D. Mariano Gomez Samano, médico de Buitrago.
 D. José García y Angulo.

- D. Baltasar Anduaga.
 D. José Domingo de Leguina.
 D. Javier de Leon Bendicho.
 D. Pio Usera y Alarcon.
 D. Victor Prubeda y Soriano.
 D. Eulogio Parraverde.
 D. Antonio Cubero y Fernandez.
 D. Julian Alvarez.
 D. Ramon de Echegaray.
 D. Antonio Gomez.
 D. Melchor Baptista de Caballero.
 D. Juan Pablo Pereira.
 D. Manuel Coll.
 D. Bernardo Pomar.
 D. J. E.
 D. Benito Valbueno.
 D. Carlos María Eguizabal.
 D. Roman Medel.
 D. José Cavells.
 La Señora Marquesa de Castelar.
 D. Pascual Ortega.
 Doña Manuela Ojeda de Jorganes.
 D. Santiago Alvarado y de la Peña.
 D. Julian Rodriguez.
 La Señora Viuda de Villanueva.

- D. Angel Hurtado.
 D. Pablo Alonso de la Avecilla.
 D. Miguel Vicens.
 El Excmo. Señor Duque de Berwik y
 Alba.
 D. Miguel Montenegro.
 D. José Justo Elorza y Ambiola.
 D. Valeriano Salvatierra.
 D. Miguel Céspedes.
 D. Ildefonso Lopez de Alcaráz.
 D. Ramon Cozar y Paz.
 Doña Manuela Eguilar de Alonso.
 Doña Petra Fernandez de Rubio.
 D. José Peiroteo.
 La Excma. Señora Marquesa de la Solana.
 Doña María Sureda de Frata.
 D. José Rodriguez.
 D. Elías Noren.
 D. Joaquin Mayoni.
 D. Raimundo Barrio García.
 D. Joaquin Vicente Vallarino.
 Doña María Manuela Cambroneró.
 D. Casimiro Monier.— *Por dos ejemplares.*
 D. Fernando Garvajosa.
 D. Nicolás de Sicilia.

- La Señora Marquesa de Campo-Verde.
 D. José Arenas, Cura propio de Pozo-
 Estrecho, en Cartagena.
 D. José María Mariátegui.
 D. José Muñoz Maldonado.
 D. Antonio de Aillon.
 D. Vicente de las Barreras.
 D. Pedro Estrada.
 D. Francisco Cantonero.
 D. Bernardino Bestas.
 D. Miguel Lopez Bravo.
 Doña Vicenta Romero.
 D. José de Cea.
 D. Francisco Rodriguez Lopez.
 El Excmo. Señor Conde de Rivadavia.
 D. Esteban de Ayala.
 D. Francisco Villar.
 D. José Montoro.
 D. Joaquin Tellez.
 D. Pedro de Cuevas.
 D. Miguel Gomez y Gutierrez de Lará.
 D. Manuel Garces Bossuet.
 D. Antonio Sanchez.
 D. Diego de Alvear.
 D. Mariano Peinao.

- D. Rafael Ruiz Arana.
 D. Mariano Gil.
 D. Eugenio Vela.
 El Señor Conde de Robres.
 D. Mariano Boldum y Conde.
 D. José Arambarri.
 D. Gregorio Romero.
 D. Pascual Lambea.
 D. Pedro Broca.
 La Señora Viuda de D. Manuel de Santayana é Hijo.
 D. Vicente de la Lama.
 D. Fernando Santisteban.
 D. C. F. de M.
 D. Dionisio Carreño.
 D. Antonio Caballero.
 D. Antonio Benigno Cabrera.
 D. Miguel Pajares.
 Doña María de la Soledad Muñiz de Tuero.
 D. Juan José Gay.
 D. Venancio Antonio y Herrero.
 D. Jacinto Revillo.
 D. Mateo Norzagaray.
 D. José María Sanchez.

- D. A. M. P. y M. - *Por dos ejemplares.*
 D. Francisco Bartolomé Colombo.
 El Excmo. Señor Conde de Campo de Alange.
 D. Liborio Beleña.
 D. Juan Dominguez.
 D. Julian Diaz.
 D. Agustin Azcona.
 D. José Delgado Meneses.
 D. José Guerrero.
 Doña Isabel Morrogh.
 D. Manuel Cantera.
 D. Bernardino Tolosas.
 D. Nicolás de Torres.
 D. Francisco de Echanove y Guinea.
 D. R. C.
 D. Francisco Diaz Razola.
 D. Celestino García Paredes.
 D. Alejo Lopez.
 Doña María Ignacia Ortiz de Taranco Rodenar.
 D. J. M. S.
 D. Ramon Castancira.
 D. Antonio Ruiz Narvaez.

CÁDIZ.

- D. Leon Rodriguez Camargo.
 D. José Herrero de Gargollo.
 D. Prudencio Hernandez Santa Cruz.
 D. José Cacho.
 D. Ramon de Leiro y Serrano.
 D. Cristóbal María de Castañeda.
 D. Manuel Jarillo.
 D. José Martinez.
 El Doctor D. Teodoro Madrazo.
 D. José Joaquin Malancó.
 Doña M. D. y C.
 D. Juan José Elizalde.
 D. Francisco de Paula Aheran.
 D. Gonzalo Segovia.
 D. José María Noble.
 Doña Juana Vega.
 D. Alejandro Benitez.
 D. Juan Romo.
 Señores Hortal y Compañía. — *Por seis ejemplares.*
 D. Santiago Renette.
 D. Francisco Gutierrez Agüera.
 D. Anastasio Sanchez Enriquez.

- D. Pedro Greve.
 D. José Barrera.
 D. José Viniegra.
 D. Mateo Cabrera.
 D. Miguel de Robles.
 D. Antonio Montoya.
 D. José Montilla.
 D. Elías Noren.
 D. Andrés Fresno.
 D. Guillermo Paterzon.
 D. Antonio Pujazon.
 D. Nicolás Urban Ramos.
 Doña Juana del Alcalde.
 D. Felix Colarte.
 D. José Gomez Serrano.
 D. Lorenzo Moret.
 D. Miguel Guilloto.
 D. Pedro Perez.
 Doña Rosa de Guisasola.

BARCELONA.

M. M.

Doña María de las Nieves Rentería, Viuda, de Tortosa.

(138)

D. Jaime Oliva.
D. Manuel José Torres.
D. Mariano Lluch.
El M. J. S. D. T. L. de T.
D. Jaime Pers.
D. José de Dameto.

GRANADA.

D. Francisco Montenegro.
D. Juan Nepomuceno Cegrí.
D. José de la Moneda.
D. Fernando Cegrí.
D. Juan Clavedia.
D. Francisco Chacon Ordonez.
Doña María del Cármen Aquino.
D. José Blas Querol.
D. Antonio Robles.
D. Dionisio Palacios.
D. Agustin Ladoux.
Doña Concepcion Renig.
D. José Mariano Velasco.
D. Miguel Montenegro.
D. J. R. M.
D. José García Villacampo.

(139)

D. Andrés Pizpando y Moscoso.

CÓRDOBA.

D. Antonio Ramirez de Arellano.
D. Pedro Alcántara Cuellar.
D. Fausto García y Tena.
D. Antonio Calvo Fernandez.
El Señor Marqués de Villaseca.
D. Manuel Martinez.
D. Rafael Barbero.

SALAMANCA.

D. Alonso Gil de la Vega.
D. Domingo Garay.
D. José Martin Maldonado.
D. Miguel Fernandez de la Peña.
D. Agustin Fresnedoso.
D. Diego Belmonte.
D. Juan Azcona.
El Dr. D. Ildefonso Sampelayo.
D. Elías de Ávila.
D. Manuel Salgado.
D. Isidro Aguado.

ZARAGOZA.

- D. Martin Marticorena.
 D. Joaquin Marin.
 D. Lucio Castejon.
 D. Manuel Lasala, Abogado.
 D. Mariano Millan, Procurador.
 D. Modesto Fuster.
 Señores Yagüe, del comercio de libros.
 La Señora Condesa de Sobradiel.
 D. Mariano Sebastian, Procurador.
 D. Agustin Puebla, Teniente del regimiento de Borbon.
 El Excmo. Señor Marqués de Ayerbe.
 D. Antonio Lobera, en Quinto.

VALENCIA.

- D. Francisco Jorge.
 D. Antonio Braña.
 D. José Reguera.
 D. Euladio Valdés.
 Los Señores Mallen y Berard. - *Por tres ejemplares.*

MURCIA.

- D. José Santo-Domingo, Escribano del número.
 D. Santiago Soto, del Comercio.
 D. José Castañedo, del Ministerio de Artillería.
 D. Isidoro Hernandez Adieta.
 D. Rosendo Costa, Oficial de la Secretaría de Ayuntamiento.
 D. Agustin Juan.
 D. Vicente Benedicto, del Comercio de libros de Cartagena. - *Por dos ejemplares.*

CORUÑA.

- D. G. A.
 D. Antonio Martinez.
 D. Pedro Sanz, del Comercio.
 D. Benito Rodriguez Zúñiga.
 D. Timoteo Gaité.
 D. José Zavala.
 D. Domingo Antonio Nabeira.
 D. José Moreno.

(142)

D. Rafael Cobian.

FERROL.

- D. Pedro Jacinto Yañez.
Doña María Socorro de Arana y Sierra.
D. Juan Martínez Pastur.
D. Gabriel María Ramos.
D. Joaquin Jofre y Carbonell.
D. José María de Andueza.
D. Juan Antonio Ledo.
D. Isidoro Gomez.
D. Ramon Lopez Llanos.
D. Juan Ponte.

VALLADOLID.

- D. Alejandro Cosío.
El Excmo. Sr. Marqués de San Felices.
La Señora Marquesa de Claramonte.
D. Romualdo Gallardo.
D. Lázaro María Careaga.
D. José Alvarez Builla.
D. Luis Mejía.
D. José María de Soto.

(143)

- D. Pascual García.
D. Luis Diez de Agüero.
D. Manuel Martín Lozar.
D. Manuel Aldai.
El Señor Marqués de Gallegos.

SEVILLA.

- D. Rodrigo de Quirós.
D. Joaquin Adrian.
D. Baltasar Hidalgo.
D. José Joaquin de Ojeda, Presbítero.
D. Ramon Liberal.
D. Manuel Romero Balmaseda.
D. Eugenio Gomez.
D. Manuel Patiño, Presbítero.
D. Alfonso Carrero.
D. José Clemente.
D. Matías Saavedra.

MÁLAGA.

- D. Antonio Aldama.
D. Antonio de Miguel.
D. Gregorio García.

(144)

D. Manuel de Tomes.

D. José de Rute.

JEREZ.

Doña Rosa Archimbaud de Gordon.

D. José Vassallo.

D. Juan de Mendoza.

D. Francisco Martel.

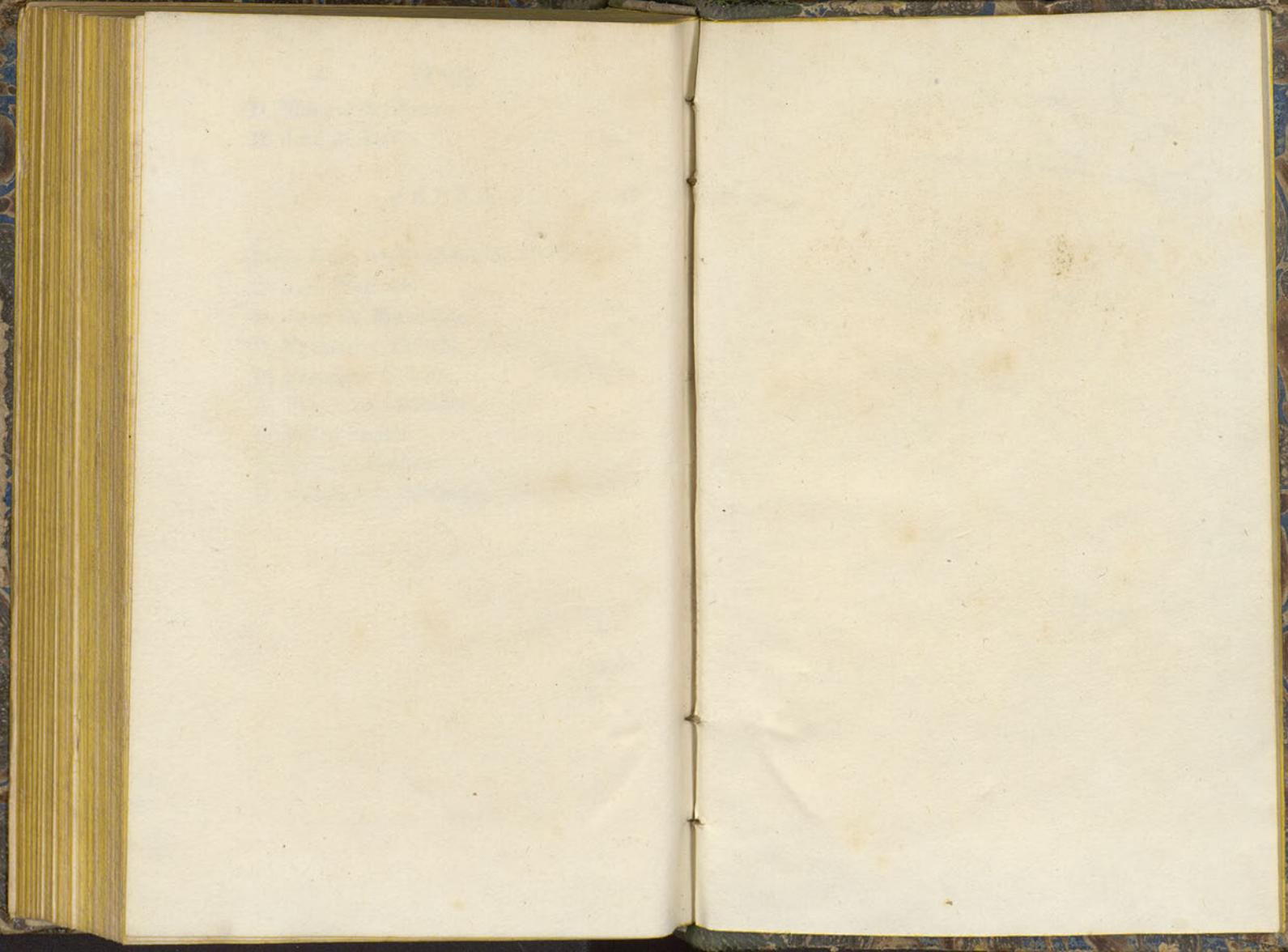
D. Francisco Galvez.

D. Florencio Facundo.

D. Pedro Lopez.

D. Vicente García.

D. Antonio Bustamante.



306

2709

11
20